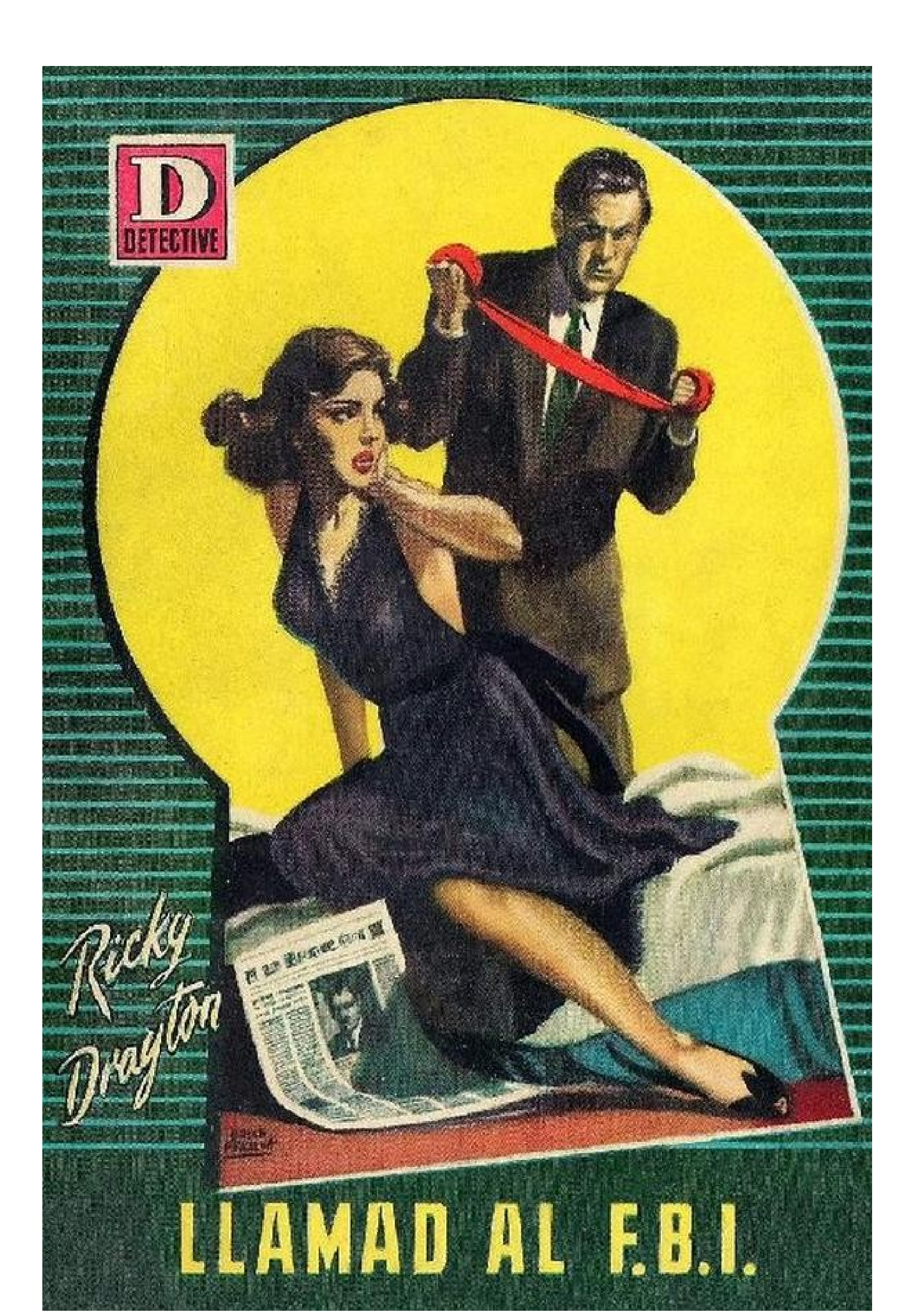

D
DETECTIVE
Ricky Drayton
LLAMAD AL F.B.I.

RICKY DRAYTON

LLAMAD AL F. B. I.

1ª EDICIÓN
NOVBRE. – 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

CALL IN THE FEDS!

Traducción de:

LUIS CONDE VELEZ

PRINTED IN SPAIN
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


Llamad al F.B.I.
por RICKY DRAYTON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

El timbre del teléfono comenzó a sonar repentinamente, con estrepitosa aspereza que rompió la quietud que imperaba en el despacho, lleno de sol y de humo de tabaco, del piso alto del edificio de la policía.

El joven y corpulento capitán del grupo se sobresaltó y bajó los pies de lo alto de la mesa con rapidez.

—¡Dios mío! Si no arreglan pronto ese timbre cascado, cualquier día tendrán que llevarme al manicomio con un ataque de nervios.

Los dos oficiales del despacho continuaron escribiendo. Ambos lo oyeron hablar. El capitán dijo: «¿Sí?». Y después: «¡Si!». Y un instante después, lo vieron ponerse en pie de un salto. Y su voz se elevó de modo sonoro cuando añadió:

—Sí, sí. Iré en seguida. Voy en busca del automóvil.

Los otros dos hombres se volvieron. El capitán Harlan Just colocó el receptor en su horquilla por medio de un brusco golpe y cogió el sombrero y la pistola.

Uno de los hombres que se hallaban escribiendo, que era un cínico, dijo al otro:

—Lo ha picado una mosca de mula.

El otro hombre replicó:

—No es ninguna mula.

Y lo dijo con el mismo acento que si no estuviera muy seguro de que fuese cierto lo que decía.

Al llegar a la puerta, Lanny Just se volvió y los sobresaltó de tal modo, que ambos callaron.

—Lo han visto, allá en la estación del ferrocarril.

Los dos guardias comenzaron a mover los labios para pronunciar un: «¿A quién?». Pero el jefe de la división de detectives de

Freshwater volvió a hablar antes que ellos:

—A él —casi gritó—. ¡A *él*! —añadió con mayor energía, como si quisiera adquirir seguridad de que los dos hombres le habían comprendido.

Y los dos hombres lo supieron entonces y se estremecieron con violencia.

El automóvil de la policía se puso en marcha tan pronto como el capitán comenzó a cruzar la acera corriendo. La puerta se abrió y el capitán entró en el vehículo con la cabeza inclinada y el cuerpo doblado hacia delante, con los ademanes propios de un defensa de *rugby*. La repentina aceleración de la marcha lo arrojó contra el otro ocupante del asiento posterior. El capitán necesitó emplear unos cuantos segundos para recobrar el equilibrio que el creciente ímpetu le había hecho perder. Luego, ocupó un asiento, se echó atrás el sombrero, vió un rostro rojo y unas cejas negras, y el día se hizo amargo para él.

—¿Por qué diablos? —comenzó a decir. Y cerró la boca.

Disponían de ciento dieciséis policías en Freshwater, diez de ellos sargentos… ¡y habían designado al sargento Aubie Gillis para que lo acompañase en aquel viaje!

¡Gillis! Lanny experimentó deseos de escupir al pensarlo. Gillis, un policía tan granuja como el que más pudiera serlo.

Gillis lo estaba mirando con una sombra de sonrisa en la dureza del rostro, que era tan rojo como la carne de vaca que cuelga de los ganchos de los mataderos de los barrios bajos. Un rostro astuto y vigilante, pero descarado y brutal.

Lanny dijo de modo agresivo:

—¡Demonios! Usted… —Y añadió, malhumoradamente—: ¡Bien! Esta vez no habrá botín para usted.

Los ojos del policía de rostro duro se volvieron hacia él.

—Eso quiere decir…

—¡No quiere decir nada!

Lanny le devolvió mirada por mirada. Al cabo de pocos momentos, el sargento volvió la cabeza y miró el largo bulevar orillado de árboles que conducía a la estación terminal del ferrocarril Nueva York-Freshwater.

Lanny oyó que Gillis hablaba entre dientes.

—Sé que usted quiere acusarme. ¡Tenga cuidado con lo que

hace! No tiene nada contra mí…

Lanny dejó que el desprecio envolviese sus palabras, como un jarabe pegajoso, mientras el automóvil se detenía, con un chirrido de protesta de las cubiertas, ante la estación.

—No tengo intención de acusar a nadie…, sino a los sargentos granujas. Si usted fuera honrado, Gillis, nada tendría que temer; pero es uno de esos policías deshonestos a quienes los ciudadanos de Freshwater quieren dar caza. Y no tendré compasión de usted.

Se habían detenido casi por completo. Lanny saltó del vehículo y dejó confuso a su ayudante. En aquellos momentos tenía ante sí una tarea mucho más importante que la de discutir con un sargento de policía poco escrupuloso. Se le había informado de que *él* había sido visto en Freshwater.

Otro tren acababa de llegar a la ciudad. Y el corpulento capitán hubo de realizar grandes esfuerzos para abrirse paso a través de un río de gentes en período de vacaciones recién llegadas. Estas personas llevaban ropas de colores vivos, corbatas alegres. Y sus voces eran fuertes, y unos niños gritaban de manera aun más ruidosa, y el estrépito era aturdidor bajo la marquesina de cristales que estaba en el exterior de la estación.

Lanny logró atravesar aquella masa humana seguido del sargento Gillis y de otro guardia. Y allá, en el patio de la estación, entraban en aquel instante otros dos automóviles cuyas sirenas pedían imperiosamente que se les concediese su derecho al paso.

Un hombre uniformado vió a Lanny y corrió hacia él. Era el mismo hombre que había telefoneado la información, uno de los policías particulares de la compañía de ferrocarriles. Era un oficial antiguo. Lanny sabía que podía ponerse en él una completa confianza.

El hombre agarró a Lanny de un brazo y lo arrastró hasta fuera de la larga procesión de bulliciosos viajeros.

—Hablemos de la cuestión —dijo roncamente.

Joe Mac Ready tenía un periódico en la mano y había comenzado a desdoblarlo.

—No cometo errores —dijo de manera vanidosa—. Lo he visto aquí mismo hace unos diez minuta.

Estaba descargando golpes contra una fotografía que aparecía en la primera página del periódico.

—Se hallaba ahí, en el despacho de tabacos, hablando con la dependienta. No tuve mucha seguridad en los primeros momentos, y decidí dar vueltas a su alrededor.

—¿Y se perdió entre la multitud?

El policía del ferrocarril inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pero no antes de que pudiera adquirir completa seguridad. Es él. ¡Es él! Le digo… que se propone venir a domiciliarse en Freshwater.

No había cesado de mirar la fotografía mientras hablaba.

Otros policías habían llegado ya. Y la gente se detenía para mirar el numeroso grupo que se reunía en el ancho pasillo. Sabía que sucedía algo, y una onda de excitación recorrió la multitud en tanto que observaba al grupo que conferenciaba.

Mac Ready, dijo:

—Tan pronto como lo perdí de vista, llamé a usted por teléfono —Lanny hizo un movimiento de cabeza aprobatorio. Estaba meditando sobre lo que debería hacer. Pensaba: «Esa muchacha del kiosco de tabacos. Debo hablar con ella». La recordaba. Era una de esas mujeres en las que todo pregona su locura por el *cine*. Y dijo:

—Aquí estamos perdiendo el tiempo. Jeter, hable con el jefe. Dígale que estoy convencido de que ese Pretty Boy ha sido visto aquí, en Freshwater.

Mac Ready se enderezó vanidosamente. Lanny se volvió con rapidez hacia él.

—Mac, no dispongo de muchos hombres. Será preciso que usted se valga de sus medios propios para establecer vigilancia en la estación hasta que Pretty Boy esté detrás de unas rejas. Usted lo conoce. Es imprescindible que se cuide de inspeccionar a todos los viajeros que emprendan viaje desde aquí, con el fin de evitar que pueda marcharse. Pretty Boy se ha presentado en Freshwater y ¡por todos los diablos! Hemos de hacer que no salga de él.

Y se puso en marcha en dirección a la salida de la estación. Aquella vez, la multitud le abrió paso. Alguien dijo en voz baja cuando lo tuvo cerca:

—¿Qué sucede, amigo?

Y un hombre de voz ruidosa gritó antes de que Lanny pudiera contestar:

—Pretty Boy.

El capitán se volvió hacia el guardia que había hablado.

—¡Imbécil! ¿Cuánto tiempo cree usted que Pretty Boy tardará en saber que sabemos que está aquí? ¿Por qué diablos intenta favorecerlo?

Luego, dió orden de que uno de los automóviles se dirigiese al muelle.

—El barco de la tarde saldrá dentro de dos horas. No lo dejen levar anclas mientras no tengan seguridad de que nuestro hombre no está a bordo.

Éstas fueron las instrucciones que dió antes de subir a su automóvil.

—Y ahora, ¿qué haremos? —preguntó el sargento Gillis.

Había olvidado la discusión de pocos minutos antes. Por otra parte, la detención o la libertad de Pretty Boy no podrían producir beneficios ilícitos al sargento Gillis.

—Volvamos a nuestro centro.

Lanny estaba pensando: «Y todo esto, para ver la cara de un hombre mientras repite lo que ya ha dicho por teléfono». Pero esto era una cosa frecuente en el trabajo de los policías. Cualquiera puede llamar al cuartelillo. Y las palabras pronunciadas a través del teléfono suelen tener un acento convincente. Sin embargo, la cara de Mac Ready mientras repetía la historia había sido suficiente para él.

Pretty Boy, el último asesino sensacional de Nueva York, se hallaba en Freshwater City, aquella tierra de diversiones de la costa del Atlántico. Lanny tenía muy pocas dudas respecto a que esto fuese cierto. Y no hay necesidad de torturarse con las dudas cuando se tiene la posibilidad de apresar a Pretty Boy…

Uno de los guardias había adquirido un ejemplar de la última edición de un periódico en el exterior de la estación. Lanny estiró un brazo y se adueñó del ejemplar. Y en aquel mismo instante, transmitía nuevas órdenes a Jeter a cuyo cargo se hallaba el emisor de radio del automóvil.

—Diga al jefe que necesito que todos los hombres sean incorporados al servicio, que es preciso que se preste servicio permanente hasta que sepamos que nos hemos apoderado de Pretty Boy… o que se nos ha escapado. Dígale que quiero que se acordone la ciudad. En cada carretera debe haber un puesto de vigilancia.

Llame a los vigilantes para que nos ayuden… porque podrán inspeccionar los campos inmediatos y las carreteras secundarias. Dígale que debe establecerse vigilancia en el aeropuerto. Dígale que ya he tomado las disposiciones necesarias en la estación y que un automóvil ha ido al puerto. Dígale que si Pretty Boy está en Freshwater, ¡no podrá salir de aquí!

La voz de Jeter comenzó a repetir las instrucciones y las órdenes fueron radiadas al jefe. Cuando el automóvil llegó a la carretera que conducía al cuartelillo, una muchedumbre de policías montados en motocicletas surgió ante ellos. Los hombres llevaban las cabezas inclinadas. Rechinaban las cubiertas. Las sirenas aullaban. Lanny los vió perderse en dirección Norte, a lo largo de la carretera de Boston. Y un instante más tarde, el automóvil llegaba al patio del cuartelillo y Lanny salía de su interior y subía las escaleras de tres en tres.

El jefe se hallaba en pie cuando Lanny entró en la habitación. Y tan pronto como lo vió, dijo a grandes voces:

—Aquí hay otra cosa más para usted, Lanny. ¡Éste va a ser un día lleno de trabajo para usted!

Lanny cogió el mensaje escrito en forma telegráfica y pasó la vista por encima con rapidez. Luego, dijo:

—¡Dios mío!

Y el periódico cayó de sus manos, olvidado, cuando se dirigió de nuevo a las escaleras y a todo correr.

El jefe bajó la mirada en dirección al suelo, un rostro de hombre guapo lo miraba desde la primera página del periódico. El rostro de Pretty Boy, del «Muchacho Lindo». Y unas letras grandes pregonaban a su pie dos palabras. Éstas:

«MANIACO ASESINO»

CAPÍTULO II

Era de nuevo Alan Ladd. Estaba bajo el calor del sol, con la espalda apoyada en el muro del banco. Tenía el ala del sombrero inclinada sobre los ojos y las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina con cinturón.

En el interior del automóvil, Gino Lucci, un atracador, dijo:

—¡Por amor de Dios! No tiene por qué estar en la misma actitud que si fuese a asaltar un Banco, ¿verdad?

Eddy Eitel murmuró:

—Son los narcóticos. Es culpa de esas películas, que le han sorbido el seso.

Y se movió con impaciencia. Aquellos tres minutos últimos iban a transcurrir con una lentitud infernal. Los otros dos hombres no parecían molestos por la espera.

Bright estaba en la parte posterior del automóvil. Tenía otro nombre, pero Bright le encajaba mejor precisamente porque sólo era inteligente a medias. Era un cretino. Tenía las mejillas grandes y unas verrugas peludas y unos ojos que miraban con incertidumbre en dos direcciones al mismo tiempo. En aquel momento, tenía la delgada boca entreabierta, con lo que descubría unos dientes rotos y trazaba una sonrisa semiimbécil y tonta.

Pero Bright sabía utilizar una pistola cuando tenía a su lado, alguien que pudiera decirle que disparase. Y los pajarracos de este género son útiles en las cuadrillas de atracadores.

El conductor del vehículo, Maxie Christman, que se hallaba sentado tras el volante, silenciosamente y doblado como un signo de interrogación, dirigió la mirada hacia la principal calle comercial de aquel suburbio de Freshwater.

El hombre alto y delgado que estaba cubierto por una gabardina,

se movió con lentitud. Con los ojos medio ocultos por los entrecerrados párpados, estaba mirando el Banco. Podía ver al portero, que estaba próximo a la puerta, y un reloj que indicaba que faltaba menos de un minuto para la hora de cierre. Y más allá, estaban los empleados y los clientes.

Y aquel día no eran muchos los clientes. No los había ningún viernes, circunstancia que Gino había advertido tan pronto como comenzó a vigilar el establecimiento. No habría más de seis o siete en el interior. No eran demasiados para que pudieran ser manejados con facilidad.

El observador se estiró cuando el portero miró el reloj y comenzó a cruzar la puerta. Tenía en las manos un gran manojo de llaves. El hombre de la gabardina se volvió y entró en el Banco.

Gino se apeó del automóvil y cruzó la acera. Después, se colocó ante el portero y lo detuvo durante un segundo, con lo que dió tiempo a que Eddy Eitel y el cretino Bright descendiesen del automóvil y lo siguiesen.

El portero se sorprendió al observar la afluencia de clientes que llegaba en los últimos segundos de la mañana. Y todos eran desconocidos. Miró de nuevo el reloj y abrió la boca para decir algo acerca de la hora, pero Bright, con el rostro contraído como la cara de un perro que gruñese con enojo, le colocó algo duramente sobre las costillas y esto le hizo callar.

Eddy le quitó las llaves, empujó la puerta y la cerró. Un hombre grueso, de mediana edad que tenía un rostro muy poco amistoso, le vió hacerlo. Tal hombre tenía en las manos un puñado de billetes de corto valor y gritó con vacilación:

—¡Eh! ¿Qué es eso?

Había supuesto que iban a producirse acontecimientos poco gratos.

Cuatro pistolas aparecieron en aquel momento.

Gino y el hombre de la gabardina se hallaban ya ante las rejas. Gino mostró su pistola y dijo de modo imperativo:

—El timbre de alarma está ahí, en el suelo. Sé que está ahí. Pero intenta usarlo… ¡Anda, intenta utilizarlo, y…!

Ninguno de los empleados se había movido. Ninguno se atrevió a pisar el botón del timbre. Vieron las pistolas, se miraron unos a otros y luego levantaron en silencio las manos sobre las cabezas.

Gino dijo:
—¡Tenéis talento, muchachos! ¡Vigílalos… y si se mueven, vuélales los sesos, Alan Ladd!
El hombre de la gabardina estaba encogido tras su pistola, como una figura amenazadora y tensa. Los empleados se inmovilizaron sin dejar de mirar. Sabían que tenían ante sí a un hombre que emplearía la pistola… que hasta sería posible que estuviese deseando que se le presentase la ocasión de emplearla… Y ninguno de ellos quería darle motivos ni pretextos para hacerlo.
Los pocos clientes que había en el establecimiento se detuvieron rígidamente, apoyados en el bruñido mostrador. Todos ellos eran de mediana edad y tenían ese tipo corriente entre los comerciantes. Y por su modo de mirar y de comportarse, podía deducirse que sabían lo que una pistola puede hacer.
Bright los apuntaba con la suya desde la puerta. Eddy Eitel se había adelantado. Y Bright resultaba desconcertante, porque sus ojos parecían capaces de percibir todo lo que sucedía acá y allá, arriba y abajo, en toda la amplitud de la sala al mismo tiempo.
Gino pasó detrás del mostrador. No se apresuró. No tenía necesidad de hacerlo. Había vigilado aquel Banco durante tanto tiempo, que estaba seguro de que conocía con detalle todas sus circunstancias. Era la hora de cierre de los Bancos. Y teniendo la puerta cerrada a sus espaldas, él y sus compañeros estaban a salvo de cualquier interrupción inesperada.
Arrancó los hilos de los dos timbres de alarma y luego apoyó con energía la boca de la pistola en el costado de uno de los empleados. El hombre emitió una boqueada, como si sus pulmones se hubiesen vaciado de aire. A Gino le agradó aquel sonido y volvió a empujarlo con el arma.
—Abre aquella caja —ordenó—. Los demás, seguidnos —cuando todos, estuvieron en el interior de la caja, tan grande, que, en realidad, era una cámara acorazada, añadió—: Queremos todos los billetes que sean hasta de cien dolares. Podéis quedaros el resto para vosotros. Idlos metiendo en esta saca.
Eddy Eitel se acercó a los clientes y les arrebató las cantidades que acababan de retirar del Banco. No sumaban una gran cantidad. Eddy murmuró, con desdén:
—¡Qué miseria!

Y después hizo que los clientes pasaran al otro lado del mostrador. El hombre de cara de enfermo parecía encontrarse mal y respiraba con dificultad por entre unos labios que se tornaban azules.

Gino volvió la cabeza cuando observó que el grupo de clientes se hallaba detrás de él, agitó la pistola y gruñó:

—¡Alto, pobretones! No puedo cuidarme de ustedes… todavía.

No gustó a los comerciantes el tono con que pronunció la última palabra.

Y podría añadirse que tampoco les agradaba Gino. Parecía lo que en verdad era: un granuja, un producto de los bajos fondos italianos, un ser informe por exceso de grasa, de rostro plano y feo en que había la mancha de un bigote. Estaba elegante con sus anillos y el pañuelo de seda sobre el cuello de la camisa, pero aquel día no se había afeitado. Así era Gino, perezoso. Por eso se había dedicado a la vida del delito. El trabajo era una cosa aborrecible para el emigrante italiano.

Gino y Eddy Eitel eran los jefes de la cuadrilla, aun cuando ninguno de ellos tuviera la inteligencia necesaria para hacer algo más que organizar un sencillo atraco.

Bright llegó desde detrás del mostrador, con el medio estúpido rostro adornado por una sonrisa inexpresiva.

—No he matado a nadie todavía. ¿No vamos a matar a nadie en este «trabajo»? —preguntó.

Bright había matado a varios hombres en sus días buenos, según dijo. Pero no había dado sino unos vagos detalles, por lo que sus compañeros no tenían seguridad de que fuese cierto. Gino lo había incorporado a su banda muy poco tiempo antes, después de haber perdido un hombre en un garaje, donde un mecánico se presentó armado de una pistola cuando nadie lo esperaba. Para el atraco a un Banco, era conveniente disponer de cuatro hombres, además de un conductor para el automóvil.

Algunos de los comerciantes creyeron que bromeaba, porque les parecía demasiado crudo que se hablase de matar a alguien. Luego, el granuja les dirigió el aliento maloliente que salía por entre sus dientes rotos, y ya no estuvieron tan seguros.

Gino se limitó a responder con un gruñido. Y dijo:

—Ya los tengo todos.

Y cogió el saco que había llenado de billetes.

Luego, Eddy preguntó:

—¿Cuánto dinero crees que habrá?

Gino se encogió de hombros.

—Es probable que haya unos veinte… Quizá más —y movió la pistola ante los silenciosos clientes del Banco—. ¡Váyanse dentro! —les ordenó.

Los hombres parecieron sorprenderse. Los empleados del Banco habían comenzado a salir de la caja de seguridad, pero Gino los detuvo. Los cuatro *gangsters* comenzaron a retirarse andando hacia atrás sin dejar de apuntar con sus pistolas a los que componían el grupo.

—¡Adentro! —les ordenó Gino—. ¡Si no os azuzaré mi perro!

Y señaló a Bright, que estaba boquiabierto y expectante detrás de su pistola. Bright tenía el dedo ansiosamente apoyado en el gatillo. Y los hombres comprendieron y se retiraron con precipitación. El hombre grueso y de labios azules hubo de ser sostenido. Se encontraba muy mal. Eddy vió que el portero y uno de los empleados se hallaban detenidos ante la caja y les dijo:

—¡También vosotros!

Los dos hombres retrocedieron con rapidez. Bright se adelantó un paso desconsoladamente.

—¿No mataremos ni siquiera a uno? —dijo de modo suplicante.

Y no podía dudarse, lo decía con sinceridad. La pregunta hizo que Gino mirase a Eddy.

El fuerte italiano se adelantó cuando todos los hombres se encontraron dentro de la caja, apoyó el hombro en la pesada puerta y comenzó a cerrarla. Los que se hallaban en el interior se vieron acometidos por el pánico al observarlo.

—¡No puede hacer eso! —dijo uno de los empleados el director, probablemente—. ¡Dios mío, no sabe usted lo que hace! Hay un reloj automático en esa puerta. Si la cierra usted, no podremos salir de aquí hasta mañana a las ocho de la mañana.

Gino respondió, con indiferencia:

—Eso es lo que quiero que suceda.

Y cerró la puerta con mayor rapidez.

Se produjo una profunda conmoción en el Banco. Los hombres que estaban encerrados consiguieron hallar la voz. Sobre el ruidoso

tumulto que se originó, pudo oírse la voz suplicante del portero.

—Hay aquí un hombre que está enfermo de gravedad. Es necesario que se haga algo por él…

Bright se adelantó con alegría.

—¡Vamos a matarlo! Sólo un tiro, ¿eh?

Pero Gino empujó la puerta con más energía. Sonó un chasquido metálico e inmediatamente el silencio se apoderó del Banco. Los ruidos no podían atravesar aquella puerta.

Gino miró a su alrededor, cogió las monedas que había sobre los mostradores para el pago de cantidades fracciónales y se las guardó en un bolsillo. Después, se arrepintió y volvió a sacar del bolso las monedas y a colocarlas sobre el mostrador. Representaban un importe muy pequeño y le pesaban mucho.

Cruzaron la puerta de salida, que Eddy había abierto con violencia. Salieron a la calle, iluminada por el sol, formando un grupo apretado. Gino volvió la cabeza para decir:

—Sí, sí. Y muchas gracias. En otra ocasión, procuraremos no venir tan tarde.

Lo dijo para que lo oyesen los transeúntes. Parecía una cosa natural, corriente, y nadie dirigió más de una mirada a los componentes de la cuadrilla de atracadores. La puerta se cerró automáticamente detrás de ellos.

Subieron al automóvil y Maxie comenzó a conducirlo con lentitud. No tenían prisa. Cuando se realizaba con habilidad, el atraco diurno a un Banco era una tarea sencilla. Y aquél había sido un atraco mejor ejecutado que la mayoría de los que suelen cometerse. Sería muy probable que transcurriesen varias horas antes de que se diese la voz de alarma. Podría suceder que no se supiese nada de lo sucedido hasta la mañana siguiente. Y los atracadores esperaban hallarse mucho antes de que esto ocurriese en la amistosa «jungla» del East Side de Nueva York.

Por esta razón marcharon con lentitud a lo largo del bulevar orillado de árboles y respetaron las señales de la circulación como buenos ciudadanos. Y se sintieron en paz con el mundo porque llevaban consigo un saco lleno de billetes de Banco que eran casi, con seguridad, muy poco sospechosos e imposibles de descubrir a causa de lo escaso del valor de cada uno.

Sólo Bright estaba desconsolado.

—No hemos matado a nadie —dijo, vagamente—. Tú me dijiste que estuviese preparado para disparar, Gino, pero nadie hizo nada malo. ¿No vamos a poder divertirnos un poco?

Eddy dijo, sin volver la cabeza:

—¡Por todos los diablos, Gino! Ese imbécil lo dice de corazón. ¿De dónde diablos lo has sacado? Es peligroso para nosotros.

Gino estaba limpiándose los dientes con un palillo, cosa fácil de hacer cuando el automóvil marchaba con lentitud sobre un camino liso. Salían de la ciudad y se hallaban un poco más tranquilos a cada minuto que transcurría. Gino se pasó la lengua sobre un diente y respondió:

—Creo que Bright nos sirve perfectamente. No es muy inteligente, claro está, pero ¿quién quieres que nos ayude en un «trabajo» como éste? ¿Einstein?

Eddy murmuró:

—Nunca se está seguro con esos hombres que tienen cabeza de chorlito. No se sabe nunca qué harán…

Maxi Christman dejó de ser un signo de interrogación viviente tras el volante. Estiró el cuerpo al apoyar el pie con fuerza en el acelerador, y se convirtió en un signo viviente de admiración.

Los atracadores se hallaron lanzados hacia delante cuando el ímpetu del vehículo cesó repentinamente. Y entonces se oyó la voz de Maxie:

—¡Una trampa! —gritó.

Exactamente tras el recodo, donde la carretera se unía al valle del río, estaba detenido un automóvil, cruzado en el camino. Y unos hombres saltaban de él a tierra. Eran policías.

—¡Policías! —gritó Eddy.

Pero había sorpresa en su tono. ¿Cómo habrían podido tener noticia tan pronto los policías del atraco del Banco? Y se inclinó hacia delante. Las especulaciones podían ser abandonadas por el momento. Lo importante, por el momento, era que se hallaban en un compromiso y que debían hacer todo lo posible por salir de la situación.

Eddy pensaba y obraba con rapidez. Agarró a Maxie de un hombro y gritó:

—¡Acomete a ese automóvil! Luego, da vuelta y retrocede.

Aquello era lo que convenía hacer. No sería de utilidad el

intentar retroceder desde donde se hallaban, cuando los policías estaban a veinte yardas de ellos. Aquellos policías llevaban pistolas, y mucho antes de que el automóvil de los atracadores hubiera podido terminar de dar vuelta en dirección a Freshwater, comenzarían a disparar. O se pondrían a su vez en marcha, los perseguirían y terminarían por alcanzarlos.

Poner el automóvil de los policías fuera de combate… Y esperar que el suyo no quedara en las mismas condiciones. Esto era lo más conveniente.

Maxie volvió a pisar el acelerador, y el pesado vehículo de los atracadores pareció saltar hacia adelante. Los atracadores vieron que los policías se diseminaban con rapidez. Y se pudo apreciar fácilmente que no esperaban que se produjese aquella maniobra. Algunos de ellos, cayeron a tierra.

Luego, el automóvil de los maleantes chocó contra el costado del automóvil, ligero y rápido, de la policía. Se hicieron añicos los cristales, se doblaron los metales. Y sobre el estruendo, sonó la voz de Eddy.

—¡Retrocede, Maxie, retrocede!

El automóvil se separó del destrozado vehículo de la policía al ponerse de repente en marcha hacia atrás.

Los policías desenfundaron las pistolas y comenzaron a disparar. Eddy oyó un chasquido junto a su oído y vió que un policía se llevaba las manos al estómago y caía a tierra.

—¿Qué demon…? —comenzó a decir.

Y al volverse, vió el rostro alegre de Bright. Y oyó que Bright decía:

—¡Eh, lo he acertado! ¡En el estómago! Ahora, con ese trozo de plomo dentro, ya no estará tan satisfecho como antes.

Y recorría con la mirada todo el terreno excitadamente.

Eddy gritó de manera indignada:

—¡Maldito! ¡No se mata a los policías como a las demás personas! Los policías son diferentes… ¿No comprendes que eso enfurece a los demás y que no nos conviene que se enfurezcan contra nosotros?

No. No les convenía en aquellos momentos, cuando intentaban dar vuelta al automóvil para ponerlo en la dirección en que estaba Freshwater. Freshwater: una ciudad al final de una cuerda, como lo

llamaban los neoyorquinos.

Una trampa, como si todas las carreteras estuvieran guardadas… Y los atracadores supusieron que debían de estarlo.

CAPÍTULO III

Cuando entre el ruido estridente de la sirena salía de la ciudad en su automóvil, Lanny vió una ambulancia sanitaria que marchaba por la carretera delante de él y que llegó a la carretera del río unos segundos antes que el propio Lanny.

Había un embotellamiento de vehículos en el recodo. Unos guardias fatigados examinaban los automóviles que se habían detenido. Y luego los automóviles daban un rodeo, marchaban por terreno abrupto para pasar más allá de donde se hallaba el de la policía, y continuaban su camino. Había una persona tendida en tierra, cubierta con diversas prendas de vestir, junto a la rueda posterior del vehículo destrozado. Cuando Lanny descendía del suyo, vió que los camilleros y unos enfermeros de blusas blancas se aproximaban al policía derribado.

Lanny indicó a sus hombres que ayudasen a despejar la carretera a los policías que allí se hallaban, y cruzó el terreno para dirigirse a donde estaba el sargento que mandaba la escuadra. Era Alec Pedersen, un atleta rubio y un policía honrado en una ciudad en que casi todos eran granujas.

Lanny dijo:

—¿Cómo está ese hombre, sargento?

Pedersen no tenía una expresión de felicidad.

—Había un médico en uno de esos automóviles. Y dice que no hay esperanzas de salvación. Cree que el herido no vivirá ya cuando haya llegado al hospital.

Los dos hombres observaron cómo la camilla era diestramente colocada bajo el cuerpo del herido. Luego, la levantaron con suavidad y la condujeron a la ambulancia. No tenían prisa. El herido tenía vida para muy poco tiempo.

Lo colocaron en el interior de la ambulancia y comenzaron a cerrar las puertas. La ambulancia no se movió.

Lanny dijo:

—Era Kippax, Ronnie Kippax, ¿verdad?

El sargento respondió afirmativamente.

—Era un buen muchacho —dijo.

Lanny nada dijo, porque no estaba tan seguro como él. Aquellos policías uniformados eran, en su mayor parte, hombres deshonestos. Acaso lo fuese también el propio Pedersen, aun cuando recatadamente.

Uno de los enfermeras bajó de la ambulancia. Iba quitándose con lentitud los guantes de goma. No se apresuraba. Lanny se adelantó hacia él.

El enfermero dijo, con indiferencia:

—Tiene usted un caso de asesinato en las manos, capitán.

—¿Ha muerto el policía?

—En este momento.

Lanny se volvió en dirección a Pedersen.

—¿Funciona todavía su radio? —Pedersen respondió con un movimiento afirmativo—. Entonces, llame a la dirección. Diga que el patrullero Kippax acaba de morir. Allí sabrán lo que debe hacerse.

Pedersen preguntó:

—¿El
F. B. I.?

—Sí. Matar a un guardia es un delito federal en cualquier zona de los Estados Unidos. Es un trabajo para los
«G-men».
Nosotros podemos volver a nuestra misión de perseguir a Pretty Boy.

Cuando Pedersen regresó después de haber transmitido las instrucciones recibidas a la dirección, Lanny dijo:

—Ahora, dígame lo que haya sucedido.

Pedersen se quitó el sombrero y limpió el sudor de la badana. Lanny se dió cuenta de que el cabello del sargento había comenzado a abandonarle, aun cuando solamente tuviera menos de treinta años.

—Recibimos una comunicación de la superioridad —dijo

Pedersen— en la que se nos decía que Pretty Boy estaba en la ciudad y que debíamos vigilar las carreteras de Nueva York. Nos hallábamos en las inmediaciones de
Marty’s
Tavern, por lo que no tardamos más que unos pocos minutos en llegar aquí y colocar nuestro automóvil atravesado en la carretera. Bien, el primer automóvil que se nos presentó fué un armatoste antiguo. A continuación, llegó un «Pontiac» negro. No estábamos preparados para lo que sucedió. El «Pontiac» aceleró la marcha repentinamente y se lanzó contra nuestro automóvil. En seguida retrocedió. Intentamos detenerlo con algún disparo en las cubiertas, pero supongo que apuntamos con inseguridad. Y el «Pontiac» terminó de volverse. Después, alguien disparó desde la parte posterior del automóvil y Kippax cayó y profirió unos gritos horribles. El automóvil se alejó de nosotros y volvió a correr en dirección a Freshwater.

El sargento miró el vehículo destrozado.

—No pudimos hacer nada. Ese salvabarros se ha clavado en la rueda y no pudimos poner el automóvil en marcha. Y hasta dos minutos más tarde no se presentó ningún otro automóvil. Por esta razón, establecí comunicación y transmití informes de lo sucedido.

—Ha sido una suerte —comentó Lanny— que el transmisor de radio no quedase estropeado. Esos granujas se encuentran ahora en una situación comprometida.

El camión de la policía llegó en aquel momento. Y Lanny regresó a su automóvil. Pedersen lo siguió. Parecía querer decir algo.

Y lo que dijo fué:

—¿No se escaparán?

Lanny se encogió de hombros.

—No comprendo cómo podrían escapar. Gracias a Pretty Boy, todas las carreteras de la ciudad están vigiadas. Y también el puerto, las estaciones de ferrocarril y el aeropuerto. Y Freshwater no es una ciudad grande.

Pedersen había apoyado un pie en la rueda delantera. Todavía tenía deseos de hablar. Lanny no subió aún al vehículo.

—¿Supone usted quiénes son?

Lanny estalló con indignación.

—¡Vaya una pregunta, Dios mío! ¿Cómo quiere que lo sepa?

Han procedido como los pistoleros de Nueva York, pero que yo sepa, no hay hombres de esa clase en Freshwater.

«No siendo los de la cuadrilla de Myrtle», pensó y podría haber añadido, pero no lo dijo.

—¿Cree usted que podrían haber realizado alguna fechoría en la ciudad y que se marchasen a otro lugar?

—Es posible. Pero no tenemos noticias de que durante la última hora se haya cometido ningún delito de importancia —contestó Lanny—. ¡Vaya un día! —añadió con desesperación—. Se ve a Pretty Boy en la ciudad y al cabo de unos minutos, no sé quién se presenta y mata a un policía. ¡Es obra de una cuadrilla de pistoleros!

—¿No cree usted que ambos acontecimientos estén mutuamente relacionados?

—No. No lo creo. Pretty Boy no es un asesino profesional. Tiene sed de sangre, de crimen y podría decirse que mata muy bien. Pero los hombres de su clase no van nunca rodeados de una cuadrilla de asesinos. No, todo eso es fruto de una sencilla coincidencia, sargento.

Y luego, dijo repentinamente:

—Ahora, desembuche lo que tanto le preocupa, Pedersen.

Pedersen retiró de la cubierta el pie, le había sobresaltado la brusquedad del capitán. Estaba agitado y habló de modo defensivo.

—No le comprendo, capitán.

Lanny aproximó el rostro al del sargento. Era más alto y más fuerte que Pedersen. Era más ancho de pecho, y moreno. El sargento era rubio. Y, por otra parte, tenía unos ademanes agresivos, todo lo cual hacía de él un hombre más inteligente y más peligroso que el sargento.

—Desde hace unos minutos, tiene usted intención de decirme algo, Pedersen —dijo—. ¿Por qué no me lo dice? ¿Le parece que no es el momento oportuno para hacerlo?

Pedersen le miró rectamente a los ojos.

—Ésa es la cuestión, capitán. No me parece que éste sea el momento oportuno, ni creo que sea yo quien deba decírselo… Oiga, cuando comencé a actuar como patrullero, me acostumbré a recibir regalos. Usted sabe qué regalos: paquetes de frutas, carne, embutidos… Todos nosotros los recibimos, ¿verdad?

Lanny asintió con rostro duro. Pedersen miró de reojo la ambulancia que se ponía en marcha y continuó:

—Es cierto, lo que pretenden con esos regalos es «ablandarnos» y conquistar nuestro favor para el caso en que las circunstancias sean malas para «ellos»… o en el caso de que estacionen los automóviles donde no deberían hacerlo… y otras cosas parecidas…

Lanny se impacientó.

—¡Sí, sí, sí! Lo sé. Y sé, también, que con el paso del tiempo van aumentando en valor y que entonces se hace preciso ganarlos. Como el dinero que se cobra de un apostador profesional o del dueño de un garito de juego.

Pedersen no cesó de mirar a lo largo de la carretera.

—Sí, usted sabe lo que sucede en esos casos. No se sabe hasta dónde se ha llegado hasta que se ha ido demasiado lejos —dijo.

Lanny dijo:

—Ahora, dígame la razón de este preámbulo y qué significa todo eso.

Y entonces supo que estaba hablando con un policía honrado. Honrado, aunque hubiera aceptado unos «ablandadores».

Y lo supo porque Pedersen estaba diciendo con nerviosidad:

—Sé lo que he hecho, y estoy dispuesto a aceptar todas las consecuencias. Y no es que me haya hundido demasiado… Pero he estado pensando y no tengo fe en los hombres sospechosos y en los políticos que dirigen las fuerzas de policía. Me gustaría que se hiciera una «limpieza» en nuestras filas. Y creo que usted es el hombre que puede hacerla, el que tiene derecho de hacerla después de que se haya aclarado ese asunto de Alastair Myrtle.

Pedersen miro a su alrededor. No había nadie cerca de ellos.

—Voy a darle un consejo, capitán. Vigile sus pasos. «Saben» que usted es peligroso, porque no puede ser sobornado. Y esos «chupones» están sacando un buen provecho en Freshwater y no querrán permitir que un capitán de policía se interponga en su camino. Creo que ya han emprendido una acción contra usted.

Lanny no cesaba de observar aquel rostro fresco, rosado. Y Pedersen no cesaba de mirar a lo largo de la carretera.

—¿Qué sabe usted, en resumen? —preguntó Lanny—. ¿Y qué es lo que intentan hacer?

Pedersen elevó los hombros.

—Son murmuraciones, hablillas… Eso es todo. Por ahora, no hay nada de que pueda acusarse concretamente a nadie, pero es un síntoma revelador. Tan sólo cosas que algunos policías poco honrados dicen cuando se cita el nombre de usted. Creo que Myrtle se ha metido en el bolsillo a una gran cantidad de policías de Freshwater.

—Sí —murmuró Lanny—. ¿Y no lo sé con seguridad?

Estaba pensando en Alastair Myrtle, el hermano del Jefe Myrtle, en lo que había sucedido una semana antes.

Lanny estaba haciendo un recorrido en uno de los automóviles de la policía en unión del sargento Aubie Gillis y de una pareja de patrulleros de la parte baja de la ciudad. Y encontraron un par de automóviles muy grandes que se hallaban detenidos en Waterway. Lanny reconoció la matrícula de uno de ellos. Pertenecía al Jefe Myrtle.

Los automóviles eran tan grandes, que no dejaban espacio libre para pasar. Y Lanny se apeó para ir en busca de los conductores. Se hallaban en el viejo taller de Stedman. Stedman era el armero que se había ofrecido para proporcionar armas al Comité de Vigilancia de Freshwater, el cual había sido constituido muy poco tiempo antes. Y los hombres que se hallaban en aquel momento en el taller estaban martirizando al viejo Stedman.

Jules Stedman teñía el rostro acardenalado, hinchado, y de su boca y de las comisuras de sus labios brotaba sangre. Una pareja de orangutanes del Jefe Myrtle le sujetaba en tanto que Alastair Myrtle le golpeaba con una porra de goma.

Alastair lo aporreaba en el rostro sin perder la habitual expresión de severo buen humor. Era un hombre de elegante constitución, erguido, de actitudes militares, de rostro grande, moreno, guapo y bigote cuidadosamente peinado. Vestía unos trajes inmaculados que solamente uno de los mejores sastres de Nueva York podría confeccionar.

Lanny desenfundó el revólver. Y lo mismo hicieron Aubie Gillis y uno de los patrulleros, que los había acompañado como medida de precaución.

Alastair Myrtle los miró con regocijo y descargó con indiferencia un nuevo golpe sobre la oreja de Stedman. Jules se combó, como si aquel último golpe fuese excesivo para sus agotadas potencias de

sufrimiento.

Lanny gritó:

—Vuelva a golpearle, Myrtle, y no podrá usar el brazo durante un mes.

Myrtle arrojó la porra al suelo y respondió:

—¡Y lo dice usted sin bromear! Bien. Por esta vez, no se lo tomaré en cuenta. Vámonos, muchachos. ¡Vamos!

Al volverse, halló a Lanny que, pistola en mano, le cerraba el paso. Jules Stedman logró rehacerse un poco, y se puso en pie. Tenía un aspecto lastimoso. Alastair bajó la mirada a la pistola, como si unida a ella estuviese una broma. Y dijo:

—Ahora, capitán, francamente, eso no me parece una prueba de amistad.

La voz de Lanny fué firme cuando respondió:

—¿Y quién ha dicho que haya de ofrecer pruebas de amistad cuando le he visto maltratar tan despiadadamente a ese pobre viejo? Voy a detenerlo. De modo, que será conveniente que me acompañe hasta mi automóvil.

Otros dos orangutanes salieron del interior del taller. Uno de ellos llevaba una escopeta rota. Lanny pensó: «Eso es lo que sucede. Están destrozando el taller, no quieren que haya en Freshwater un Comité de Vigilancia armado».

Alastair Myrtle no se alteró.

—Mi abogado querrá conocer las causas de la detención —dijo —. Por esta razón, será conveniente que las conozca ahora mismo.

Los ojos de Lanny resplandecieron. Había tenido algunas cuestiones anteriormente con el hermano del Jefe Myrtle.

—Le detengo por agresión.

Alastair Myrtle se volvió con calma, miró al viejo Jules y luego miró a sus acompañantes. Y dijo, con sorprendida expresión:

—Es lo más asombroso que he oído en toda mi vida. Nadie ha sido agredido aquí, ¿no es cierto?

Sus orangutanes sonrieron de modo confiado y se alejaron arrastrando los pies al mismo tiempo que movían la cabeza negativamente. Jules nada dijo. Alastair Myrtle le habló directamente.

—Usted no dice nada, Stedman. Pero no recuerda haber visto que se haya maltratado a nadie, ¿eh? Le conviene pensarlo con

cuidado antes de contestar.

Su voz era suave, pero había cierto significado en su tono. Y Jules comprendió cuál era aquel significado.

Stedman levantó cansadamente la cabeza.

—No —dijo—. Aquí, que yo recuerde, no se ha agredido a nadie. Nadie ha sido maltratado, capitán.

Lo dijo, aun cuando apenas pudo pronunciar las palabras con la destrozada boca, y luego se combó de nuevo y perdió el sentido.

Lanny dijo:

—Intimidación de testigos, ¿eh? Bueno, de todos modos, lo detengo por agresión y maltrato, Myrtle. Tres testigos lo han visto golpeando a ese anciano: yo y mis hombres. No necesitamos la confirmación de Stedman. Ahora ¡póngase en marcha!

Alastair Myrtle se encogió de hombros con resignación y, sin pérdida aparente de tranquilidad, se dirigió al coche de la policía.

Una hora más tarde, Lanny era llamado al despacho del jefe de policía. El jefe, un viejo educado en la escuela de los procedimientos granujientos de Tammamy, anunció, bruscamente:

—Le conviene retirar la acusación contra Alastair Myrtle, capitán.

—¿Por qué?

La contracción de los ojos de Lanny fue un anuncio de hostilidad.

El jefe se inclinó trabajosamente hacia delante.

—Porque aun está a tiempo de hacerlo. Y porque no podría lograr que prosperase esa denuncia, que se basa en su sola palabra contra el testimonio de una docena de personas que afirman que ha visto visiones.

—¿Myrtle y sus orangutanes? —Y añadió sin brusquedad, puesto que conocía la respuesta a la pregunta—: Pero ¿y Gillis y el patrullero? Esos dos hombres vieron tanto como yo.

El jefe pasó la mirada sobre muchas de las cosas que había en la habitación. Y luego, miró repentinamente a su subordinado. Y dijo, con voz ronca:

—Me han dicho que no vieron absolutamente nada. Stedman dice que cayó por las escaleras y que algunos de sus clientes lo estaban atendiendo cuando usted llegó. Gillis dice que vió que unas personas sostenían a Stedman, que esas personas eran los

acompañantes de Myrtle. De modo que la denuncia de usted no podrá prosperar, capitán.

—Comprendo —Lanny se levantó con lentitud. Parecía muy grande, muy grande al destacarse de aquel modo ante la ancha ventana que daba a la bahía. Y añadió—: Myrtle… o su hermano… han sobornado a mis hombres.

El jefe le dijo con aspereza:

—Le aconsejo que mida las palabras, capitán.

Lanny apoyó ambas manos en la superficie de la mesa y se inclinó hacia delante hasta que sus ojos se hallaron a pocas pulgadas de los del jefe. Su voz tuvo el mismo tono áspero que el chirrido de una sierra circular.

—Jefe: usted lo sabe tan bien como yo. Han sido sobornados. Y no es la primera vez que los terroristas del Jefe Myrtle vulneran las leyes en su favor. La ciudad está harta de sobornos y corrupciones y no querrá tolerarlos más. Tiene tan poca fe en la policía de Freshwater, que ha comenzado a reorganizar el antiguo Comité de Vigilancia… Y esos viejos que lo componen no son gente misericordiosa. Bien; estoy a su lado y ¡por todos los demonios!, aun cuando fuese la última cosa que pudiera hacer en mi vida, no dejaría do ayudarlos.

Se dirigió a la puerta y al llegar a ella se detuvo de nuevo. Cuando se volvió, tenía el rostro duro y grave.

—Acaso pueda usted transmitir este aviso al Jefe Myrtle —añadió agresivamente.

Aquellas palabras resultaron dolorosas. El jefe se levantó y se acercó a él con ojos coléricos.

—¡Por Dios, capitán! No quiero oírle hablar así. ¿Quiere usted decir que Myrtle me tiene encerrado el su bolsillo?

Era una fanfarronada, una falsedad; y los dos lo sabían.

Lane se limitó a decir de modo desdeñoso antes de salir:

—Eso, usted lo sabrá…

Y el sargento Pedersen le decía en aquel momento que la máquina de Myrtle lo perseguía… con el fin de eliminarlo, de apartarlo del camino por haber hecho aquella observación a su jefe.

Lanny subió a su automóvil. Pedersen se detuvo más. Y precisamente en el instante que Lanny se disponía a iniciar la marcha, el sargento se inclinó y dijo en voz baja:

—Capitán: si hubiera alguna situación de compromiso, cuente conmigo. Estoy harto de toda ésta granujería. Y todavía hay algunos muchachos en los que puede usted confiar por completo.

El rostro severo de Lanny se cubrió de una sonrisa triste.

—Gracias, sargento. No olvidaré lo que me ha dicho.

La radio estaba hablando. Los dos hombres escucharon. «El capitán Just debe volver inmediatamente al cuartelillo. El capitán Just debe retirar en el acto los piquetes de vigilancia». El mensaje se repitió.

Pedersen sonrió y dijo:

—Comienza la función, capitán. Apostaría a que va a comenzar ahora mismo.

Y saludó y se alejó con rapidez. Lanny hizo una seña para que se pusiera en marcha el automóvil. La radio había comenzado a hablar otra vez.

Había sido hallado en las cercanías del muelle un «Pontiac» con las ventanillas rotas y el frente destrozado. Un guardia había hallado testigos que vieron salir de él a cinco hombres que se alejaron con rapidez. Los testigos ofrecieron una descripción detallada de tales hombres, y la noticia era transmitida por radio para que llegase, a conocimiento de todos los policías. Estaban regresando a la ciudad cuándo la noticia llegó hasta ellos. Lanny comenzó instantáneamente a transmitir órdenes.

Todos los vigilantes de las carreteras debían aproximarse a la ciudad y estrechar el cerco. Los Vigilantes del Comité debían unirse a la policía.

Sus hombres lo miraron cuando le oyeron dictar esta última orden; pero, de todos modos, fué transmitida. El conductor preguntó:

—¿Al cuartelillo?

Lanny respondió:

—No: vamos al barrio viejo, al barrio del mar. Vamos a registrar todas las tabernas y todos los alojamientos baratos para ver si podemos forzar a esos pistoleros a salir a terreno descubierto —luego, sonrió de modo burlón—: No he oído la orden que nos han transmitido; y acaso sea conveniente para ustedes olvidar que la hayan oído.

Los hombres miraron ante sí y nada dijeron. Lanny pensó: «Es

un infierno esto de que no se pueda confiar en los propios subordinados».

CAPÍTULO IV

Gino Lucci estaba preocupado. Y sus ojos italianos lo indicaban con claridad. Observó cómo la carretera de cemento corría hasta situarse bajo las ruedas del «Pontiac» y dijo:

—Tenemos que abandonar pronto esta lata de sardinas. Ese frente abollado no puede producirnos más que disgustos.

Eddy Eitel dejó de hacer muecas de desprecio para decir:

—¡Váyase al diablo! Pero ¿quién nos trajo a esta situación? ¡Por Satanás! ¿Por qué admitiste en nuestro grupo a ese cabeza de chorlito?

Gino pensó durante unos cortos segundos. Y luego, replicó:

—Tú me dijiste que nos convenía disponer de un hombre que no vacilase cuando se trataba de disparar una pistola. ¿No es cierto? Y ¿qué hice? Buscarlo. Ese hombre tan torpe es muy impulsivo; y deberíamos haberle quitado la pistola tan pronto como salimos del Banco.

—Cierto, cierto —respondió de modo burlón Eddy—. Deberíamos haber hecho muchas cosas. La primera de todas, no haber admitido en nuestro grupo a ese idiota.

Bright le oyó; pero sonrió de manera amistosa. Junto a él iba Boy Fehse, que parecía, más que nunca, un nuevo Alan Ladd. Estaba sentado en el rincón y tenía la mano apoyada en algo que llevaba bajo el costado contrario. Eddy contrajo los labios con desprecio al mirarlo. Bright y Boy Fehse no eran verdaderos luchadores como él y como Gino, sino unos pobres chiflados…

Repentinamente, saltó hacia delante y gritó:

—¡Abandona la carretera al llegar al cruce! Allí hay un camino que lleva al puerto sin pasar por la población. Allí nos desharemos del automóvil.

—¿Y luego?

Maxie no conocía Freshwater tan profundamente como Gino y Eddy habían llegado a conocerla la semana anterior.

Eddy pensó con rapidez.

—Hemos de abandonar esta lata de sardinas. Eso es lo primero que debemos hacer. Luego, nos esconderemos hasta que sepamos cómo salir de estas tierras. No hay duda de que ahora deben de estar vigiladas todas las carreteras que salen de la población.

Y miró con enojo al imbécil Bright, que marchaba en el asiento posterior.

—¿Y luego?

—Conozco un sitio donde podremos permanecer… Cuando salgamos, id todos detrás de mí. Pero no hagáis que parezca que vamos todos juntos. ¿Comprendéis?

Todos asintieron. Estaban descendiendo por una calle estrecha y retorcida que se hacía más pobre y más sórdida a medida que se aproximaba al mar. Los vecinos tenían aspecto de ser hombres duros y bajos. Las aceras estaban inundadas de marinos de todas las naciones. Había en el ambiente un matiz familiar, y por primera vez desde que se produjo el tiroteo, los atracadores se sintieron animados.

Maxie oprimió los frenos bruscamente. El automóvil tenía delante la valla de madera pintada de blanco que protegía el muelle. Maxie gritó:

—¡Guardias! ¡Ved aquel auto de guardias! ¡Diablos! ¡Qué pronto han llegado!

Eddy había comenzado ya a apearse. Los otros lo siguieron. Eddy se volvió y retrocedió unas yardas; luego, cruzó la calle y se introdujo en una callejuela lateral. Los otros lo siguieron a intervalos regulares. Boy Fehse marchaba con la mano bajo el sobaco. Y así siguió hasta que Maxie Christman se aproximó a él y lo maldijo por la forma de que denunciaba su propósito. Y Boy respondió de manera despectiva, pero retiró la mano y la metió en las profundidades del bolso de la gabardina. Gino llegó a su lado y Maxie se lamentó:

—¿Por qué diablos hemos llevado con nosotros a esa pareja de idiotas?

Gino no respondió. Todo parecía indicar que Maxie y Eddy le

culpaban por el fracaso del proyecto.

Eddy se volvió hacia la calle, más ancha y más atrafagada, que se abría delante de la anterior. Y lo hizo tan precipitadamente, que chocó con un hombre que cruzaba la acera para entrar en una tienda. El hombre dijo algo con acento de marinero inglés, pero Eddy no entendió lo que le decía y continuó la marcha.

Cuando hubo recorrido algunas yardas más de la calle, miró con rapidez a su alrededor y comenzó a subir unas escaleras gastadas. Esperó en la parte alta hasta que los demás hubieron llegado, y después recorrió un pasillo obscuro y sucio hasta llegar a la última puerta. Una tarjeta sujeta con tachuelas indicaba que aquélla era la oficina de «Freshwater Shippers, Inc.».

Eddy dió vuelta a la manivela de la puerta y entró. Los demás lo siguieron muy de cerca. Una muchacha que estaba sentada ante una máquina de escribir levantó la cabeza y dijo:

—Algunos hombres suelen llamar cuando entran en una oficina.

Estaba sobresaltada por la subitaneidad de su presencia, y por esta razón, se hallaba enojada.

Eddy dijo con amabilidad:

—Cierto, niña; pero sabíamos que no estarías haciendo nada malo.

La muchacha continuó sentada y silenciosa en tanto que intentaba comprender lo que había oído.

Eddy se recostó en el corto mostrador y dijo:

—Di al jefe que aquí está un antiguo compañero suyo de habitación. Dile que era una habitación muy pequeña.

La muchacha no se movió. Eddy levantó la mano. Y cuando volvió a hablar, su tono fué de amenaza.

—¡Haz lo que te he dicho! —dijo con voz ronca—. ¡Pronto!

La joven saltó al oírlo, pero recobró la serenidad antes de llegar a la puerta interior, y replicó:

—No lo comprendo. Espero que el jefe le meta en algún hoyo por gritar de ese modo.

Entró en la habitación interior murmurando, y volvió a salir casi inmediatamente. Tras ella salía un hombre bajo, gordo, calvo, en mangas de camisa cuyo rostro se llenó de tribulación al ver a Eddy y sus acompañantes.

Eddy le descargó un manotazo.

—¡Hola, Dim! ¿Cómo estás?

Marty Dimenza se quitó el cigarro de la boca lo mismo que si repentinamente hubiera adquirido un mal sabor.

—¡Hola, Eddy! ¿Cómo estás? —respondió de modo mecánico. Estaba observando a los demás hombres, y de modo principal, a Bright. Bright estaba mirando a la muchacha y comenzaba a acercarse a ella.

—Tengo el proyecto de establecer un negocio de embarques, Dim. Acaso podamos hablar de la cuestión. Pero liemos de hacerlo en privado, ¿eh?

Lo dijo para que lo oyese la muchacha; y Marty Dimenza comprendió la intención de Eddy.

—Sí, sí… —respondió Marty—. Entra —y luego, dudó—: No tengo más que dos sillas y muy poco espacio. ¿Pueden esperar aquí tus amigos mientras hablamos?

—¡Claro que sí! —respondió Gino por los muchachos. Y precisamente en aquel momento, Bright hizo algo a la joven, que emitió una exclamación y se alejó de un salto con el rostro cubierto de una colérica rojez.



Al volverse, halló a Lanny que pistola en mano le cerraba el paso.

La joven fué en busca de su sombrero y dijo:

—Si esos monos se quedan aquí, me voy. ¿Quién demonios han creído ustedes que soy?

Eddy dijo en seguida:

—No te vayas —y lo dijo porque la joven podría hablar cuando saliese y descubrirlos. La joven comenzaba a discutir, pero Eddy la interrumpió—. Muy bien. Bright entrará con nosotros. No te

molestará.

Dimenza se dirigió a su despacho en tanto que decía:

—Arregla las cosas como te parezca más conveniente. No te cuides de mí. Yo soy sólo el amo —pero lo decía con cautela y sin seguridad. Cuando la puerta se hubo cerrado, añadió—: ¿Estás en un aprieto?, ¿eh? ¡Venga, venga! Dime lo que te sucede.

Eddy respondió burlonamente:

—Eso me parece amistoso y bueno, Dim. No has cambiado nada. Eres el mismo Marty Dimenza de corazón abierto y grande. El *penado del Estado número D. W. 1444*.

La expresión de Dimenza no se alteró.

—Eso no contesta a mi pregunta —dijo. Tenía la mirada fija en el saco que Eddy llevaba consigo—. No has venido a buscarme para decirme lo que me has dicho. Supongo que es una mala situación lo que te ha traído aquí. ¿Qué te sucede? Eso es lo que he preguntado y lo que quiero saber.

Eddy coloco ambos pies sobre la mesa. Bright encontró una revista ilustrada y comenzó a buscar retratos de chicas guapas. Eddy dijo:

—Pasábamos por aquí. Y creímos que podríamos venir a visitarte. Sí, tenemos contratiempos. Supongamos que es cierto… Lo único que queremos es estar tranquilos hasta que podamos seguir el camino de Nueva York.

Dim hizo la pregunta oportuna:

—¿Por qué no lo hacéis ahora mismo?

—Policías —respondió lacónicamente Eddy—. Todas las carreteras están vigiladas. Es probable que interrumpan la vigilancia cuando se hayan cansado.

—Los policías no se cansan con facilidad. No siempre. Eso depende de lo que hayáis hecho —los ojos de Dim se contrajeron entre la carnosidad del rostro—. Te dije que me dijeses la verdad. Antes de nada, quiero saber con exactitud lo que haya sucedido. Haré todo lo que pueda por ayudaros y… Ahora que hablamos de la cuestión, ¿qué ganaré con ello?

Eddy le refirió lo que deseaba saber.

—Vinimos a Freshwater la semana pasada. Escogimos un Banco de las afueras de la población. Y esta tarde, lo atracamos.

Dimenza dirigió la mirada al saco. Y en sus ojos hubo una

expresión de alegría.

—¿Un Banco? —Luego, pareció sorprenderse—. No he oído que haya sido atracado ningún Banco.

—Los policías lo han oído. Encontramos un puesto de vigilancia en la carretera cuando aun no hacía cinco minutos que salimos del Banco. Tuvimos que volver a la ciudad para huir de ellos.

—¿Un puesto de vigilancia en la carretera?

Dimenza estaba reflexionando con intensidad.

Eddy se puso en pie y comenzó a recorrer el pequeño despacho. Tenía una expresión feroz.

—¡No Comprendo cómo han podido saberlo pronto! ¡No lo comprendo! Creíamos que disponíamos de una ventaja de diez o veinte horas. Y luego, caímos casi en brazos de una patrulla cuando dimos vuelta al primer recodo.

Y permaneció inmóvil durante unos momentos para maldecir con más facilidad.

De nuevo puso Dimenza la mirada calculadora y avarienta en el saco.

Al cabo de poco tiempo, dijo:

—Has tenido mala suerte, compañero. Debías haber escogido otro día. Ese pelotón que encontraste en la carretera no iba en busca de vosotros.

—¿No?

—No. Es posible que si os hubierais aproximado tranquilamente a ellos os hubieran dejado pasar —Dim se detuvo, pero su mirada no se separó del saco—. Es otra cosa lo que buscan los policías. Tienen a Pretty Boy en Freshwater.

—¿Pretty Boy? —preguntó Eddy, que no comprendido—. No comprendo… ¿Quién es ese Pretty Boy? ¿Qué hace?

—Matar personas. Mujeres. ¡Un asco! —Dim hablaba con laconismo—. Por lo menos, ha matado ya a una mujer. ¿No lees los periódicos?

Eddy hizo una castañeta con los dedos. Comenzaba a comprender.

—¡*Él*! —dijo—. ¡El hombre a quien llaman el Asesino del Sexo! Lo estaban buscando, ¿eh?

Tenía el rostro y la mirada cubiertos de indignación al pensar en la mala suerte que lo perseguía. Luego, observó la codiciosa mirada

que Dimenza dirigía al saco que se hallaba sobre la silla. Y se enfrió un poco y comenzó a pensar.

Lo primero que decidió fué que no tenía necesidad de decir a su antiguo compañero de celda de la cárcel Estatal de Indiana nada referente a los disparos contra el guardia. Podría, después de todo, suceder que el hombre no estuviese malherido…

—De todos modos, los guardias nos perseguirán. Tuvimos que acometer a uno de ellos para poder escapar. Ahora, estarán buscándonos —dijo.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Dim.

Eddy se sentó en la mesa y columpió los pies, que los llevaba cubiertos de unos zapatos amarillos.

—Queremos descansar hasta que llegue la obscuridad. Y necesitamos un automóvil y alguien que nos indique los caminos secundarios que llevan fuera de la región de Freshwater. Pagaremos bien.

Dim dijo:

—¡Qué diablos vais a pagar! Hay algo que no sabéis. Se ha formado un Comité de Vigilancia de Freshwater. Los ciudadanos están hartos de policías sobornables y de políticos. Y hace un par de semanas nos sorprendieron a todos con la creación del Comité de Vigilancia. Han reunido a un par de centenares de hombres. Y muy duros, todos. Dicen que van a hacer una «limpieza general» en Freshwater, aun cuando el jefe Myrtle tiene una opinión distinta de la cuestión.

—Tienes una voz muy agradable —dijo Eddy—. Ahora, dime qué significa todo eso.

Dim no cesaba de mirar el saco.

—Eso significa que estáis sitiados aquí, en Freshwater como consecuencia de la muerte de una mujer que fué asesinada en Nueva York hace dos o tres días. Los Vigilantes ocupan todas las carreteras secundarias, y en estos momentos supongo que andarán buscando a cinco pistoleros, además de a Pretty Boy —respondió Dim—. Os habéis metido en la ratonera, amigo.

—¡No lo creas! —replicó espantadamente Eddy. Se miró los amarillos zapatos un momento, y después añadió—: ¿Podrías hallar una solución, Dim?

Dim dijo:

—Podría hallar una solución si tuvierais mucho dinero… mucho dinero.

—¿Cuánto?

Unos diez «de los grandes», por ejemplo.

Eddy reflexionó un instante.

—Es posible que lleguemos hasta esa cantidad… si tenemos seguridad de salir enteros de aquí.

Una vez que hubieran pagado la cantidad indicada, todavía les quedarían otros diez mil dolares, sobre poco más o menos. Y una cantidad de tal magnitud no era grano de anís.

Dim se levantó. No podía apartar la mirada de aquel saco. Se pasó la lengua sobre la sequedad de los labios y pensó en la parte que le correspondía del contenido. El modo de que proyectaba resolver la cuestión le dejaría un billete «de los grandes» para él, con seguridad. Y uno billete «de los grandes» representaba muchas cosas y muchos esfuerzos en aquellos tiempos.

—Yo os facilitaré la solución —dijo—. El precio es diez mil dolares. Muy bien.

Eddy dijo a regañadientes:

—Muy bien —y añadió—: ¿De qué modo vas arreglar la cuestión?

En su tono vibraba una sospecha. Jamás había tenido fe en el dicho de que los ladrones proceden entre sí con honor. Y Marty Dimenza era un traidor tan grande como el que más pudiera serlo. Pero acaso procediese con honradez a cambio de una participación en los fajos de billetes.

Dim abrió un armario y sacó de él la chaqueta y el sombrero. Los trapos y los utensilios de limpieza estaban en el mismo armario. Así era la oficina de *Freshwater Shippers, Inc*. Quitó a ambas prendas el polvo y se las puso.

—Voy a ver al Jefe Myrtle. Si hay alguien que pueda resolver estas dificultades, ese alguien es el jefe. Es el amo de la ciudad… de los guardias y de todo. Hará todo cuanto haya que hacer a cambio de diez mil dolares.

Y salió. Eddy salió tras él, reunió a sus compañeros en un rincón, lejos de la muchacha, y les dijo lo que habían convenido. Gino se enfureció al pensar en perder diez «de los grandes», porque siempre había sido avaricioso. Maxie Christman se encogió de hombros y

dijo:

—Así son las cosas, Gino. No podemos elegir. Hemos de aceptar el precio de Dimenza.

Encendió un cigarrillo con la colilla del anterior. Todos ellos habían estado fumando, y la habitación se hallaba llena de humo de tabaco. La muchacha se encontraba sentada con enfado junto a la ventana que se abría sobre los tejados de los tinglados del muelle. Cuando Bright entró en la habitación, la joven se estremeció y cogió un pesado taladrador de papel, pero Eddy obligó al deficiente mental a volver al despacho interior, y Bright no se rebeló.

Luego, todos se sentaron para esperar. Todos estaban nerviosos, porque ninguno de ellos confiaba en un ex presidiario de la calaña de Marty Dimenza. Boy Fehse cogió una silla y se instaló en ella rígidamente detrás de la puerta para evitar una sorpresa. Y en aquella ocasión nadie le dijo que separase la mano del sobaco contrario.

Media hora más tarde, sonaron pasos en el pasillo exterior. Luego, la puerta comenzó a abrirse. Dimenza entró en la habitación. Nadie se tranquilizó hasta después que hubo terminado de entrar, cuando se vió que nadie lo seguía. Al cerrarse la puerta, todos suspiraron. La muchacha no cesaba de mirarlos y observarlos sin perder ni uno solo de sus gestos.

Dim dijo:

—Espero que tendréis el dinero, porque ya he arreglado la cuestión.

Eddy miró a Maxie. Podía tener confianza en aquel hombre… casi.

—Quédate aquí y haz compañía a la señorita, Max —dijo—. Esta vez, entraremos todos en el despacho para conferenciar.

Cuando todos se encontraron en la habitación interior, Dim dijo que no había necesidad de hablar hasta que no hubiera visto los diez mil dolares. Parecía estar nervioso. Sus dedos se doblaban y desdoblaban como si esperasen percibir entre ellos el contacto de algo muy grato.

Eddy gruñó:

—En ese caso, podemos comenzar a contarlos.

Y lo hicieron. Sufrieron una decepción. En total, sólo se habían apoderado de dieciséis mil dolares, intentaron convencer a Dim de

que debía rebajar la cantidad convenida en unos cuantos millares de dolares, pero Dim los tenía en su poder, y al fin logró ver ante sí los diez mil dolares juntos.

Luego, dijo lo que había prometido.

—Me he puesto de acuerdo con el Jefe —anunció. Y mentía—. A cambio de diez «de los grandes», el Jefe se compromete a retirar los Vigilantes de las carreteras secundarias, de modo que podáis seguir un camino sucio y estrecho hasta llegar a Mason County, donde tomaréis la carretera principal de Nueva York.

—¡Si! —dijo Gino—. ¿Y cómo llegaremos allá?

Dimenza respondió:

—Yo os llevaré personalmente en mi automóvil. Conozco el camino mejor que nadie.

Estaba alardeando de algo que no era cierto por completo, y una extraña agitación hacía que su voz temblase. Eddy lo observaba con atención.

Luego, Eddy miró a sus compañeros. Gino parecía estar convencido y satisfecho.

—Si él viene con nosotros, creo que no podremos tener ninguna duda.

Eddy señaló los montones de billetes de manera enfadada, desganada. Y Dim los cogió y los guardó en una caja de jabón, entre los trapos y las escobas.

Dim dijo:

—Cuando nos vayamos, eso quedará aquí. Esto es honrado, ¿verdad?

No confiaba en aquellos pistoleros de Nueva York. No se confía en nadie cuando se procede con engaños.

Y de este modo procedía en aquellos momentos Marty Dimenza, que jamás se había acercado al gran Jefe Myrtle.

CAPÍTULO V

Lanny no consiguió por completo lo que se proponía. Bajó al muelle y habló con los policías del automóvil que allí se encontraba. El sargento encargado del mando de las fuerzas le dijo que no se había visto a Pretty Boy.

—Y el barco marchará dentro de veinte minutos —dijo Lanny en tanto que consultaba su reloj. Y luego, miró al barco costero—. Entonces, tendremos una salida menos que vigilar.

El sargento dijo:

—Tenemos una descripción de los cinco pistoleros que mataron a Kippax. Su automóvil está allá, arriba.

Estaba observando a Lanny con atención. Lanny pensó con regocijo que esto estaba convirtiéndose en una costumbre de todos los sargentos de la policía.

—¿Iba usted a decirme algo, sargento? —preguntó Lanny, con amabilidad.

Lanny era más corpulento que el sargento, puesto que era casi el hombre más corpulento de las fuerzas de policía de Freshwater, y esta circunstancia era ventajosa para él. En cierto modo, un hombre corpulento es intimidador para sus contrarios cuando la conversación se hace violenta.

El sargento respondió en el acto:

—Sí. No es nada, señor… Me estaba preguntando si habrá recibido usted hace cinco minutos un mensaje de la dirección.

Lanny sabía que no era conveniente mentir, lo que conduciría sólo a qué el sargento repitiese el contenido del mensaje. Y por esta razón, dijo:

—Lo recibí. Y no tengo intención de hacer caso de él. Y si le agrada, puede usted comunicarlo a la dirección.

En aquel momento, el teniente Murdoch bajaba por la cuesta en una motocicleta. Era joven, astuto, frío. Si el jefe de policía estaba en el bolsillo del Jefe Myrtle, entonces el teniente Murdoch estaba junto a él también.

Lane esperó con rostro severo. Murdoch se echó hacia atrás la visera y dijo:

—No ha acusado usted recibo de un mensaje que se le transmitió hace cinco minutos, capitán. Ésta es razón de que haya venido a buscarlo.

—¿Para qué?

—No hay necesidad de que vuelva ahora al cuartelillo —dijo Murdoch, con frialdad—. No es necesario que vaya a ninguna parte. Lo mejor que podrá hacer será marcharse a su casa, porque en el cuartelillo se ha recibido recado de que hay alguien que le espera.

Pero Lanny estaba esperando a que le fuese transmitida la parte más importante del mensaje.

—Siga —dijo, con suavidad—. Venga el disgusto.

Murdoch puso en funcionamiento el motor y miró su alrededor para ver si el camino que había de seguir estaba libre.

—¿El disgusto? ¡Ah, sí! El jefe supuso que usted se olvidaría de tomar determinaciones respecto a los Vigilantes, por lo que dió personalmente la orden de que regresen a sus casas. El jefe no es partidario de que los aficionados se mezclen en el trabajo de la policía.

—Es posible —dijo severamente Lanny—. Es posible que aun cuando podría ser otra persona quien hubiese inspirado esa orden, alguien que no quiere hallar oposiciones en esta ciudad. Alguien llamado Jefe Myrtle, que gobierna las fuerzas de policía, la ciudad y todas las acciones feas que se relacionan con Freshwater.

Murdoch apretó el pedal de puesta en marcha y dijo:

—Debía usted sellarse la boca. Ya le ha puesto la lengua en bastantes situaciones comprometidas. Si fuera usted un policía inteligente, viviría holgadamente, puesto que tiene uniforme de capitán.

Y cuando lo hubo dicho, se alejó entre los estampidos del motor.

Lanny dijo, con enojo:

—Cualquier día le descargaré el puño sobre esa cabeza tan acicalada y le dejaré en ella una ondulación permanente para toda

la vida… en el caso de que viva después.

Y luego, regresó con lentitud a su automóvil pensativamente.

Pues Lanny sabía que la batalla comenzaba. Sabía que la máquina de Myrtle se había puesto en movimiento contra él. Aquella orden de que se alejase de las pesquisas que se realizaban sólo podía tener un significado: que se le «retiraba».

Y puesto que éste era el carácter de su naturaleza, Lanny dijo a su conductor que lo llevase al cuartelillo. Si sus enemigos querían iniciar la lucha, se encontrarían a mitad de camino.

El sol arrojaba unas sombras largas ya, pero todavía era agradable la temperatura y había un ambiente de bienestar en la tarde primaveral. Repentinamente, Lanny no se encontró indignado ni agresivo. Acaso fuese el efecto del sol, acaso fuese porque supiese con seguridad el terreno que pisaba… acaso fuese por la posibilidad de que en cualquier minuto diese comienzo la batalla…

Hacía mucho tiempo que Lanny tenía deseos de guerrear. En aquellos momentos, ya veía ante sí la probabilidad de una pelea. Y esto le satisfizo.

Lanny pudo obtener una victoria preliminar, aun antes de subir al despacho del jefe. Cuando descendía del automóvil de la policía, vió otros dos grandes automóviles que estaban en el patio. Eran del Jefe Myrtle. Media docena de orangutanes fraternizaba con el guardia que estaba de servicio en el parque.

Lanny se acercó a donde se hallaban apoyados en los salvabarros de los enormes y costosos «Sedans». Y dijo de manera agresiva:

—¡Golfos, salid de este parque de la policía y llevaos vuestros carricoches!

Los hombres se estiraron, pero no se movieron. Lanny se volvió hacia el guardia.

—Y usted, ¿por qué demonios consiente usted que esos monos entren aquí? ¡Échelos ahora mismo! ¡Hieden!

Los orangutanes se acercaron con indignación al oírlo. Les parecía que aquellas palabras eran ofensivas para ellos. Lanny se volvió y los miró con una mueca de severidad en el rostro. No le atemorizaba el brazo fuerte de los hombres del Jefe Myrtle.

El guardia decidió pronunciar el nombre. Y dijo de modo hosco y defensivo:

—Esos automóviles son del Jefe Myrtle, que acaba de llegar.

Estos hombres le acompañan.

Lanny rugió:

—¡Váyase al infierno el Jefe Myrtle! ¿Hasta cuándo va a seguir ese canalla mandando las fuerzas de policía? ¡Eche a esos hombres de aquí! ¡Se lo ordeno!

Uno de los granujas tenía una mano en un bolsillo. Todos aquellos orangutanes tenían los rostros planos, las mejillas curtidas. Todos eran distintos unos de otros, y, sin embargo, todos parecían iguales. Formaban tan sólo un conjunto de granujas de Nueva York.

Lanny se acercó a uno de ellos.

—¡Te sacaré a patadas la mano del bolsillo si no la sacas tú ahora mismo! —Y se detuvo, dispuesto a poner en ejecución la amenaza. El granuja se intimidó y sacó la mano con rapidez. Luego, Lanny abrazó a todos con una sola mirada de enojo—. Os concedo diez segundos. —Cuando hayan transcurrido, os encerraré entre rejas si todavía estáis aquí. ¡En marcha!

Y los hombres se pusieron en marcha. Estaban sorprendidos y aturullados y no sabían qué hacer. Eran seguidores, no directores, y su jefe no se hallaba presente para pensar en ellos. Subieron a los automóviles y les pusieron en marcha hacia atrás para salir del patio indignamente y dirigirse al punto de estacionamiento que estaba al otro lado de la esquina.

Lanny se encontró más satisfecho que antes. Subió a su despacho. El sargento estaba respondiendo a una llamada telefónica. Decía:

—Muy bien, señora… Sí, sí, lo haremos. Pero no tiene usted motivos para preocuparse. Acaso se haya ido de juerga con sus compañeros… ¿Dice usted que nunca va de juerga?… Entonces, es un esposo admirable, señora, y tiene motivos para impacientarse. Muy bien, muy bien… En el caso de que sepamos algo, la informaremos inmediatamente.

Y colocó el auricular en la horquilla. El sargento tenía un rostro plano en el que parecía estar grabado el mapa de Irlanda.

—Hay mujeres que se angustian cuando dejan dos horas de ver a sus esposos… Es increíble —dijo antes de tomar nota de un nombre.

Lanny dijo:

—Esos granujas que se han presentado aquí… ¿No se sabe nada de ellos todavía, sargento? ¿No hay noticias de que se haya

cometido algún delito de importancia en Freshwater?

El sargento cerró laboriosamente el cuaderno y respondió:

—Absolutamente nada, capitán. Freshwater está como siempre está Freshwater: más muerto que los mejillones que se crían al pie del malecón… y tan maloliente como ellos.

Lanny subió al piso alto. No se apresuró, pero no porque estuviera atemorizado, sino porque iba pensando el modo de jugar unas cartas muy importantes. Y no eran muchas las que podía jugar.

Cuando entró en el despacho del jefe, hallo allí a Alastair Myrtle y al Jefe Myrtle. Y este último estaba telefoneando. Podría haberse dicho que era el presidente si se hubiera juzgado por el modo de que el jefe exigía silencio en tanto que Myrtle terminaba su mensaje. Lanny, sin que nadie le invitase, se sentó de cara al respaldo de la silla, lo rodeó con las piernas y se llevó un cigarrillo a la boca. El jefe lo miró con irritación y Lanny arrojó la cerilla sobre la alfombra, sólo por el gusto de hacerlo.

El Jefe Myrtle estaba diciendo:

—Seguid vigilando… No quiero que ella venga a la ciudad ni se acerque siquiera cuando ese asesino de Pretty Boy anda suelto por aquí… Sí, lo sé. El rayo no descarga dos veces en el mismo sitio… Pero llevaos a esa muchacha a la casa y no descuidéis la vigilancia. ¡Dejaos de pereza y buscadla!

Era una orden, pensó Lanny. «Apostaría que andan destrozándose los pies para encontrar pronto a la hija del Jefe». Y no por primera vez, se asombró de que un hombre como Myrtle pudiera tener una hija como Bonnie. Recordó el refrán que dice que las flores más hermosas brotan de las matas más feas.

El Jefe Myrtle se había recobrado cuando se volvió. Era igual que su hermano, pero más ancho, más inclinado, más viejo y sin aquel bigote de tipo militar. Y más duro.

Alastair estaba sonriendo afablemente, con su acostumbrado buen humor, en tanto que miraba a Lanny, pero el Jefe Myrtle se limitó a dirigir al capitán una mirada fría en cuyo fondo latía una amenaza.

El jefe no cesó de mirar al Jefe Myrtle, como si le pidiera orientación. Y dijo:

—Lo he mandado llamar, capitán. Tengo algo que decirle.

Lanny respondió:

—No lo dudo. Y sé lo que es. Y es desacostumbrado decírselo a un subordinado en presencia de personas como el Jefe Myrtle y su hermano.

En sus ojos había una expresión de burla que desasosegó al jefe. Lanny Just había sido siempre un hombre difícil de conducir. Y el jefe sabía que en aquella ocasión la tarea resultaría aun más difícil.

Su mirada se desvió hacia el Jefe Myrtle. Después de carraspear, el jefe añadió:

—Sólo podrá usted censurarse a sí mismo, capitán. No puedo consentir que haya oficiales que obren por cuenta propia y desoigan mis órdenes. Le suspendo de empleo hasta el momento en que tenga ocasión de examinar su caso.

—Lo que significa —dijo Lanny con amabilidad— que me expulsa usted del cuerpo de policía en este mismo instante, ¿eh? —Y se volvió hacia el corpulento Jefe—. Eso es lo que usted desea, ¿no es cierto? No le agrada que los policías no obedezcan sus órdenes. Por esta razón, ha venido a quejarse al jefe y le ha obligado a expulsarme.

El jefe ejecutó los mismos movimientos que si la cólera lo dominase.

—¡Tenga cuidado, capitán! —dijo—. Eso es una calumnia proferida en presencia de testigos. Podría bajarle los pantalones por haberlo dicho y…

Lanny replicó, con amabilidad:

—Si lo desea, puedo publicar en los periódicos locales lo que he dicho. Y entonces podría usted denunciarme por difamación —repentinamente, cesó de bromear. En la grisura de sus ojos había un desprecio tan grande, que abrasaba. Y dijo con voz agria—: ¿Qué clase de jefe es usted que recibe y acata órdenes de unos ladrones puercos y malvados como los Myrtles?

Los Myrtle nada respondieron, por lo que el jefe hubo de hacerlo en su lugar. Después de una corta pausa, dijo:

—No recibo órdenes de nadie.

—¿Sí? ¿Fué de usted la idea de retirar a los Vigilantes? ¡Qué diablos va a haberlo sido! El Jefe Myrtle está detrás de esa orden. Ese Comité de Vigilancia constituye una amenaza para su reinado de Rey de los Granujas de Freshwater. Y, naturalmente, quiere aplastarlo. Es el Jefe Myrtle quien ha ordenado que se retiren, y

supongo que hará todo lo que esté en su mano por evitar que vuelvan a reunirse —y se inclinó hacia delante acusadoramente—. ¿No es cierto que tengo razón? El Jefe Myrtle le ha ordenado que disuelva el Comité de Vigilantes, ¿verdad?

El jefe se humedeció los labios. Era un viejo y en aquella época de la vida no le agradaba que las cuestiones tomasen aquel giro. Lo peor de todo era para él que no tenía razón, que sabía que no la tenía y que no le agradaba batirse a la defensiva.

Intentó adoptar una actitud de indiferencia y superioridad que resultó tan sólo de debilidad.

—El señor Myrtle y su hermano son ciudadanos de Freshwater. Son contribuyentes, y como tales, tienen un indiscutible derecho a exponer sus opiniones. Los dos y una gran cantidad de negociantes muy conocidos…

—¿Sus nombres? —le interrumpió Lanny.

El jefe perdió los estribos durante unos momentos.

—Le daré los nombres cuando me parezca conveniente —dijo con forzado enojo—. Son muchos —y miró al silencioso Myrtle—. No les agrada ese Comité de Vigilancia que se ha formado y me han pedido que lo suspenda. He accedido a hacerlo hasta que llegue la ocasión en que podamos ocuparnos con más detenimiento en estudiar la cuestión.

Lanny no dejó de darse cuenta del modo pomposo de que hablaba.

—Me parece que eso significa que está decretada la desaparición de los Vigilantes —comentó de modo ridiculizador Lanny.

En un punto impreciso del exterior había comenzado a producirse un grande estrépito. Gritaban los hombres y sonaban las bocinas. Ninguno de los hombres pareció advertirlo por el momento.

—En resumen, ¿qué representan esos Vigilantes? —preguntó Lanny—. ¿Qué hay de malo en que se reúnan unos ciudadanos honrados y buenos para formar un Comité de Vigilancia? Los Vigilantes son en los Estados unidos una cosa tan antigua como los propios Estados Unidos… más antiguos aun… Se reúnen donde creen que hay necesidad de orden y ley en una comunidad…

—¿No tenemos orden y ley en Freshwater? —El jefe quería replicar a sus argumentos—. ¿Qué representa este uniforme?

Lanny pasó la mirada por el sonriente y untuoso Alastair y por el frío y encorvado Jefe. Y dijo:

—Acaso pueda decírselo usted, Jefe. No es mucho, ¿verdad?

El Jefe Myrtle se agitó al oírlo. No estaba habituado a oír hablar mucho a los demás. Su voz se hizo rechinante al brotar de sus profundidades. Y cuando las palabras salieron de su boca, resonaron y chirriaron cómo unos cerrojos de hierro oxidado que cayesen en un cubo.

—Habla usted demasiado, capitán. Sería preferible que tuviera la boca cerrada y los oídos abiertos. No quiero permitir que en Freshwater haya una fuerza de hombres armados, bajo ningún pretexto.

El Jefe Myrtle no se andaba con rodeos ni se curaba de sutilezas. Era el Jefe y siempre decía lo que pensaba y tal y cómo lo pensaba.

Lanny dijo:

—Tan sólo unos cuantos están armados con armas deportivas. Y esos hombres tienen licencia para poseerlas.

—He retirado todas las licencias —replicó el jefe—. Nadie llevará armas en Freshwater hasta que hayamos tenido ocasión de examinar este asunto más detenidamente y de tomar determinaciones.

—¿Nadie? —preguntó blandamente Lanny.

Y se levantó con lentitud. Aquel uniforme azul hacía que el capitán pareciese aun más grande. Alastair no estaba preparado. Lanny se alegró, porque ardía en deseos de borrar del rostro del granuja aquella sonrisa servil.

Alastair era grandote, pero se levantó de la silla con rapidez. Y se encontró lanzado con dureza contra la mesa del jefe y se hizo daño en la espalda Lanny introdujo la mano bajo un sobaco de Alastair y la sacó con un revólver «Harrington Richardson» del calibre 38.

Y arrojó el arma sobre la mesa del jefe.

—Entonces, este hombre no necesita eso —dijo.

Estaba sonriendo. Era satisfactorio poner las manos sobre alguien como Alastair Myrtle.

Fué un gesto satisfactorio, aunque sin objeto. Todos sabían que tan pronto como Lanny saliera de la habitación, recobraría Alastair su arma.

El ruido del exterior había aumentado hasta hacerse ensordecedor. Alastair se enderezó y se pasó una mano por la parte dolorida de la espalda. Lanny tuvo que reconocer su fracaso. Aquella sonrisa débil, de buen humor, estaba de nuevo en el rostro del granuja.

Alastair dijo, con amabilidad:

—Podrá usted emplearlos en grabar una fecha en la lápida de su tumba, capitán. Puede ser la de 1953.

Lanny respondió:

—Es posible, pero no nací ayer.

Se hallaba al otro lado de la habitación, asomado a la ventana y miraba la multitud que se había congregado en la calle. Un numeroso grupo de hombres enojados se había aproximado a la entrada principal. Debía de haber, por lo menos, un centenar de hombres. Algunos de ellos agitaban unos palos y otros, pocos, escopetas de caza. Habían llegado en automóviles, y en el grupo había algunos vehículos modernos, aunque la mayoría de ellos eran anticuados y viejos.

Muy pocos comerciantes habían vivido con prosperidad desde que el Jefe Myrtle y sus secuaces Regaron a Freshwater.

Lanny dijo:

—El Comité de Vigilancia no parece aprobar la orden de disolverse.

El jefe creía que la que se había producido era una situación que podría resolver con facilidad. Bajó la mirada hacia la multitud, regresó a su mesa y llamó por teléfono.

—Quítenles las armas y métanlos en los calabozos si se niegan a dispersarse —ordenó. Después volvió a asomarse y añadió—: ¿Qué ciudad es ésta, donde las muchedumbres alborotadas y armadas se permiten decir a la policía qué es lo que debe hacer?

Y era bueno que lo dijese, ya que el Jefe Myrtle estaba sentado cerca de él.

Lanny dijo:

—¿Sabe usted lo que hace, jefe? Se halla en esta ciudad un hombre que es un asesino de una brutalidad excepcional. Lo temamos sitiado en tanto que los Vigilantes ayudaban a la policía a guardar todas las carreteras que parten de aquí. Probablemente, podríamos haber estrechado el cerco y apoderarnos de él… y acaso

detener, también, a los pistoleros que mataron al policía Kippax. Pero con las medidas que ha tomado usted le ha abierto muchas vías de escape. A usted no importa ni siquiera un pitoche que todos esos hombres huyan… siempre que le sea posible disolver el Comité de Vigilancia.

El Jefe Myrtle dijo roncamente:

—Tienen ustedes un número de ayudantes suficiente para detenerlos. Y dicho sea de pasada, ¿para qué quiere usted que exista esa banda de alborotadores, para que necesita su ayuda?

Lanny se encaró con él.

Y decidió atacar la cuestión desde otro punto de vista.

—Usted tiene una hija, Jefe. Es una muchacha buena. Sé que es una muchacha linda porque la he visto muchas veces en los últimos tiempos.

El Jefe abrió más los ojos al oírlo y se sobresaltó. Lanny inclinó la cabeza de modo afirmativo y severo.

—Sí, sé lo que está pensando usted. Pero no la he cortejado… No podría hacerlo siendo usted su padre y yo policía. Pero parece ser que no hay modo de evitar que nos encontremos de continuo en esta pequeña ciudad.

Las palabras comenzaron a brotar atropelladamente de la boca del Jefe Myrtle.

—¿Qué demonios tiene mi hija que ver con esa cuestión de los Vigilantes, capitán? Y escoja con cuidado las palabras cuando hable de Bonnie. Queda advertido.

Se hallaban frente a frente, separados tan sólo por la distancia de una yarda. Eran dos hombres fuertes, corpulentos, que se encaraban con ojos que semejaban batallar.

Lanny conoció que tenía al otro hombre en terreno favorable. Y su voz tuvo una implacable entonación cuando decidió aprovechar la ventaja obtenida.

—Piénselo, Jefe. Usted, aun cuando es un granuja, quiere mucho a su hija. Es la única persona de este mundo a quien usted quiere, ¿verdad?

El Jefe Myrtle no respondió. Pero sus miradas prohibieron a Lanny decir nada que fuese contra su hija.

La voz de Lanny se suavizó.

—Por esta causa, piense cuáles serían sus sentimientos si

sucediese algo a su hija *como consecuencia de haber forzado al jefe de policía a retirar los Vigilantes*.

—Lo estoy pensando —dijo con voz agria el Jefe—, y veo que no tengo razones para inquietarme.

—No —replicó Lanny—. Pero, además, hay seis hombres peligrosos en esta ciudad. Y si no los detenemos pronto, podrán dañar a alguna persona inocente… acaso a la hija de otro ciudadano.

El Jefe Myrtle se limitó a encogerse de hombros.

—Entonces, todo lo que habrán de hacer para evitarlo es cuidarse cada ciudadano de sí mismo.

Lo dijo con una absoluta indiferencia.

Lanny supo que era inútil seguir aquella línea de razonamientos con el gran Jefe. Suspiró y cruzó la puerta. Después, se detuvo y dijo:

—Espero que sea usted quien resulte dañado, Jefe, y de mucha importancia, de modo que tengan que cubrirlo con un traje de madera. ¿Sabe usted por qué? Porque entonces podré casarme con Bonnie.

Vió que el furor se asomaba a los ojos del granuja. Pero no quiso esperar nuevas palabras del Jefe ni quería decirle nada más, por lo que cerró la puerta con violencia.

Y se dirigió al cuarto en que estaba instalado el transmisor de radio. Un patrullero se hallaba retirando una bobina de alambre del aparato de registro de sonido. Era un muchacho muy joven, recién salido de la academia, y se estremeció cuando vió que Lanny entraba en la habitación.

—Toda esa conversación con el jefe y con los Myrtle ha sido registrada, ¿verdad? —dijo Lanny.

El patrullero asintió de modo incierto.

—El jefe me dijo que debía ser registrada y que después debía llevarle el rollo de alambre.

—Sí —afirmó Lanny—. Lo había supuesto. El jefe tuvo buen cuidado en no decir nada que pudiera volverse contra él. Eso me produjo la idea de que nuestra conversación habría sido registrada. Creo que, en el caso de que fuese recortada debidamente, podría utilizarse como arma contra él.

El patrullero asintió. Y dijo:

—Pero no puedo entregarle la bobina… si eso es lo que está usted pensando, capitán.

—No se lo habría pedido —respondió Lanny sonriendo.

Aquélla era su batalla, y no podía permitirse el lujo de que hubiera un nuevo compañero de profesión que se encontrase en contra de él. Y se volvió para salir. El joven patrullero se le acercó. Lanny comprendió de repente que aquella luz que parecía brillar en los ojos del joven estaba llena de la admiración que provocan los héroes. La había visto muchas veces, especialmente cuando fué jugador de *rugby* y llegó a convertirse en una gran *estrella*.

El joven dijo con rapidez:

—Oiga, capitán, todos sabemos que están creando una situación difícil para usted. Y a muchos de nosotros no nos agrada… Pero…

—Pero ustedes se limitan a sentarse en los bancos para ver la función, ¿eh? —Lanny sonrió y dió unos golpecitos en la espalda del joven. Era una espalda fuerte, ancha la que tenía aquel muchacho —. Así son las cosas… Y muchas gracias por su interés.

—Se sorprendería si supiera cuántos policías hay que están hartos de estas inmoralidades y que ayudaría a usted si se decidiese a dar la batalla —dijo el joven.

Lanny le dirigió una mirada. No lo había pensado. Ni había pensado que pudiera haber muchos policías que estuvieran hartos de inmoralidades y deseasen terminar con ellas.

—Eso suena como una invitación al motín —respondió—. Pero es posible que dejemos esa actitud para último término, como recurso final. Acaso me sea posible deshacer esta situación por mi esfuerzo propio.

Pero aun no sabía cómo habría de hacerlo.

Por esta razón, se puso de nuevo en marcha. Y el joven patrullero lo detuvo.

—El alambre ha registrado otras palabras que se pronunciaron cuando usted hubo salido de la habitación —dijo.

Lanny esperó. El joven continuó:

—El Jefe Myrtle dijo: «Ésa es una misión tuya, Al. Ya sabes lo que debes hacer» —el muchacho miró a Lanny con ansiedad, como si no quisiera que las palabras fuesen mal interpretadas—. Naturalmente, eso podría significar muchas cosas diferentes, pero creo…

—Usted cree que el Jefe ha dicho a su hermano que me borre del mundo de los vivos, ¿no es cierto? —Y miró la bobina—. Ni siquiera eso podría demostrar nada aun cuando fuese entregado a un juez severo y a un jurado.

Lanny volvió a mirar la bobina. Era muy dudoso que pudiera tener algún valor, pero podría ser recortada de modo que las palabras que en ella quedasen acusasen, al Jefe. Sin embargo, Lanny sabía que no podría lograr que el patrullero se la entregase. Para apoderarse de ella, se vería obligado a descargar un golpe enérgico en la mandíbula del joven. Y no era aquél el modo de conservar las amistades.

Lanny dijo cautamente:

—No tiene usted necesidad de llevársela ahora mismo, ¿verdad?

En el caso de que la bobina quedase en la estancia durante un tiempo, más o menos largo, Lanny podría tener ocasión de volver y apoderarse de ella.

El joven debió de entenderlo así y acaso decidió ayudar a Lanny.

—Es cierto, no tengo necesidad de llevársela hasta dentro de cierto tiempo… —Y la puso con mucha lentitud en un estante—. Acaso no deba hacerlo hasta dentro de una hora, sobre poco más o menos.

Lanny sonrió de modo picaresco. Efectivamente, aquel joven intentaba ayudarlo. Y el corazón se le llenó de gozo al observar que algunos de sus compañeros de profesión se iban aproximando a él para demostrarle que estaban a su lado para resolver aquel asunto.

Retiró de la bobina la mirada, se inclinó con satisfacción y se separó del joven.

Y salió al exterior y recorrió el pasillo. Al llegar a la entrada principal, se detuvo. Alastair Myrtle había descendido antes que él y estaba hablando con sus orangutanes junto a los automóviles. Uno de ellos debió de decir algo, puesto que Alastair se volvió en unión de los demás y todos miraron a Lanny al mismo tiempo que se llevaban las manos hacia los bolsillos que tenían bajo los brazos.

Luego, todos se inmovilizaron y esperaron a que Lanny saliese del edificio.

CAPÍTULO VI

Haim Joannou descendió lentamente por el camino que conducía al paseo de Freshwater. Iba en paz con el mundo. El sol brillaba, las hojas de los árboles, se movían y resplandecían, las olas se deshacían en las cálidas arenas de la playa… Había muchas personas allí, personas que jugaban y reían o estaban alegremente tendidas bajo unas grandes sombrillas listadas. Detrás de ellas, estaban los restaurantes de anchas galerías abiertas que pregonaban una fresca temperatura y unas bebidas aun más frías.

Aquello, pensaba Haim, era preferible a Nueva York. Se alegraba de haber escogido a Freshwater. Alguien que se hallaba en la larga fila que se formó ante el despacho de billetes había dicho: «Freshwater». Y basta entonces no había pensado Haim a dónde iría. Por esta causa, cuando llegó su turno, dijo también: «Freshwater». Y allí estaba ya.

Y estaba contento. Había adquirido unos cigarrillos en la estación, y se aseguró de que su encanto no se había disipado en los últimos días de amenaza y ansiedad. Lo único desagradable era la irritación que tenía en el cuello. Pensó que los arañazos habían comenzado a inflamarse y que podrían convertirse en algo temible.

Paseó por la ciudad durante cierto tiempo, del mismo modo que un empleado que disfrutase su período de vacaciones y estuviese pasando una tarde llena de encantos. Luego, descubrió que los pies lo conducían hacía el barrio viejo, donde estaba el puerto.

El sol comenzaba a producirle una sensación desagradable en el desnudo cuello, y decidió adquirir algún ungüento. Estaba volviéndose para entrar en una tienda, cuando un hombre que llevaba zapatos amarillos e iba corriendo chocó contra él.

Haim dijo, con cortesía:

—Perdón.

Y lo dijo porque creía que la culpa había sido suya. Era hombre cortés y con sus actos de cortesía honraba a su padre y su madre, que le habían mimado con exceso en sus días de infancia. Y no era postizo aquel acento inglés de hombre culto que tenía. Haim Joannou había realizado un gran viaje por Europa cuando salió de la Universidad. Una mujer que tenía la edad suficiente para que pudiera ser su madre le había pagado todos los gastos del viaje. No quería hacerlo, pero Haim le dijo lo que le sucedería en el caso de que no accediera a hacerlo. Era un puro chantaje, es claro, pero aquella mujer estaba casada…

No. No era tan bueno como parecía Haim Joannou.

La muchacha que estaba en la tienda, una muchacha encantadora, como suelen serlo todas las que visten una bata blanca almidonada, demostró con sus ademanes que el visitante le producía una impresión deleitosa. En sus ojos se dibujó aquel resplandor de vivo interés que en los ojos de las mujeres se marcaba al mirar al apolíneo Joannou. Y el moreno Adonis de cabellos rizados abrió el grifo de sus seducciones, lo mismo que siempre hacía en presencia de mujeres.

Pues las mujeres constituían su ocupación, representaban sus medios de vida. Haim Joannou, el descendiente de griegos, el hombre del perfil de artista cumbre de cine, había llegado hacía mucho tiempo a la conclusión de que en tanto que existiera una mujer en el mundo, él no podría morir de hambre.

Y miró con aquellos ojos pardos y chispeantes a la muchacha de la blanca vestimenta, que lo miraba expectantemente desde el otro lado del mostrador, entre montones de drogas y productos químicos. Y repentinamente, percibió que aquella extraña sensación de otras veces le recorría la espina dorsal. Esta sensación había que todo su cuerpo se tensase. Era algo que se había desarrollado con él de modo creciente a lo largo de los últimos años: una sensación que le atirantaba los músculos y le secaba la boca.

Esta sensación se había manifestado unas cuantas veces en el pasado; y las consecuencias fueron durante cierto tiempo un poco angustiosas. Pero las víctimas, las mujeres, habían sido siempre bien escogidas, y se limitaron a huir de él y a no decir nada a nadie.

Pero una de ellas no había podido huir. Y tal mujer había

encarnado la emoción más profunda de todas…

¡Maxie Christman, Boy Fehse, Bright y Gino Luce! Pasaron ante la tienda en aquel momento. Fué aquélla la ocasión en que estuvieron más cerca del hombre que habría de ser pronto causa de sus muertes. Pero no lo supieron jamás, y corrieron en busca de Marty Dimenza.

Joannou dijo con voz vibrante y cálida:

—Quiero un ungüento. Tengo un arañazo en el cuello… ¿No podría aplicármelo usted?

Aquel fino acento europeo siempre había rendido a las mujeres.

La muchacha entornó los ojos con el fin de que él no pudiera ver el placer que en ellos vivía. Sí, podía aplicárselo ella. Y lo haría. Y lo hizo. Y sus manos parecieron a Joannou frescas y suaves cuando sus dejos pasaron sobre las partes inflamadas.

La muchacha sonrió cuando hubo terminado.

—Supongo que su novia ha debido de tener un disgusto con usted —dijo. Y en sus ojos se reflejó ese brillo de los celos que acometen a todas las hijas de Eva cuando piensan en la rival que les disputa un hombre apetecible.

Joannou, que conocía el valor de lo inesperado, dijo con dulzura:

—Sí, es celosa… mi gatita —y vió que la alegría volvía a los ojos de la joven. Lo mismo a los noventa que a los diecinueve años, todas ellas querían los hombres para sí solas. Bien; eso podría ser utilizado ventajosamente por un hombre listo…

Joannou se despidió, mas comenzó a retirarse con lentitud, como si la compañía de la joven le resultase grata. Nunca se sabe cuándo el agradar a una mujer puede ser de utilidad. La muchacha se sintió feliz, y en sus ojos hubo estrellas de admiración cuando lo vio salir a la calle inundada de sol.

Un chiquillo se acercó a él con la última edición de un periódico e intentó venderle un ejemplar. Joannou sonrió y movió la cabeza de modo negativo. Desde aquellas primeras ediciones, no había vuelto a leer ningún periódico. Se consideraba seguro y no le agradaba saber lo que se dijese de él.

«Aquello ha concluido», pensó. «Estoy de vacaciones, y aquél es un asunto olvidado y muerto».

Mas aquella cuestión le había producido una gran conmoción.

No lo había proyectado… Fué algo que sucedió, sencillamente… Aquella creciente emoción… Y, de pronto, se encontró «haciéndolo». Y saboreando, gozando aquella emoción febril mientras duró. Y no había durado suficientemente…

Pero no lo volvería a hacer más. Era demasiado peligroso. Había logrado salir con bien en la primera ocasión. Y una segunda vez…

Un automóvil de la policía recorrió la calle. En su interior sonaba un altavoz. Joannou no quiso escuchar porque no creyó que la cuestión pudiera interesarle, se dirigía hacia la parte más activa del puerto, donde llegaban en aquellos momentos los barcos de pesca.

Joannou chocó contra una mujer que se había detenido de repente; después, observo que en aquella acera se habían detenido casi todos los transeúntes. Todos se hallaban próximos al automóvil de la policía y escucharían con atención para no perder ni una sola palabra de lo que los altavoces decían.

Haim Joannou se dió cuenta de la intensa excitación que reinaba en la calle. Y de modo brusco, abandonó los recuerdos del pasado e intento oír lo que la policía estaba divulgando. Oyó una palabra, la última: Le pareció que había sido: «periódicos». Vió que el vendedor estaba vendiendo con increíble rapidez los que llevaba, y experimento la tentación de adquirir un ejemplar. Pero era muy apretado el grupo de gente que rodeaba al chiquillo, y decidió no molestarse.

Y, al mismo tiempo, se halló interesado y se preguntó qué sería lo que había causado tanta agitación en Freshwater. No podría tratarse de un partido de *rugby*, porque los policías no emplearían en tal caso los altavoces para anunciarlo…

Y continuó caminando y llegó adonde las barandillas de hierro se elevaban sobre el muro que había al final de la playa y se apoyó de espaldas en ellas y gozó la delicia que le ocasionaba la brisa al acariciar su negra cabellera rizada. Acaso le conviniese quedarse en Freshwater durante cierto tiempo. Nueva York no era una ciudad conveniente para él por el momento. Sí, Freshwater, donde podría hallar alguna mujer solitaria, acaso mayor que él (puesto que las mujeres más viejas eran las más fáciles de conquistar), que pudiera resolver el problema de su estancia durante el resto del verano. No pensó que pudiera ser una cosa difícil de conseguir.

Allá, abajo, una morenita joven y elegante se adelantaba caminando sobre las desigualdades de la arena amarilla. Llevaba un periódico en la mano. Estaba leyendo. Joannou pudo ver sobre el hombro de ella, pudo ver que en la primera página del diario había unas fotografías; pero no pudo discernir qué representaban.

El automóvil de la policía había vuelto a ponerse en marcha. Joannou logró oír las últimas palabras que sonaron. «Comprad un periódico. Colaborad con la policía y *tened los ojos bien abiertos*».

Y Joannou había comenzado a volverse con el propósito de comprar un periódico porque había leído dos de las palabras que estaban escritas en la cabecera de la primera página.

Un chiquillo llegó corriendo con un brazado de periódicos. Iba tan excitado, que nadie podía entender lo que voceaba. Y aquel ambiente que impregnaba a Freshwater se adueñó otra vez de Joannou, que se preguntó por qué no lo había percibido antes y deseó haberlo sentido y satisfecho.

Se dirigió al grupo que había comenzado a formarse, y logró comprar un ejemplar del periódico. Luego volvió de nuevo junto a la barandilla y se colocó de cara al mar mientras desdoblaba el papel.

Y emitió una corta boqueada… Y el horror se apoderó de él.

Pues allí, bajo un retrato de él, había una línea impresa en gruesos caracteres que decía:

«*Maníaco asesino*».

CAPÍTULO VII

Lanny miró las escaleras que conducían a la calle bañada de sol, miró aquellas tensas figuras, curiosamente tensas, que se hallaban junto al corpulento Myrtle, y bajó la cabeza con un ademán abrupto y demostrativo de tenacidad.

Y murmuró para sí: «¡Granuja! ¿Crees que soy una presa fácil?».

No era una presa fácil. No era un pobre tonto que abandonase el camino principal para dirigirse a algún lugar solitario, por ejemplo: al ancho terreno en que el ferrocarril cruzaba una zona desierta que se hallaba próxima a su residencia. La cuadrilla de Myrtle podría hacer impunemente lo que quisiera, hasta cometer un asesinato en el caso de que se le concediese la menor oportunidad de cometer la hazaña.

Pero Lanny no tenía intención de convertirse con tanta rapidez en un cadáver…

Y pensó: «Has salido demasiado tarde». Consultó su reloj y se preguntó cuánto tiempo tardaría un automóvil rápido en llegar desde Mason County. Supuso que debería de hallarse a punto de llegar. Aquélla era una de las cartas que había estado jugando mentalmente durante la pasada media hora, la carta que el jefe debería haber recordado.

Volvió a su despacho, que era un lugar tan bueno como cualquiera otro para pasar los minutos inmediatos. El sargento estaba colgando en aquel instante el receptor del teléfono.

—No lo creería usted —dijo—. Otra mujer espera a su esposo desde hace dos horas y comienza a estar preocupada. Ahora bien; mi esposa…

Lanny estaba mirando a través de las anchas puertas, que estaban abiertas. Un automóvil se acercaba con gran velocidad

procedente de la carretera Occidental. Lanny pensó: «Es posible que sea ése».

El sargento se había puesto unas gafas con cuidado y con la cabeza inclinada hacia atrás, leía la nueva edición del periódico, que acababa de publicarse. Era un hombre carnoso. Se humedeció los labios y volvió a hablar.

—¡Qué cosas le hizo ese Pretty Boy! No las creería usted, capitán.

Lanny respondió secamente que las creería. Aquel automóvil había comenzado a detenerse. Acaso diese vuelta al llegar al parque.

El sargento se inclinó hacia delante de manera confidencial. Y tras los cristales de las gafas, sus ojos parpadeaban.

—He leído los informes de los cuartelillos —dijo—. No son los mismos que han facilitado a la prensa… Ésos son informes para el público. Se han suprimido en ellos los detalles —de nuevo se humedeció los labios—. ¡Qué cosas hizo! La amordazó y la ató. Y ¡qué cosas le hizo hasta que murió! No lo creería usted.

Era un hombre pesado.

El automóvil estaba girando. Lanny supo que era el que él estaba esperando. Y se volvió para mirar al hombre que se hallaba detrás de la mesa. Y en su mirada hubo aborrecimiento.

Se estaba preguntando si el contacto con el crimen y la brutalidad le haría del mismo modo que el sargento, lo endurecería y tornaría cruel. Y tuvo esperanzas de que esto no sucedería.

Se separó un par de yardas de la mesa porque no quería que aquella voz monótona volviese a importunarle con observaciones sobre el mismo tema anterior.

Pensó: «Le gusta, le agradan todos los detalles. Esto es mejor que las películas para él. Es preciso que muera una mujer de esa manera tan horrible para que él y varios millones más de buscadores de emociones puedan estar satisfechos».

No pensaban, no intentaban ponerse a sí mismos en el lugar de aquella pobre mujer que moría porque la naturaleza humana tiene una resistencia limitada. Y lo que aquel asesino había hecho…

Y verdaderamente, la víctima no había sido *una mujer*; había respondido a la llamada que se hace a la mujer. No se conocía su nombre ni su edad, ni de dónde procedía. Pero no podría tener más

de veinte años, según los informes. Era una chiquilla. Y había muerto de aquel modo…

Y con su muerte, proporcionaba un festín de deleites a los hombres como el sargento que se hallaba detrás de la mesa.

Cuatro jóvenes corpulentos se habían apeado del automóvil. Los cuatro miraron a los orangutanes de Myrtle cuando pasaron ante ellos. Luego, comenzaron a subir las escaleras.

El sargento levantó la voz para que pudiera llegar hasta Lanny. Estaba profesionalmente admirado.

—Es preciso reconocer que los policías de la ciudad han trabajado de una manera inteligente. Son listos. Un hombre llega a un hotel en unión de una señora, toma una habitación para el señor y la señora. Smith… A la mañana siguiente, el señor Smith ha desaparecido. Y su esposa de una noche está muerta.

»Usted no creería que entre seis millones de personas pudieran averiguar quién es ese fingido señor Smith. ¿Verdad que no lo creería? Pues lo hicieron. Y en un solo día.

»Un policía de allá se sienta a reflexionar y utiliza el cerebro. Y se dice; "Siempre que salgo a pasear con mi señora, encuentro algún hombre que me pone en la mano una tarjeta en la que se dice que he sido fotografiado. Acaso sucediera lo mismo a ese señor Smith cuando iba con la señora hacia el hotel… si es que fué andando".

»Y resultó que la pareja Smith había ido andando al hotel. Y la policía se entrevistó con todos los fotógrafos callejeros del distrito, se apoderó de sus películas, las reveló y llevó todas las fotografías a los empleados del hotel, a los que dijo: "Buscad ahí a la señora… y a su asesino".

Cuatro hombres corpulentos entraban en el despacho y se dirigían rectamente adonde Lanny estaba. La voz del sargento continuaba zumbando.

—Encontraron la fotografía del hombre y la mujer. Pero él no supo que había sido fotografiado. Repentinamente, una muchacha gritó: «¡Ése es!». Y añadió: «Lo he conocido en el acto. Es un hombre muy guapo». Y ésta es la causa, capitán, de que los periodistas lo hayan bautizado con el nombre de Pretty Boy.

Lanny salió al encuentro de los hombres, hasta donde el sargento no pudiera oír su conversación. El sargento había cesado de hablar. Había estado poniendo los puntos sobre las íes y las

tildes a través de las tes de su última, anotación, y repentinamente recordó algo y comenzó a repasar con sorpresa lo que había escrito. Lanny dijo:

—¿En qué puedo servirles, señores?

Uno de los hombres le presentó una tarjeta de identificación encerrada en marquito de piel. En la tarjeta estaba su fotografía. Lanny sonrió y dijo:

—

F. B. I.

Lo supe en el mismo instante en que vi cómo miraban a esos orangutanes que están ahí fuera.

E hizo su propia presentación. Los hombres del

F. B. I.

se mostraron afables. Eran unos hombres típicos de Hoover, escogidos entre los millones de Americanos que tienen títulos de graduados en leyes y unos músculos fuertes en la nuca. Éste era el tipo de hombres que Hoover había reclutado para luchar contra el crimen: brillante, inteligente, joven… Hombres que tenían las mejores cualidades. El ejercicio físico del

F. B. I.

había creado los fuertes músculos que tenían en las nucas.

Lanny dijo:

—Soy el capitán Lanny Just, cabeza de la división de detectives de Freshwater.

No dijo que había sido suspendido de empleo, porque no lo juzgó necesario. No sería separado de su empleo con tanta facilidad; y por otra parte, no tenía el propósito de dimitir.

Habló de la muerte del patrullero como consecuencia de los disparos de los cinco hombres que ocupaban el «Pontiac» que, más tarde, había sido abandonado. No había mucho que decir. Y también dijo que se sabía que Pretty Boy estaba en la ciudad.

Uno de los hombres, que se llamaba Scheer, dijo:

—Disparar contra la policía es un delito federal. Por eso hemos venido. El matar a una mujer es trabajo propio de la localidad. Esa misión le corresponde, capitán.

—Sí —dijo Lanny—. Pero, como cabeza de la división, mi trabajo está íntimamente ligado con el de ustedes. Y debo ayudarles a descubrir a los pistoleros al mismo tiempo que trabajo para

detener a Pretty Boy.

Y también tenía otros proyectos para los cuales necesitaba la colaboración de los hombres del
F. B. I.
y que quería manifestarles en momento oportuno.

Era una cosa que el jefe debía haber recordado cuándo los Myrtle le pidieron que separase a Lanny del servicio. Los hombres del
F. B. I.
se hallaban camino de la localidad y eran oficiales que se hallaban sobre cualquier intento de soborno o corrupción. Y Lanny veía el modo de que podría utilizarlos en su lucha de espaldas a la pared contra los sobornadores y los sobornados que corrompían las fuerzas de policía locales. Se habrían sorprendido aquellos miembros del
F. B. I.
si hubieran sabido lo que en tales momentos estaba pensando el joven capitán de policía.

Scheer dijo:

—Será conveniente que vayamos a visitar al jefe.

Lanny respondió:

—Está conferenciando.

Quería que los hombres del
F. B. I.
se entrevistasen antes con otros habitantes de la población, como el Vigilante Joe, que fué el primero en iniciar la lucha contra los corruptores. Había otros delitos federales, además de aquel de disparar contra los policías, y Lanny pensaba que, en el caso de que permaneciesen en Freshwater el tiempo necesario, aquellos representantes del
F. B. I.
terminarían descubriendo cosas por sí mismos. Por el momento, sería preferible tener la boca sellada. Todo lo que pudiera decir, podría ser atribuido a la maledicencia de un policía destituido…

El sargento salvó la situación. Todavía estaba mirando su cuaderno de anotaciones y tenía en el rostro la expresión de intriga y desconcierto del hombre que ha visto algo y no sabe aún si debe o no debe creerlo.

—¿Puedo mostrarle una cosa, capitán? —dijo.

Lanny pensó: «¡Dios mío! ¡Más comentarios sobre la información del periódico!». Pero se aproximó al sargento.

El sargento tenía un dedo pulgar apoyado en un lugar del cuaderno. Y dijo:

—Acabo de darme cuenta de una cosa, capitán. Dos mujeres han dado cuenta de la falta de sus maridos. Los dos hombres trabajan en Green Hollow. Los dos trabajan en el mismo banco. Y me pregunto si…

Se quitó las gafas y se pasó los dedos sobre los ojos.

—Quiero decir que los empleados de banco no son como usted y como yo. Son hombres metódicos, pacíficos, van a sus casas, junto a sus esposas, cuando terminan su trabajo. Pero sería posible que esos dos hombres hubieran pensado que una parte del dinero del banco fuese suyo… Quiero decir que eso de que falten al mismo tiempo dos hombres del mismo banco…

Lanny se interesó.

—El banco de Green Hollow… Debe de ser la sucursal de la East Coast Banking Corporation.

Miró los nombres que estaban apuntados en el cuaderno y los reconoció. Sí, sin duda, era *aquel* banco. Luego, pensó con intensidad durante unos momentos. Se acordó de un tercer empleado del mismo banco, un checo que había tenido un comportamiento magnífico en la guerra y que ocupaba temporalmente el cargo de director del establecimiento. Era hombre lleno de recursos y que en cierta ocasión había ayudado de modo eficaz a la policía.

Tardó unos momentos en recordar su nombre. Luego, cogió el listín telefónico. Czanik: éste era el nombre. Marcó el número conveniente y esperó. Sonó una voz de mujer.

—¿Está en su casa el señor Czanik? ¿No?

La angustia despejó la alegría cuando ella dijo:

—¡Diga! ¿Sabe usted dónde está?

Lanny escuchó. Y a continuación dijo:

—No se preocupe. Volverá muy pronto, señora Czanik…

Y después cortó la comunicación sin asustar a la mujer al revelarle su personalidad.

Mientras se volvía, pensaba: «Y es posible que no vuelva jamás.

Si se ha cometido un atraco al banco, no sabemos lo que habrá podido suceder… Es posible que la señora Czanik sea viuda en estos momentos».

Y dijo a los hombres del
F. B. I.,
que estaban esperando:

—Son tres los que faltan, tres hombres sobrios, dignos de confianza. Ninguno de ellos ha ido a su casa junto a su esposa. Los tres son empleados de banca.

Los miembros del
F. B. I.
se habían colocado a su alrededor.

—Estábamos esperando recibir algún informe de algún delito de importancia que justificase un ataque a tiros contra la policía para facilitar una huida —continuó Lanny—. Sospecho… que se ha cometido un atraco contra un banco. ¡Vamos pronto!

Iba a salir, cuando recordó algo. Dos cosas.

—Póngase en comunicación con el director regional del banco y dígale que necesito que vaya a la sucursal de Green Hollow con tanta rapidez cómo sea posible —dijo al sargento—. Pero no le diga nada más que eso.

Y dijo a los hombres del
F. B. I.:

—Me uniré a ustedes dentro de un minuto. Bajen y espérenme en su automóvil.

Corrió a lo largo del pasillo y regresó al cabo de un minuto llevando en el bolsillo un objeto voluminoso. Cuando bajaba las escaleras corriendo y salía a la calle, vió que el grupo que rodeaba a Myrtle se tensaba de nuevo al clavar la mirada en él. Alastair dijo algo, e inmediatamente uno de los hombres se colocó tras el volante de un automóvil y los otros ocuparon con precipitación los asientos restantes.

Lanny se detuvo y gritó con voz sonora:

—¡Eh, imbéciles! ¿Qué creéis que vais a hacer?

Alastair estaba sonriendo.

Lanny añadió de modo burlón:

—Usted tiene unas ideas… malas. ¡Vea si no lo son!

Y subió al automóvil y tomó asiento entre sus ocupantes.

Alastair y sus hombres no esperaban que sucediese nada de esto. Y sus rostros se cubrieron de consternación cuando vieron que los miembros del
F. B. I.
ponían el vehículo en marcha y desaparecían a gran velocidad. Al volver la cabeza, Lanny vió que los granujas conferenciaban y bajaban nuevamente del automóvil.

Habían abandonado por aquel día su proyecto.

* * *

El director regional del banco resultó ser un residente de Green Hollow. Y se encontraba en el exterior del banco y examinaba la puerta cuando llegaron los policías.

Lanny se acercó a él al reconocerlo.

—Le presento —dijo—, señor Hallafan, a unos miembros del
F. B. I.
Uno de nuestros patrulleros ha sido muerto a tiros esta tarde por unos pistoleros. Hemos supuesto que acaso hayan hecho algo contra sucursal de su banco. ¿Tiene usted llaves?

El señor Hallafan se estremeció, se recobró y respondió:

—¿Quieren ustedes que entremos?

Lanny hizo un gesto afirmativo. Hallafan abrió la puerta y se apartó a un lado para que pasasen los policías. Lanny dirigió una mirada a los abiertos cajones, a los armarios sin cerrar, a las facturas, los papeles y la moneda fraccionaria que había en el mostrador, y supo que había acertado.

Hallafan dijo:

—Todo esto está mal.

Estaba indignado al ver que una de sus sucursales había quedado en tal estado de desorden a la hora de cierre.

—Eso es lo que habíamos supuesto —dijo Lanny. Luego, en unión de sus colegas, recorrió el recinto inspeccionando, registrándolo todo, intentando hallar una pista. Era poco lo que podía hallarse.

Luego, celebraron una conferencia en tanto que Hallafan repasaba unos papeles para ver lo que podía averiguar.

—Podría tratarse de una conspiración… —dijo Scheer—, una

fuga con el dinero del banco por parte de los empleados.

Pero no parecía creerlo.

—Sí. Pero por el momento, supongamos que nuestros asesinos están relacionados con este asunto —dijo Lanny— Muy bien; en ese caso, ¿dónde están los cadáveres?

—No hay sangre ni señales de violencia —replicó Scheer—. ¿No es posible que los empleados del banco hayan sido forzados a marchar con los pistoleros?

—Es una posibilidad —afirmó Lanny—. ¿A qué hora cierra esta sucursal, Hallafan? —preguntó en tanto que inspeccionaba la maciza puerta de la caja fuerte.

El director regional lo miró desde detrás de un montón de billetes de alta denominación y se lo dijo.

Lanny dijo:

—El patrullero Kippax fué asesinado menos de quince minutos después de esa hora. Concedamos unos cuantos minutos para recoger el dinero. Luego, los atracadores necesitarían la mayor parte del tiempo restante para llegar a la carretera del río.

—¿Qué pretende usted sugerir? —preguntó Scheer.

—El sargento del puesto de la carretera no dijo nada de que hubiera prisioneros en el automóvil de los atracadores.

—Pudieron hallarse donde no pudiera vérseles.

—Es cierto; pero no es fácil acomodar a ocho hombres, ni siquiera en un automóvil tan grande como un «Pontiac».

Hallafan dijo:

—Tendrían que haber sido nueve. Hay un portero entre los empleados, que a aquella hora debería hallarse aquí con el director y los demás oficiales.

Esta fué la causa de que Lanny dijese:

—No es posible llevarse a cuatro hombres en un automóvil que ya contenga a cinco pistoleros. Y en el «Pontiac» abandonado no fueron encontrados prisioneros ni cadáveres. Y los bandidos no dispusieron de mucho tiempo para deshacerse de los prisionero en el camino de vuelta.

—¿Sí?

Los miembros del
F. B. I.
estaban inspeccionando la pesada puerta de acero.

Lanny se acercó para examinarla a su vez. Había una esfera en ella, pero estaba detenida entre dos letras del código.

—Por esta razón, creo que los empleados están encerrados aquí. Y supongo que los bandidos debieron de encerrar también a varios clientes con ellos.

Hallafan exclamó:

—¡Dios mío! Entonces, deben de estar muertos todos ellos.

—¿Tiene usted las llaves de la caja? —preguntó Lanny.

—No hay llaves para las cajas de esta clase —respondió Hallafan —. Estas cajas funcionan por medio de un reloj. Se marca una hora con esta esfera y se cierra la puerta. Y luego, ni una inundación ni el infierno pueden abrirla hasta que llegue el momento marcado.

—Y entonces, ¿se abre automáticamente?

—Si —respondió Hallafan al mismo tiempo que miraba con ojos aterrados la caja. Y continuó—: Es una verdadera caja de seguridad. No es lo suficientemente grande para que pueda decirse que sea una cámara acorazada. Y si en su interior hay algunas personas, esas personas estarán muertas cuando la caja se abra por sí sola mañana a las ocho.

Y se llenó de desesperación.

—¡Creo que no comprenden ustedes! Esta maldita caja, a prueba de fuego, de sonido y aislada contra el aire… ¡Los que estén encerrados en ella se asfixiarán en pocas horas!

CAPÍTULO VIII

Haim Joannou —Pretty Boy— levantó la cabeza y miró horrorizado en dirección al mar. Aquél era su retrato. Había sido fotografiado cuando caminaba con la dama que había escogido. Y su rostro aparecía reproducido en gran tamaño. La impresión lo había desfigurado un poco; pero aquel rostro era el suyo, inconfundiblemente, era el de… Pretty Boy.

«¡Dios mío!», susurró Joannou. «¿Cómo diablos habrán obtenido esa fotografía mía?».

Cuando se juntó con aquella muchacha no tenía el propósito de hacer lo que hizo; pero, de pronto, se halló golpeándola, a cada momento con mayor excitación; y luego, descubrió que aquella furia que a veces se apoderaba de él comenzaba a desvanecerse y desaparecía.

No se había propuesto matar a la mujer; y cuando descubrió que va no se defendía y que jamás podría volver a defenderse, no se preocupó. Era una mujerzuela, y a las mujeres de su clase es natural que les sucedan tales cosas.

Y se había alejado de ella mientras pensaba: «Aquí no me conocen… Me conocen muy pocas personas de Nueva York. No podrán seguirme los pasos».

Había sido víctima de cierta ansiedad en los primeros momentos, es claro, al imaginar que las gentes se volvían cuando le veían pasar y que los policías lo miraban con dureza. Y no había dormido bien aquella noche, principalmente porque decidió no ir a la habitación que tenía alquilada desde su llegada a la capital y, en su lugar, había pasado la noche en una casa de hospedaje incómoda y un poco obscura de Manhattan. Por esta causa, a la mañana siguiente se encontraba pálido y cansado. Y la línea que encabezaba

la información de su acto no le pareció agradable, por lo que desde entonces no volvió a comprar ningún periódico.

Creía que no necesitaba hacerlo. Y se sentía muy libre y salvo. Especialmente en Freshwater.

Y en aquel momento estaba leyendo que no sólo tenía la policía su retrato, sino que, además, lo relacionaban con el asesinato de la muchacha y sabían que se hallaba en Freshwater. Se indicaba la hora de su llegada en la sección de informaciones de última hora, y junto a ella estaba una descripción de sus ropas en la que se destacaba que vestía una clara chaqueta cuadriculada de *sport*.

Había en el periódico una noticia en que se indicaba que los Vigilantes habían sido requeridos a que contribuyesen con la policía al acordonamiento de la ciudad.

Fué en aquel instante cuando Pretty Boy comenzó a pensar que Freshwater era una ciudad muy pequeña…

Aquel automóvil infernal de la policía cruzó de nuevo la carretera que se desenvolvía junto al muelle Y en aquella ocasión, aun cuando tuviera la cabeza vuelta en dirección al mar, Pretty Boy estaba escuchando, haciendo un esfuerzo por oír, como si su vida dependiese de ello, lo que acaso fué cierto.

Aquella voz resonante decía con ese zumbido que siempre acompaña a las que suenan en los altavoces: «Se os pide que colaboréis con la policía, un hombre, al que se busca para trasladarlo a Nueva York, se cree que está en Freshwater. Su retrato y una descripción de su físico aparecen en la edición especial del periódico que acaba de publicarse. Os pedimos que leáis esa edición y que inspeccionéis a todos los hombres que encontréis. Si los ciudadanos quieren colaborar con nosotros, podremos atrapar al loco asesino. Ciudadanos de Freshwater: se os ruega que colaboréis…». Y nuevamente lo mismo. Un automóvil que recorría la población y tejía una tela de araña de la cual no parecía a Pretty Boy posible escapar.

No obstante, Pretty Boy podía pensar con rapidez. Avanzó con viveza hacia las escaleras de la playa y comenzó a caminar por la arena en dirección a la parte trasera de una hilera de hoteles de costa. Vió un traje rojo que estaba colgado en un tendedero y vió que, por el momento, el hotel estaba desierto.

Entró, se desnudó con celeridad y se puso las ropas rojas, que

estaban chorreando agua. Luego, envolvió su traje formando un fardo y se dirigió con calma a la playa. Los policías andaban buscando a un hombre que tenía una clara chaqueta cuadriculada de *sport*. Un hombre con traje de baño rojo no era lo mismo.

El próximo acto de Pretty Boy fué característico e instintivo.

Colocó el lío de sus ropas al pie del muro que cerraba la playa, donde se hallaban otros muchos de los distintos bañistas. Esto lo separó por completo de la chaqueta de *sport* que en aquellas circunstancias tenía tantos atractivos. Luego caminó a lo largo de la playa hasta que vió una muchacha que estaba sola… y que no leía ningún periódico.

E hizo una buena representación del papel que se había asignado. Se acercó a la muchacha sonriendo y diciendo:

—¡Hola, hola, Thelma! ¿Dónde has andado últimamente?

Y de este modo, sin dejar de hablar, se sentó junto a ella, se frotó las pantorrillas para quitarse la arena y se apartó de los ojos el rizado cabello.

Y después se volvió y miró directamente a la joven.

Y se calló y miró con espanto a la muchacha. Era muy buen actor.

—¡Qué plancha más terrible! Creí que era usted una muchacha a quien conozco.

Pero no se levantó. En lugar de hacerlo, la miró desde más cerca y dijo:

—Y ahora que la miro más detenidamente observo que no se parece nada a ella. ¿Qué diablos tengo de malo en la vista?

Ella estaba riendo. Y Pretty Boy supo que todo marchaba bien para él. Podría obligar a aquella muchacha a hacer lo que se le antojase. Pero todo lo que deseaba era permanecer en un sitio destacado de la playa, junto a ella.

Aquél parecía el punto más seguro de todo Freshwater. Por lo menos aquella tarde, cuando todos estarían buscando a un hombre y no harían caso de una pareja de bañistas que se arrullaban en la dorada arena…

Pretty Boy vió cómo el sol descendía. Al cabo de poco tiempo, se encontró más sediento que las tierras de Nuevo Méjico y con un hambre que solamente podía compararse con su sed. Sin embargo, no se movería de aquella playa hasta que su rostro pudiera hallarse

a salvo de miradas inquisitivas. Quería que naciese la obscuridad antes de intentar salir de Freshwater; y hasta que llegase tal momento, anhelaba la compañía de aquella muchacha.

La muchacha le dirigió una o dos insinuaciones; pero él no se dió por enterado. En tales ocasiones, para alejar de la imaginación de la joven el deseo de beber o comer, solía desarrollar un curso del arte de hacer el amor. Y esto tranquilizaba a la mujer. Como siempre, su estudio de la técnica le producía un excelente beneficio.

No quería tener consigo a la muchacha después de la llegada de la obscuridad. Y por eso se alegró cuando ella dijo:

—Debo ir a casa para cambiarme de ropa.

—Bien —dijo él—. ¿Y después?

Ella bajó la mirada y respondió:

—¿No es usted quien debe decirlo?

Era tan sólo una chiquilla de apenas veinte años, liviana de cuerpo, de cabello rubio y ojos azules. Era guapa.

Pretty Boy se sintió atraído por ella y dijo:

—Lo es, sin duda —intentaba desfigurar su acento europeo, porque el empleado del hotel de Nueva York había hecho comentarios sobre este extremo—. Sí; ve a cambiarte de ropas. Después, nos encontraremos en cualquier sitio e iremos a cenar juntos. ¿Te parece bien?

Los ojos de la joven dieron la respuesta. ¡Un deleite! Pretty Boy podía contar siempre con que sus proposiciones fuesen recibidas de aquel mismo modo.

La joven se levantó. Su cuerpo se dibujó en esbelta silueta ante el rojo resplandor de occidente.

Él dijo:

—¿Dónde y cuándo?

—Al pie de la torre del reloj —dijo ella—. A las nueve.

El maldito automóvil de la policía lanzaba la luz de sus faros sobre el puerto. El altavoz continuaba hablando para transmitir a los ciudadanos de Freshwater instrucciones para que ayudasen a la policía a apoderarse de Pretty Boy.

Pretty Boy no sabía dónde estaba la torre del reloj; mas, de todos modos, no se proponía hallarse allí a la hora convenida. Pero dijo que sí, que allí estaría, porque esta afirmación le libraba de la presencia de la muchacha.

Se despidieron en lo alto de las escaleras de la playa. Haim Joannou tuvo que representar su papel de hombre galante hasta, el fin. Luego, dijo:

—Debo ir en busca de mis ropas.

Y tomó a la muchacha entre los brazos y le dió un rápido beso de despedida. Ella dijo algo acerca de si él la reconocería. Y lo dijo con voz temblorosa. Pero estaba satisfecha y se separó de él inundada de alegría para ir en busca de un autobús suburbano.

Pretty Boy se volvió... Y se olvidó de la muchacha en aquel mismo instante. Así era y así había sido siempre Pretty Boy. Obtenía de las mujeres el provecho que podía, y las olvidaba a continuación. Y la muchacha le había sido útil.

Encontró sus ropas y se las puso en la obscuridad que había al pie del muro. Sacó el contenido de los bolsillos de su chaqueta de *sport* y la enterró profundamente en la arena. La noche no era fría y Pretty Boy llamaría menos la atención yendo en mangas de camisa que vistiendo la delatora prenda.

Quería beber algo; pero durante cierto tiempo se mantuvo alejado de los cafés porque todos estaban excesivamente iluminados.

Pasó ante el despacho de billetes del vaporcito. Estaba cerrado. Según indicaba un cartel el próximo barco saldría a la mañana siguiente. Era una vía de escape que se le cerraba. Caminó con viveza a lo largo del muro del muelle en dirección a la estación. Había, allá abajo, muchas lanchas; pero Pretty Boy pensó que sería peligroso intentar desamarrar una de ellas y abrirse paso por el puerto, que estaba atestado de barcos.

Cuando hubo llegado a la estación, entró con cautela y se mantuvo alejado de la entrada al andén, que estaba inundada de luz.

Un hombre que vestía el uniforme de la policía de ferrocarriles se hallaba apoyado en la barrera. Parecía estar cansado; pero siempre que algún viajero pasaba ante él hacia el andén de salida, se estiraba rápidamente e inspeccionaba al viajero con atención.

Pretty Boy se volvió y salió del patio de la estación. Una puerta más se le había cerrado. Volvió al muro del muelle, se detuvo y observó el lejano relámpago de una luz. Se preguntó qué podría hacer después. No podría huir por mar ni por ferrocarril. Y según

había oído pocos momentos antes, los Vigilantes habían establecido un prieto cordón en torno a la pequeña población.

E inclinó la cabeza cuando dos faros gemelos proyectaron su luz a lo largo de la barandilla de protección que se extendía sobre el muro. Era aquel automóvil de la policía, que de nuevo repetía el recorrido anterior. Y el altavoz continuaba sonando…

Pero en aquella ocasión hablaba directo para él.

CAPÍTULO IX

El hombre del
F. B. I.
se adelantó un paso.

—Lo primero, es lo primero —dijo Scheer bruscamente—. Hemos de sacar sin dilaciones a esos hombres de la caja… en el caso de que estén dentro. ¡Busquen obreros entendidos en el manejo de sopletes!

Lanny ya estaba marcando un número en el teléfono.

—Traeremos a los marinos. Esos hombres tienen mucha práctica de cortar metales.

Hallafan se excitó y casi gritó al hablar:

—¡No pierdan ustedes el tiempo! En cierta ocasión en que se cerró una puerta, fué preciso emplear dos días para abrirla con sopladores. Se abrirá por sí misma no mucho antes de que los obreros puedan haberlo conseguido. Esos hombres que están encerrados pueden considerarse afortunados si todavía conservan la vida.

Lanny logró establecer la comunicación.

Cuando hubo abandonado el receptor, dijo:

—Si tiene usted algún proyecto mejor que el nuestro, dénoslo a conocer.

Hallafan no lo tenía.

Y ésta fué la causa de que Lanny dijese:

—Muy bien. Entonces, haremos lo que podamos con los sopletes.

Scheer se acercó diciendo:

—¡Por Satanás! No habrá piedad para estos pistoleros si este ataque ha sido causa de la muerte de los hombres que deben de estar encerrados en la caja.

Lanny se sentó y dijo con lentitud:

—Antes, tendrá usted que echarles el guante, amigo mío.

El modo de que lo dijo, hizo que Scheer se volviese con rapidez y contrajese los ojos.

—Están aquí, en Freshwater, ¿no es cierto?

Lanny se encogió de hombros. Y Scheer añadió:

—Oiga cuando se nos informó, se nos dijo que los pistoleros estaban sitiados aquí, en el interior de Freshwater. Y ustedes han establecido un cordón de policías y Vigilantes en torno a la ciudad, ¿verdad?

Lanny suspiró y se levantó con calma.

—Hable en pasado, y estaremos de acuerdo, hermano —dijo. Luego, añadió de manera brusca—: Los tuve atrapados, sitiados. Y teníamos un ejército muy útil de Vigilantes que vigilaban todas las sendas y los caminos secundarios que salen de la ciudad en tanto que mis hombres vigilaban las carreteras. Pero alguien decidió que los Vigilantes no eran necesarios y ordenó que se retirasen. Desde hace media hora, el camino ha estado libre de obstáculos para quien quisiera utilizarlo y alejarse de la ciudad —terminó amargamente.

El hombre del
F. B. I.
gritó con voz de trueno:

—¡Por amor de Dios! ¿Quién cometió ese disparate?

Sus compañeros abandonaron la búsqueda de huellas para oír la respuesta de Lanny.

—Pregúnteselo al Jefe. Ahí viene… —respondió.

Un automóvil se había detenido ante la puerta. Murdoch fué el primero en entrar, severo y agresivo; luego, el jefe, más viejo y más lento y más pesado, asomó el rostro desde detrás de la puerta y lo siguió. El sargento no había tardado mucho en informar al jefe… y el jefe tampoco había tardado mucho en presentarse en Green Hollow.

El jefe dijo:

—
¿F. B. I.?

Scheer le mostró su tarjeta de identidad profesional. El jefe miró con enojo a Lanny; pero en ellos reposaba la inquietud. Estaba

preguntándose qué diablos se habría dicho contra él a aquellos peligrosos oficiales del
F. B. I.
Debió de llegar a la conclusión de que el mejor método de defensa es el ataque, puesto que dijo coléricamente:

—Creo que le he separado del servicio… ¿Lo recuerda, Just?

Scheer y sus compañeros miraron con atención a Lanny, quien respondió sin alterarse:

—Es cierto. Pero acaso recuerde usted que no le dije que haría lo que me ordenaba. Y si tuviera usted alguna duda sobre ese extremo, traigo conmigo el registro de nuestra conversación.

Y sacó del bolsillo la bobina de alambre.

El jefe lo miró de manera furiosa. Y luego, dijo defensivamente:

—¡Demonios! Si cree usted que en ese rollo de alambre hay algo acusatorio contra mí, se engaña por completo.

—Sí, lo sé —replicó Lanny—. Por eso tuvo usted tanto cuidado con lo que decía en aquel momento… Sabía que nuestra conversación era recogida por el grabador de sonido. Bien; tampoco, que yo recuerde, contiene nada acusatorio contra mí.

Repentinamente, entregó el rollo de alambre de la conversación a Scheer.

—Reténgalo, amigo, y pregunte al jefe por qué ordenó la retirada de los Vigilantes precisamente cuando eran más necesarios. Si la respuesta no le agrada, acaso pueda decidir escuchar lo que está grabado en ese alambre…

Scheer dijo con calma:

—Quizá tenga usted la bondad de decirme por que ordenó la retirada de los Vigilantes, jefe.

El jefe continuó mirando de manera colérica.

—¿Por qué diablos he de justificar mis actos ante ustedes? —gritó ruidosamente. El jefe se hallaba sobre un barril y no podía descender de él. Por esta razón decidió sacar el mejor partido posible de las circunstancias. Y atacó de nuevo—: El
F. B. I.
no tiene autoridad sobre las fuerzas de policía locales. Cuando se comete algún delito federal, ustedes son avisados y nosotros debemos colaborar con ustedes hasta, donde podamos. Pero eso no pone a ustedes por encima de mí —dijo de modo tronitoso.

El efecto que estas palabras produjeron en Scheer no fué mayor que el que podría producir una ligera llovizna primaveral al caer sobre el lomo de un pato.

—Sabemos todo eso, jefe —dijo—; y no tiene usted necesidad de contestarme… Pero, pregunto de nuevo: ¿Por qué retiró usted a los Vigilantes?

El jefe carraspeó y después añadió retadoramente:

—No quiero que haya fuerzas tumultuarias armadas en mi población, sin tener en cuenta los títulos que esas fuerzas quieran otorgarse a sí mismas. Hay muchas personas en Freshwater que dicen que no están convencidas de que haya necesidad de que exista en Freshwater ese Comité de Vigilancia armado.

Scheer le interrumpió.

—¿Por qué fué suspendido de servicio el capitán Just cuando realizaba gestiones respecto a un doble caso de asesinato?

Su rostro, duro y bronceado y fuerte, no ofreció indicios del pensamiento que se ocultaba detrás de la pregunta.

El jefe ladró, más que dijo:

—Cuando doy órdenes, quiero que sean obedecidas. Y ordene a Just que retirase a los Vigilantes. Y como no lo hizo, decidí suspenderlo. ¿Qué piensan ustedes hacer ahora con referencia a esa cuestión?

Scheer no vaciló. Era un pensador rápido y un buen juez de hombres.

—El retirar a los Vigilantes del cordón, produce agujeros, brechas muy grandes… —respondió—. Proporciona a seis hombres culpables de asesinato, la ocasión de hacernos gestos de burla, huir y dejarnos con seis palmos de narices. ¿Qué hará usted en ese caso?

El jefe respondió:

—He avisado a todos los policías que había disponibles en la población para que vigilen los caminos secundarios.

—Es posible que no baste con eso —dijo Scheer—. Y ahora, ¿qué objeciones opone usted a la reincorporación de los Vigilantes a sus puestos de servicio para esta labor de colaboración? Son vitalmente necesarios.

El jefe se humedeció los labios. Lanny casi sintió lástima del viejo prevaricador.

Sólo podía responder repitiendo el mismo cuento anterior. Y,

puesto que no disponía de otros argumentos justificativos, hubo de exponer de nuevo los anteriores.

—Son unos granujas armados, y los ciudadanos se han quejado muchas veces de que exista esa organización. La persecución de delincuentes no es labor apropiada para policías aficionados. Podremos renunciar a ellos.

Scheer miró a sus compañeros del
F. B. I.

—No podemos hacer nada respecto a esta cuestión —les dijo. Y volviéndose hacia el jefe, añadió—: Si ésa es su decisión, jefe, ésa es la decisión que se impondrá. Pero usted aceptará plenamente la responsabilidad por sus actos —terminó de modo agresivo e inesperado.

El jefe tragó como si algo le hubiera hecho daño. Luego, respondió:

—No tiene necesidad de recordármelo.

Y se volvió en dirección a Lanny, el causante de aquel encuentro tan agitado, y dijo con aspereza:

—Capitán: usted fué suspendido de empleo hace una hora. Mantengo la decisión. Por lo que se refiere a Freshwater, en los momentos actuales no es usted sino un ciudadano más.

Había hablado con un malhumor salvaje.

Lanny miró a Scheer. Sabía que Scheer no se había dejado impresionar por el exabrupto del jefe. Y con mucho cuidado y mucha calma, dijo:

—Soy tan sólo un ciudadano… Ustedes lo han oído, ¿verdad? Pero supongo que debo ser un ciudadano muy útil en estos momentos porque sé más que cualquiera otro acerca de delitos y delincuentes en Freshwater. Muy bien: ofrezco mis servicios al F. B. I…, para el caso de que quiera aceptarlos.

El jefe pareció estremecerse, y rugió:

—¿Cómo diablos voy a permitir que un entrometido subordinado mío juegue a ser hombre del
F. B. I.
en Freshwater?

Scheer ya había oído bastante y ya estaba harto.

Se acercó con lentitud al jefe, y dijo:

—Oiga: no queremos disgustos ni altercados. Queremos apresar

a esos pistoleros; esto es todo. Y ¿quiere usted conocer mi opinión? Es muy pintoresco el policía que en un caso de urgencia y apremio como el presente ordene la retirada de los Vigilantes… salvo que se le obligue a hacerlo.

El jefe empalideció al observar el modo de que el representante del F. B. I. le hablaba. Y todavía de oír más cosas desagradables.

—En Mason County hemos oído hablar de un antiguo granuja que se dice que maneja a su antojo a un jefe de policía. Ese jefe de policía podría ser usted. ¿No es posible?

El jefe levantó la cabeza; y en sus ojos se reflejó el temor. Su mundo, levantado sobre un compuesto de avaricia e indolencia, había comenzado a desmoronarse en el transcurso de la media hora anterior.

—No comprendo de qué modo podríamos obtener un buen suceso con nuestras investigaciones si no contásemos con la ayuda de un hombre tan valioso como el capitán Just. Si usted insiste en suspenderlo, yo aceptaré sus servicios, porque sus grandes conocimientos de la situación serán de gran utilidad para el F. B. I. Por esta causa, le pregunto: ¿qué va usted a hacer, jefe?

El jefe pudo hallar repentinamente su voz.

—¡Haga usted lo que se le antoje! —estalló. Y salió vacilantemente en busca de su automóvil.

Scheer se volvió hacia el fornido capitán de policía. En su rostro se dibujaba una ligera sonrisa.

—Acaso sea conveniente que consideremos que todavía forma usted parte de las fuerzas de policía, capitán.

Lanny no se encontraba de buen humor. Estaba mirando al jefe.

—Está desesperado, Scheer, y la causa de su desesperación y de su nerviosidad es la presencia de usted y sus hombres aquí —dijo—. ¿Sabe usted a dónde va ahora?

Scheer dijo:

—A hablar con su jefe… El granuja de Myrtle.

Lanny se sorprendió.

—Ustedes saben muchas cosas.

Los dos hombres se dirigieron juntos a la puerta de entrada. En

la acera se apelotonaba la habitual muchedumbre, y no había ni un solo guardia o policía para mantener el orden. Un camión de la Marina aproximábase en aquellos momentos a gran velocidad.

Scheer dijo:

—Hemos sabido muchas cosas últimamente. Pero no las suficientes todavía para tomar una determinación. El
F. B. I.
no pueda operar en cualquier momento en cualquier parte: es preciso que se cometa un delito federal o que se produzca una llamada del jefe local de policía —miró al confiado joven oficial de Marina que se abría paso entre la multitud—. El jefe ha sido muy amable al olvidar este rollo de alambre —añadió de manera sonriente con la bobina en la mano.

Lanny dijo:

—No hay en él nada que acuse a nadie abiertamente.

El oficial de Marina entró con sus aparatos. El joven saludó a Lanny con una inclinación de cabeza. Lanny le presentó al miembro del
F. B. I.
mientras cruzaban la puerta.

—¿Qué puede hacerse? —preguntó Lanny.

—Pregúntemelo mañana a cualquier hora y le mostraré el resultado de nuestro trabajo.

Lanny dijo:

—Si la labor ha de durar tanto tiempo, sólo hallará usted cadáveres en el interior de la caja —y añadió—: Dirija toda su atención a la apertura de un agujero que permita la entrada de aire. Si lográsemos introducir un tubo hasta el interior, podríamos mantener vivos a esos hombres hasta que ese maldito chisme se abra por sí mismo.

Hallafan se acercó hablando de modo que semejaba un balido.

—¡Qué diablos! Ya deben de estar muertos. Y Czanik era un buen muchacho. No me gusta acordarme de él.

Lanny entró. Scheer estaba mirando a los estúpidos espectadores y haciendo gestos de desprecio.

Detrás de la multitud, corría un automóvil que comenzó a seguir la carretera que seguía su curso junto al puerto. Tras el volante de conducción iba un hombre que tenía la misma elegancia que un

buñuelo. Era un hombrecillo calvo, de ojos agudos que tenía como fondo un rostro de mejillas planas.

Era un hombrecillo que estaba casi saltando excitadamente porque por vez primera en su vida había tenido ocasión de poner sus dedos de sucias uñas sobre diez «de los grandes»… diez de los billetes verdes del Tío Sam que valen mil dolares cada uno.

Marty Dimenza regresaba con su automóvil dispuesto para conducir a los atracadores de Nueva York al exterior de la ciudad tan pronto como la obscuridad cayese. Tanto Lanny como Scheer lo vieron, vieron su automóvil… y vieron docenas de otros poseedores de automóviles que allí se detuvieron para mirar a través de las ventanillas el drama que se representaba aceleradamente con la finalidad de salvar las vidas de unos hombres encerrados que estaban asfixiándose con lentitud. Y por esta razón, no concedieron importancia a su paso.

El miembro del
F. B. I.
habló repentinamente:

—No podemos hacer nada de utilidad aquí, capitán. No hay trabajo para nosotros en estos momentos. Voy a ir con mis hombres a examinar el «Pontiac» que dejaron abandonado los atracadores.

Lanny dudó. No sabía qué hacer. Aquellos hombres del
F. B. I.
eran inteligentes; y el asalto al banco y el asesinato del patrullero Kippax eran la carne de que se sustentaba su competente labor. Su misión, Lanny lo sabía, consistía en atrapar a Pretty Boy. Sería conveniente permitir que aquellos hombres se entregasen a su trabajo mientras él se concentraba en el suyo. Pero ¿cómo comenzar de nuevo?

Hasta el momento en que el jefe lo había obstaculizado por medio de una disparatada intromisión. Lanny había puesto en práctica un buen proyecto para la localización del asesino. Pero en aquel momento, hallándose los Vigilantes en sus casas y habiendo sido retirados de la población la mayoría de los policías con el fin de que estableciesen un cordón de vigilancia, no sabía por dónde empezar.

Esta fué la causa de que dijese:

—Iré con ustedes.

Un patrullero prestaba guardia junto al «Pontiac» de los atracadores. El patrullero miró con extrañeza a Lanny; debía de tener conocimiento de sus altercados con el jefe y probablemente no sabía que Lanny hubiera vuelto, a su cargo.

Lanny preguntó con viveza:

—¿Ha tocado alguien este automóvil?

—Sólo el teniente Murdoch; y los encargados de fotografiar las huellas digitales —respondió el patrullero.

Los hombres del F. B. I. iniciaron su labor, fotografiaron, tomaron marcas digitales y ordenaron que el automóvil fuese conducido al cuartelillo de policía.

Cuando aun estaban trabajando, el teniente Murdoch llegó en la ruidosa motocicleta que solía utilizar. Lanny concibió la idea de que el teniente Murdoch quería obtener su amistad. Acaso le hubiera conmocionado un poco la presencia en la ciudad de los hombres del F. B. I. Era, bajo cierto punto de vista, una rata rastrera.

Abrió las piernas para sostener la motocicleta cuando se hubo detenido y se levantó la visera.

—Supuse que le gustaría saberlo —comenzó diciendo—. Hay una epidemia de desaparición de personas en Freshwater. En la pasada media hora, se han producido cinco llamadas al cuartelillo, todas ellas de señoras que piden noticias de sus esposos. Todas esas personas desaparecidas solían utilizar los servicios del banco asaltado.

—¿Cinco? —La noticia sobresaltó a Lanny, que volvió junto a los hombres de la F. B. I. —. Parece ser que son alrededor de diez las personas que están encerradas en la caja del banco de Green Hollow —les dijo.

Scheer se irguió. Era hombre endurecido profesionalmente; pero la noticia le impresionó. Y dijo con voz desalentada:

—Entonces son muy pocas las probabilidades que hay de que aun estén vivas. Esos atracadores no debieron de saber lo que hacían; si lo hubieran sabido, no habrían condenado a muerte a tantos hombres. Pero eso puede ser una excusa… Lo hicieron, y no

tenemos más remedio que encontrarlos.

Lanny se alejó.

—Sí, sí. Y dejo a cargo de ustedes esa labor. Yo voy a reanudar mis trabajos y ver lo que se ha logrado acerca de Pretty Boy.

Media hora más tarde, se hallaba otra vez en su automóvil y ponía en ejecución unos nuevos proyectos. Parecía ser que había recobrado la autoridad, puesto que nadie desobedeció ninguna de sus órdenes. Y el jefe se mantenía apartado de todos, tan apartado, que nadie lo había visto desde su altercado en Green Hollow.

El sargento Pedersen recorría la población, hablaba a los ciudadanos y los apremiaba a que colaborasen en la persecución del asesino de la mujer. Y no había necesidad de que se los excitase a hacerlo. Aquel día, el periódico local había vendido más ejemplares que ningún otro desde su fundación. Probablemente, cada persona de la ciudad, que supiera leer, había adquirido un ejemplar y lo llevaba consigo. Y las cosas no se hacían a medias: si las personas miraban con insistencia a todos los hombres que hallaban en su camino, no dejaban de mirar también el retrato del diario para comprobar si el rostro que tenían delante era el mismo que reproducía la fotografía. A tanto llegó la intensidad de la búsqueda, que no podía estar seguro quien vistiese una chaqueta de *sport* clara.

Lanny vió a Pedersen y detuvo su automóvil delante de él para obligarlo a hacer alto.

Pedersen tenía irritada la garganta, como resultado de lo mucho que había hablado sin cesar ante el micrófono del amplificador.

—Podría suponerse que ya habríamos detenido a ese rata —dijo quejosamente—. ¡Hum! Si es cierto que está aquí, no hay duda de que ha debido de hallar un agujero muy profundo. No es posible de otro modo que un hombre permanezca tanto tiempo en Freshwater sin ser identificado.

Lanny dijo:

—Eso es lo malo. No es posible que esté en las calles. Debe de estar escondido en algún sitio.

Y en esto se engañaba.

Miró de modo hostil a lo largo de la carretera del puerto, donde estaban los hoteles y las manzanas de casas nuevas y atractivas y las tiendas y los restaurantes. Y también vió el bosque de mástiles y

chimeneas que se alzaba en el otro lado del puerto.

—¡Maldito sea el jefe por lo que ha hecho! —estalló—. Si me hubiera dejado continuar trabajando con la ayuda de esos hombres buenos, los Vigilantes, habría hecho que se inspeccionase a todos los hombres que estén alojados en los hoteles y casas de huéspedes de Freshwater. Y habríamos obligado a ese rata a salir de su agujero. Lo habríamos encontrado.

—Sí, conozco sus sentimientos —un enorme sedán se detuvo junto al coche de la policía, pero ninguno de los dos hombres lo advirtió. Pedersen continuó—: ¿No habrá medio de conseguir que los Vigilantes vuelvan a ayudarnos?

—El Jefe Myrtle ha dicho: «¡No!». Y nuestro jefe ha repetido: «¡No!». Y todavía es el jefe —dijo Lanny con amargura. La acera parecía haberse congestionado repentinamente de espectadores—. Será conveniente que se procure usted un poco de «grasa» para la garganta y continúe hablando para ver si logramos obligar a ese asesino a descubrirse. Tengo un proyecto —continuó— que creo que dará buen resultado… Pero para realizarlo necesito retirar a cincuenta hombres de la vigilancia de las carreteras.

Pedersen no cesaba de mirar detrás de Lanny. Y Lanny estaba diciendo:

—¡Por todos los diablos! ¡He de conseguir que el jefe cambie de modo de pensar!

Y en aquel momento, alguien le tocó ligeramente en la espalda.

Lanny se volvió.

El Jefe Myrtle estaba detrás de él, macizo y colérico, rodeado de sus orangutanes. Todos ellos tenían ésa tensa curiosidad expectante que es propia de los hombres cuando se disponen a entregarse a la violencia de la acción.

La voz del Jefe Myrtle se elevó coléricamente.

—¿Dónde está Bonnie? ¿Qué ha hecho usted de ella?

CAPÍTULO X

Lanny percibió que la sangre se le retiraba con lentitud del rostro. Y no fué por efecto del temor, del temor por él.

—¿Bonnie? —preguntó—. ¿Qué sucede a Bonnie?

Su corazón comenzó a latir con violencia. Había estado huyendo de Bonnie Myrtle por espacio de varias semanas y tan sólo porque era la hija del Jefe Myrtle. Pero no porque despreciase a la muchacha: si había una joven en quien él hubiese pensado para convertirla en la señora Lanny Just, esa muchacha era la sonriente, la feliz…, la inocente Bonnie Myrtle.

Bonnie, que no sabía que la riqueza que había hecho que la vida fuese como un sueño para ella era un dinero maldito, que no sabía que su padre era un granuja endurecido y sin escrúpulos que gobernaba por medio de sobornos a la policía de Freshwater, que adquiría la «protección» que le producían sus muchos negocios legales y al mismo tiempo desarrollaba otros completamente ilegales…

Bonnie no lo sabía. Y Lanny Just no era el hombre que debía decírselo. ¿Cómo es posible decir a la joven más guapa de todas cuantas se conoce que su padre es un gran granuja y que el mismo que lo dice le anda siguiendo las vueltas para meterlo en presidio para el resto de sus días?

No parecía haber un porvenir para Bonnie en la vida de Lanny; pero esto no impedía que el corazón del capitán se alterase al pensar que pudiera suceder alguna desgracia a Bonnie.

Los ojos del Jefe Myrtle se contrajeron hasta parecer la punta de unos alfileres cargados de ferocidad. El Jefe Myrtle odiaba a aquel atlético joven capitán de policía. Y lo odió más al oírle pronunciar el nombre de Bonnie. Era un hombre brutal, insensible, duro para

todo con excepción de lo que se relacionase con su hija. Pero en lo que se refería a Bonnie, se revelaba un aspecto insospechable de su naturaleza. La adoraba. Estaba orgulloso de ella. Satisfacía con prodigalidad todos sus caprichos: vestidos, fiestas, regalos, hasta un automóvil… Bonnie disfrutaba de todo el afecto de que él era capaz. Y por esta razón, no quedaba nada para nadie más.

Le produjo indignación que un capitán de policía hablase de afectos entre él, Lanny, y su hija… La indignación que se apodera de todos los padres cuando comprueban que su hija comienza a alejarse de ellos. Y aquel hombre era, además, un enemigo, un policía. El Jefe Myrtle estaba salvajemente celoso y enfurecido contra el causante de su trastorno emocional.

Y estaba alarmado, además, por la ausencia de la joven.

Y dijo con rabia:

—Se lo he preguntado, Just: ¿Dónde está Bonnie? Y no responda con una evasiva, porque lo lamentará, Lanny se separó del automóvil de la policía, con los músculos rígidos. El hielo parecía quebrarse en su voz cuando respondió:

—¡Myrtle, maldito! ¡Si se permite amenazarme, lo encerraré en la cárcel! ¡Vea si se atreve a hacerlo de nuevo! Sargento: baje del automóvil. Es probable que le necesite. ¡No, demonios, no conseguirá usted amedrentarme aun cuando estén a su lado todos esos orangutanes que lo acompañan!

El Jefe Myrtle miró aquellos ojos agresivos y supo que en aquella ocasión había hallado un rival digno de él. Era un hombre que no podría ser conmovido por las amenazas, del mismo modo que los intentos de soborno no habían logrado hacerlo vacilar. Y Myrtle supo también que en el caso de que osase dirigirle otra afrenta, el capitán intentaría cumplir su palabra… ¡y lo encerraría en la cárcel! Vió que Lanny tenía una mano sobre la culata de la pistola y supo que el capitán no vacilaría en emplear et arma contra él. En el fondo de su imaginación reposaba el recuerdo de unas palabras de Lanny referentes a «vestidos de madera»… y que las había dicho con la esperanza de que hubiera uno que sentase bien al Jefe Myrtle.

Myrtle gruñó:

—No pierda la serenidad. Le he preguntado: ¿Dónde está Bonnie?

—Se lo he dicho —respondió roncamente Lanny—: no lo sé. La vi hace varios días… y no he vuelto a verla desde entonces. Me ha telefoneado en diversas ocasiones pero siempre he respondido con negativas… Para mí y para Bonnie no puede haber un porvenir conjunto en tanto que usted viva, Jefe… ¿Maldito Por qué demonios ha de tener usted una hija tan encantadora?

Pronunció con amargura las últimas palabras.

El Jefe Myrtle no comprendió lo que Lanny decía; pero entendió una cosa y la creyó: que Lanny no sabía dónde estaba su hija.

Y esto le angustió todavía más. Su angustia por la muchacha era tan grande, que había comenzado a mostrarse débil ante su enemigo. Sus gruesos labios se separaron cuando la reseca lengua los recorrió.

—¿No supone usted dónde puede estar? —preguntó roncamente.

Y la angustia tendió una coloración verdosa sobre sus ojos.

Lanny comprendió.

—¿Pretty Boy? ¿Teme usted que haya sucedido algo a Bonnie mientras ese maníaco está en la ciudad?

Myrtle no dijo nada. Lanny descubrió que su pulso latía con violencia al pensar en lo que podría haber acontecido. Recordaba que antes, en el despacho del jefe, él mismo había hablado de Pretty Boy y de la posibilidad de que el asesino hiciese una víctima más… acaso Bonnie. No lo había creído en realidad; había hablado enojado, desatadamente entonces. Pero acaso hubiese creado con ello una idea en la imaginación del Jefe Myrtle; y aquella idea había crecido y comenzaba a desbordarse.

Y se encogió de hombros para disipar su propia ansiedad. Una idea comenzaba a nacer en su cerebro: quizá le fuera posible utilizar provechosamente aquel efluvio de amor paternal. Era un disparo hecho a gran distancia; pero valía la pena de hacer la prueba, por mucho que le repugnase.

Y dijo, para darse tiempo para pensar:

—¿Ha recorrido usted toda la ciudad en su busca?

El Jefe Myrtle respondió afirmativamente:

—Dos docenas de hombres la han recorrido de parte a parte. Voy a hacer que la recorra, además, un automóvil provisto de altavoces. Pero ¡Dios mío!, ¿en dónde ha podido esconderse?

Lanny también se disgustó y preocupó. Freshwater era una

ciudad muy pequeña. Conocía muy bien los gustos y las costumbres de Bonnie; pero no acertaba a comprender dónde podría hallarse. Se recobró del disgusto: naturalmente. Pretty Boy no representaba ningún peligro para ella. No debía pensarse que lo hubiera. Los asesinos no repiten sus crímenes con tanta frecuencia… salvo cuando están locos.

El Jefe Myrtle parecía seguir sus pensamientos.

—¡Ese Pretty Boy! —dijo con acritud—. Parece lo bastante loco para hacer cualquier cosa… Quiero que Bonnie no esté en la ciudad hasta que haya sido capturado.

—Lo quiere usted y otras muchas personas —replicó Lanny—. No es usted el único. En estos momentos, la mitad de las mujeres de Freshwater se encuentran en un estado de histerismo, locas de temor por sí mismas y por sus hijas. Y si ustedes no se hubieran metido en mis proyectos para obstaculizarlos, sería muy posible que el asesino estuviera encerrado ahora con seguridad bajo llave y rejas.

El Jefe Myrtle gruñó:

—Los demás no me importan ni un comino.

—No tiene necesidad de decírmelo —dijo con crudo cinismo Lanny. Y se volvió para dirigirse a su automóvil—. Pero le importa mucho que Bonnie haya desaparecido, ¿verdad? Bien; puesto que por ahora es usted el verdadero jefe de las fuerzas de policía de Freshwater, dé las órdenes necesarias para que los Vigilantes vuelvan a guardar las carreteras, de modo que yo pueda disponer de mis hombres para registrar la ciudad. De todos modos, debo advertirle que ésta es la última vez que podrá decir a la policía lo que debe hacer.

Había comenzado a separarse de él. El Jefe Myrtle gritó con furor:

—¿Qué quiere usted dar a entender con esa bravata, Just?

Lanny se volvió con frialdad.

—Su reinado ha llegado a su final, Jefe. No le digo nada que el jefe no le diga cuando vuelvan a reunirse. Pero tengo noticias para usted. Los representantes del
F. B. I.
están en la ciudad y ya están enterados del proceder de un jefe de policía de dos caras que hace lo que un granuja sobornador le

manda hacer.

Si esperaba observar un cambio en la dureza de la expresión de Myrtle, se vio decepcionado. El Jefe se limitó a inclinar la cabeza como si su imaginación estuviera ocupada en otros asuntos, como, efectivamente, lo estaba.

Lanny continuó su recorrido, y luego volvió a Green Hollow. Un par de policías mantenían libre de curiosos la puerta del banco, pero una gran multitud se había congregado a lo largo de la calle, con las cabezas vueltas en dirección al establecimiento. Las novedades que ocurrían pasaban de boca en boca y lo mismo las escasas noticias que se tenían sobre la carrera emprendida para salvar la vida a quienes estaban encerrados en la caja.

Lanny se detuvo en la sala principal del banco y observó a los marinos que trabajaban con sus sopletes de fuego. Llevaban ya un par de horas entregados a aquella labor, y el corazón de Lanny se contrajo al ver el pequeño fruto que se había obtenido. Eran muy pocas las esperanzas que había respecto al salvamento de aquellos hombres que se asfixiaban en la trampa de hierro si aquélla era la mayor rapidez con que podía actuarse en el perforado de las gruesas planchas.

Lanny vió que uno de los hombres del
F. B. I.
se abría paso entre la multitud y se acercaba para hablar con él. La obscuridad comenzaba a caer, y las luces ponían en el drama un efecto de irrealidad.

—Tenemos muchas huellas digitales —dijo el hombre del
F. B. I.
—. Ya hemos logrado averiguar la procedencia del automóvil. Fue robado hace un par de semanas en Rochester. Pero carecemos de indicaciones sobre el paradero de los atracadores. Mi opinión es que tienen amigos en Freshwater y que estarán ocultos hasta que encuentren una ocasión favorable.

—Eso es lo que está haciendo Pretty Boy —dijo Lanny—. Está oculto no sabemos dónde. Pero tenemos seguridad de que no está en las calles.

Y en esto se engañaba Lanny, claro está. No había pensado, ni había pensado nadie, que el lugar más seguro de Freshwater para ocultarse era aquél en que todo el mundo pudiera ver a uno, en la

anchura de la soleada playa.

Lanny estaba nervioso. Tenía que mantenerse en constante movimiento. En el fondo de la imaginación tenía una creciente inquietud: no podía olvidarse de Bonnie Myrtle.

Y recorrió varias calles, principalmente las más próximas a la carretera de la playa y al puerto. Estaba avanzando por el Fun Park, que estaba lleno de luces de colores, cuando oyó el estruendo de un altavoz. «Se busca a Bonnie Myrtle, se busca a Bonnie Myrtle. Bonnie Myrtle debe dirigirse inmediatamente a su casa. Todas las personas que la hayan visto desde el mediodía de hoy deben telefonear a Freshwater, número 2554».

Lanny se detuvo junto al bordillo de la acera. La sangre se le había enfriado repentinamente. Todo aquello significaba que hasta entonces habían resultado infructuosos todos los intentos de hallar a Bonnie Myrtle. Ya no podía dudarse de que su desaparición estuviera relacionada con la presencia de Pretty Boy en la ciudad.

Pretty Boy, que en su locura ya había asesinado a una mujer…

Lanny buscó casi con pánico la palanca de puesta en marcha, mientras los pensamientos se atropellaban en su imaginación. Veía a Bonnie paseando por un lugar indeterminado de Freshwater; y alguien se acercaba a ella: *Él*, Pretty Boy, un hombre que hablaba de una manera tan cariñosa, tan seductora, según había dicho la señorita que lo recibió en el hotel de Nueva York. Acaso habría hablado también de una manera cariñosa, seductora, persuasiva a Bonnie. Y Bonnie era tan sólo una niña; podría haberse ido con él, no por perversidad, sino por el gusto de divertirse.

Pero si hubiera ido con aquel asesino…

El capitán Lanny Just violó algunas de las regulaciones policíacas referentes a la circulación en los siguientes minutos…

El Jefe Myrtle vivía en los suburbios; pero Lanny sabía que el número de su teléfono de Freshwater era el que correspondía a su dirección de negocios. El Jefe utilizaba para ellos un gran edificio instalado en las cercanías del mar. Estaba resplandeciente de luces cuando Lanny hizo alto en el exterior.

Lanny se dirigió rectamente al despacho de Myrtle. Mientras abría las anchas puertas de vaivén, pensaba: «Estoy metiendo la cabeza entre los dientes del león». Si el Jefe Myrtle quería realizar su inexpresado deseo de eliminarlo de este mundo, él, Lanny, le

ofrecía la mejor ocasión de hacerlo.

Pero Lanny tenía valor, como sabían casi todos los habitantes de Freshwater, y la situación era lo suficientemente desesperada para exigir el empleo de las medidas más osadas.

Una pareja de orangutanes que se hallaba en el despacho exterior se puso en pie cuando Lanny pasó delante de ellos. En sus puercos ojillos se reflejó la incredulidad. Luego, se abrió una puerta y Alastair Myrtle salió a un despacho más pequeño.

Y entonces vió a Lanny, y su sonrisa se dirigió a aquel oficial de policía. Y a Lanny le agrado aquella sonrisa mucho menos que el inquieto movimiento de los orangutanes.

Lanny preguntó súbitamente:

—¿Dónde está el Jefe Myrtle?

Alastair inclinó la cabeza hacia un lado. Y su sonrisa ocultó los rápidos pensamientos que desfilaban por su cerebro.

Lanny recordó la frase clásica: «Entra en mi recibidor, dijo la araña a la mosca». Muy bien; entraré, araña.

Alastair se apartó a un lado y su sonrisa se profundizó. Lanny entró en el despacho grande, lujoso, en que eran recibidos los visitantes. El Jefe Myrtle lo vió entrar y la esperanza nació en él. Pero la esperanza murió cuando Lanny negó con un movimiento de cabeza.

—No, Jefe, no sé dónde está Bonnie. ¿No ha tenido usted noticias aún?

El Jefe Myrtle se hundió más en su asiento. En su rostro se reflejaba el tormento que lo agitaba.

—Absolutamente nada. Bonnie no hizo jamás nada parecido. Nunca ha estado ausente durante tanto tiempo sin decirme antes a dónde iba. Algo le ha sucedido…

Eran enemigos aquellos dos hombres que se miraban sobre la ancha mesa; pero su amor por Bonnie los unía con firmeza en aquel momento. Ninguno de ellos pensaba en nada que no fuese la seguridad de la muchacha.

Lanny dijo:

—Es posible que esté fuera de la población…

—¿Sin decirme a dónde ha ido? —Myrtle tenía macilento el rostro—. No ha podido utilizar su automóvil, que está en reparación desde hace una semana.

Y Lanny también lo sabía.

—Supongo que debe de estar fuera de la ciudad —dijo con lentitud—. Es posible que alguien la haya llevado en su automóvil. Solamente espero…

Y se detuvo.

—¿Qué?

—Espero que el conductor no fuese Pretty Boy. Eso es todo.

Pudo ver con facilidad la agitación que dominaba al Jefe Myrtle; y le pareció curioso… El Jefe Myrtle había hecho víctima suya a más de un hombre en el curso de su vida, había maltratado y aniquilado a sus oponentes y enemigos sin la más ligera compunción. Y en aquellas circunstancias, a causa de que había una chiquilla que no había sido vista en el curso de varias horas, estaba preocupado y pálido por la angustia.

Lanny supo que aquélla era una buena ocasión para hacer presión favorable para sus proyectos.

—Si usted no se hubiera entrometido en esta cuestión, Jefe —dijo—, yo habría detenido a Pretty Boy, que ahora estaría en la cárcel. Y entonces, no tendría usted motivos de sufrimiento.

Alastair entró impetuosamente en la habitación en aquel instante. Lanny lo miró con desprecio. Sabía que el más joven de los Myrtle se había quedado en el exterior con el fin de adquirir seguridad de que la presencia de Lanny en el despacho del Jefe no formaba parte de una celada de la policía. Aun en aquel momento, Alastair no estaba seguro, no podía creer que el capitán de policía hubiera entrado en la leonera sin protección visible.

Lanny se volvió hacia el Jefe Myrtle.

—Acaso no sea demasiado tarde para hacer algo acerca de Pretty Boy, Jefe —los ojos del Jefe Myrtle se encontraron con los suyos; pero no se reflejó en ellos ninguna emoción. Lanny se inclinó hacia delante, y los músculos de su cuello se tensaron, puesto que la escena que habría de producirse constituiría un acto decisivo en el que las cartas debían ser puestas boca arriba—. Me repugna la idea de que he venido a visitar en su leonera a un granuja, con el fin de lograr que pueda realizarse un trabajo propio de la policía pero lo estoy haciendo.

»Necesito que los Vigilantes vuelvan a prestar Servicio. Quiero entrar en todas las casas, hoteles y habitaciones de Freshwater para

comprobar qué personas se encuentran allí. Necesito reclutar varios centenares de Vigilantes… Sí, hasta un millar, si puedo encontrar tantos… y creo que así sucederá. Si Pretty Boy está en la ciudad, me propongo encontrarle. Si Bonnie está, la encontraré también. ¡Pido a Dios que podamos hallarla indemne!

El Jefe Myrtle permanecía sentado, con las manazas enlazadas sobre la mesa que tenía ante sí.

Al cabo de cierto tiempo, preguntó con voz ronca:

—¿Que quiere usted que haga?

Lanny se lo dijo.

—Llame al jefe. El jefe no pedirá ayuda a los Vigilantes porque ha dicho de ellos que son unos granujas y creadores de conflictos… Obedecía las instrucciones que usted le había dado, seguía el camino marcado por usted. Es preciso que se le obligue a ceder, a apartarse de mi senda; y usted es la única persona que puede conseguirlo. Haga lo mismo que ha estado haciendo mucho tiempo, Jefe —añadió cínicamente—: diga al jefe qué debe hacer.

Myrtle replicó con acento rechinante:

—Eso es como pedirme que me suicide.

Estaba mirando hacia detrás de Lanny, a su hermano.

Y Alastair estaba alarmado y, por primera vez, no sonreía. Y se mezcló en la conversación con voz que la rabia, hacía más rápida.

—No te dejes convencer, Jefe. Es una estratagema para conseguir que los Vigilantes sean autorizados… Concédele lo que pide y ¿cuánto tiempo crees que duraremos en Freshwater? Lo primero que harían sería venir a cazarnos a tiros.

El Jefe Myrtle desvió de nuevo la mirada hacia Lanny. Lanny dijo de modo brutal:

—Y eso, ¿qué importaría? Es sólo una cuestión de tiempo, Jefe, la de la llegada de la hora de ustedes dos. El
F. B. I.
está enterado de lo que aquí sucede; y cuando los hombres del
F. B. I.
inician una tarea no cesan hasta haberla terminado por completo. Usted y su hermano, Alastair, vestirán muy pronto unos trajes muy bonitos… cedidos por el gobierno federal.

Por primera, vez en su vida, Lanny oyó al Jefe Myrtle hacer una observación humorística.

—Creí que usted quería verme con un traje de madera, capitán.

Lanny se levantó.

—Me agradaría mucho, Jefe. Quiero a Bonnie. Pero no me aproximaré a ella en tanto que usted continúe cometiendo porquerías en Freshwater.

El Jefe dijo:

—Usted sería un yerno infernal, Just —pero en sus ojos había una luz que desmentía sus palabras. Acaso estuviese viendo lo inevitable. Acaso comprendiese que cuando llegase el fin para él sería conveniente que su hija tuviese la protección de un hombre honrado… de alguien como aquel capitán de policía, osado, valiente, joven.

Y dirigió una mano al teléfono. Alastair se acercó a él y lo agarró. Lanny se dió cuenta de que la puerta del despacho se había abierto ligeramente, que un ojo mezquino y traidor se asomaba por la rendija.

Y, de pronto, se encontró golpeando, pegando con toda la fuerza de sus musculosos brazos. Alastair giró y cayó sobre una silla que se rompió al recibir su peso. Y cuando se levantó, tenía el rostro pálido por el dolor y se apretaba con las manos el lugar del muslo donde se había dañado.

Y encontró ante los ojos la boca de la pistola de Lanny Just.

—¡Deje de frotarse, y levante las manos hasta más arriba de la cabeza! —le ordenó Lanny. Y abrió la puerta por medio de un puntapié y apuntó con el arma a los orangutanes que estaban en el exterior. Otros orangutanes llegaron presurosamente al oír el ruido y procedentes de otra estancia que estaba llena de humo de tabaco. Lanny dominó a todos con la pistola. Y entonces ordenó al Jefe Myrtle:

—Ahora, hable por teléfono.

El Jefe estaba hundido en la silla. Repentinamente se convirtió en el habitual Jefe, el dominante, resuelto y amenazador.

—¿Qué demonios…? —rugió—. ¿Quién manda aquí? —Estaba dirigiendo a su hermano unas miradas nenas de energía—. Si quiero llamar al jefe de policía, lo haré ahora mismo; ¿lo ves?

Y se volvió en dirección a Lanny.

—Retire esa pistola. No la necesita mientras yo sea el jefe. Y vosotros… —añadió para sus orangutanes—. ¡Marchaos al infierno

y alejaos de esa puerta! ¡Comenzad a hacer las maletas! ¡*El nos persigue, y todos nos vamos de aquí*
F. B. I.
!

Cuando oyó estas palabras, Lanny Just retiró la pistola. Sabía que todo iba por buen camino. Y se puso en marcha hacia la puerta. Tras él, el Jefe Myrtle marcaba un número en el teléfono. No quiso esperar para oír lo que dijera al jefe de policía. Sabía que cuando el Jefe Myrtle daba una orden, la orden debía ser obedecida.

Condujo el automóvil furiosamente en dirección al cuartelillo y comenzó a transmitir órdenes por cuenta propia. Los mensajes enviados por radio llegaron a todas las fuerzas de vigilancia.

Al cabo de diez minutos, la ciudad se hallaba envuelta en un torbellino de excitación.

La gran partida para encontrar a Pretty Boy había comenzado.

Pero en aquellos momentos Lanny Just pensaba que era, también, una partida destinada a hallar al mismo tiempo a Bonnie Myrtle.

CAPÍTULO XI

No había llegado por completo la obscuridad cuando un maltratado sedán, salió de una calle estrecha que corría entre los almacenes del puerto. El conductor era un hombre informe, calvo, de anchas mejillas fofas que se hallaban en contacto con el levantado cuello de la chaqueta. Era un granuja en sus ratos de ocio, un granuja, que se había embriagado con la presencia de diez «de los grandes». El cambio de marchas gimió al llegar a lo alto de la pendiente. El conductor estaba nervioso.

Con él marchaban cinco hombres silenciosos cuyas miradas se dirigían constantemente a derecha e izquierda. Sólo uno de ellos se movía. Tenía un cuello delgado y rugoso, como el de una tortuga, y sus ojos reflejaban las luces de las calles. Una sonrisa burlona le entreabrió la boca y descubrió los quebrados dientes cuando al cabo de unos momentos, dijo:

—¿No vamos a disparar tiros? Me lo habéis prometido. Y hace mucho tiempo que no he hecho disparos. Es una cosa que me gusta mucho.

Eddy Eitel lo miró con repulsión.

—No vamos a tener tiros de ninguna clase —dijo— si Dim no nos ha engañado.

Había amenaza en su tono. Dim se estremeció con violencia. Para cambiar de tema de conversación, dijo:

—Ahí va otra vez el automóvil de la policía. ¿Qué dice ahora el altavoz?

Todos creyeron oír una palabra… una palabra que pudo ser: «Vigilantes». Pero sería posible que todos se engañasen.

Gino dijo, repentinamente:

—¡Al infierno el automóvil y sus guardias! No vamos a pararnos

para escuchar. No ha dejado de sonar su altavoz en toda la tarde. Ha sonado ése y el de otro automóvil que decía que Bonnie Myrtle debía ir a su casa, junto a su papá. ¿Quién demonios es Bonnie Myrtle?

—¡Oh, la hija de un hombre notable! —respondió Marty Dimenza.

Ya se habían alejado del puerto y daban vuelta al llegar a la carretera que seguía en dirección Oeste.

Podrían haberse ahorrado tiempo y disgustos si se hubieran detenido para oír lo que se pregonaba desde aquel automóvil de la policía.

Pretty Boy se asió a la barandilla cuando la voz amplificada llegó hasta él. Era el sargento Pedersen quien hablaba. Y estaba diciendo:

—Llamada a Pretty Boy, a Pretty Boy. Pretty Boy, no tienes posibilidad de huida. Los Vigilantes, casi codo con codo, rodean a Freshwater, vigilan el aeropuerto, los ferrocarriles, el puerto…

Parecía haber una especie de satisfacción en la voz del sargento cuando continuó hablando.

—Pretty Boy, Pretty Boy, te ahorrarás muchas contrariedades si te diriges al puesto de policía más próximo para entregarte.

La mirada de Pretty Boy percibió por primera vez, y su imaginación comprendió por primera su significado, la presencia de una navecilla de motor que se hallaba donde se estrechaba la entrada del puerto. Un reflector se encendió en ella e iluminó la multitud de barcos que allí había.

—Pretty Boy, Pretty Boy, estás en una situación desesperada. Entrégate en el acto. Los ciudadanos se inscriben en casi toda la ciudad como Vigilantes. Antes de que haya transcurrido una hora dará comienzo un registro metódico de casa en casa. ¿Por qué no nos evitas todas estas molestias, Pretty Boy? Si eres inocente de ese crimen de Nueva York, tendrás ocasión de salvarte compareciendo ante un tribunal de los Estados Unidos. Si no te entregas —y la voz de Pedersen se preñó súbitamente de roncas amenazas, corres el riesgo de ser *linchado* por los ciudadanos de Freshwater.

«Pretty Boy, estás perseguido. ¡No podrás hacer nada mejor que entregarte!».

Era la voz de Pedersen, pero era Lanny quien realmente hablaba.

Lanny quería forzar a Pretty Boy a entregarse. Ahorraría mucho trabajo si lo hiciera… Y la advertencia de que, en otro caso, se exponía al *linchamiento* no era infundada. En el caso de que Pretty Boy cayese en manos excitadas, no podría tener ocasión de defenderse ante un tribunal de justicia.

Pretty Boy también lo sabía. Pasaban personas junto a él. Y él sorprendía fragmentos de conversación. Y todas hablaban de él. A medida que transcurrían los minutos, podía advertirse cómo crecía la indignación de las gentes, la manera de que se ponían más y más en contra de él. La ciudad ya estaba harta de Pretty Boy. Un día de presencia suya era suficiente.

Pretty Boy comenzó a sospechar mientras permanecía ante la barandilla, que se hacía demasiado visible. Decidió que sería más seguro moverse entre la multitud. En tanto que llevase la cabeza vuelta en otra dirección cuando llegase a las luces, podría considerarse seguro.

Pero el caminar entre la muchedumbre no era tranquilizador. La muchedumbre se componía principalmente de hombres que recorrían las calles con la finalidad de hallarse presentes cuando Pretty Boy fuese descubierto. Las mujeres, en su mayoría, se encontraban encerradas en las casas.

Pretty Boy percibió olor de alcohol cuando un hombrecillo que se hallaba a su lado le dijo:

—Deberíamos hacer a ese salvaje lo mismo que él hizo a la mujer. Deberíamos arrancarle las tripas. ¡Y lo haré si consigo ponerle la mano encima!

Alguien que iba delante se volvió.

—Sí, eso es lo que yo digo. ¿Por qué demonios hemos de sufrir tantas molestias para detener a un canalla? Me parece que podríamos ahorrar al Estado un montón de dinero.

Todos iban hablando, todos los que lo rodeaban. Todos los hombres decían lo mismo. Pretty Boy marchaba en medio de ellos con la boca cerrada. No estaba dispuesto a atraer la atención sobre sí y a delatarse, acaso, con aquel acento europeo que tenía.

Continuó andando y escuchando. Y su imaginación, fría de modo extraño, no se alteró. Estaba en una trampa y lo sabía. Y no estaba en su naturaleza el mostrarse medroso en aquella situación en que más necesitaba disponer de la claridad de sus potencias de

razonamiento.

Y se dijo: «La situación es desesperada. No puedo ir a ningún sitio, no tengo donde ocultar el rostro por mucho tiempo. Tan pronto como lo vean, me identificarán. He tenido suerte hasta ahora… Pero la suerte no puede durar mucho tiempo más».

Y por esta causa, comenzó a emplear fríamente el cerebro, a pensar en la manera de obtener el mayor provecho posible de las circunstancias. Y, naturalmente, en el modo de no ser atrapado por aquel populacho salvaje y sediento de sangre.

Escuchó de nuevo.

—Deberíamos hallarlo y atarlo a dos automóviles que marchasen en direcciones contrarias y lo partiesen en dos.

Era, otra vez, su amigo, el pequeño borracho. Tenía imaginación, y el alcohol lo excitaba Y la multitud quería oír hablar de aquel modo.

Pretty Boy se dijo desapasionadamente: «¿Sí? Si he de terminar por ser atrapado, valdrá más que me entregue a un policía».

Y no lo dijo porque creyese que tal acto le ofreciese garantías de seguir viviendo. Al final, le rajarían los pantalones, le pondrían unas almohadillas mojadas en las piernas y los brazos y le colocarían un casco de metal sobre la afeitada cabeza. Se decía que los electrocutados no sufrían… mucho. Pero Pretty Boy, que tantos sufrimientos había causado en su vida, no quería sufrir nada. Le repugnaba el dolor físico y sería capaz de hacer cualquier cosa antes que someterse a él.



...se llevó las manos a la cara y comenzo a gritar.

Todo aquello de que tendría ocasión de demostrar su inocencia ante un tribunal de justicia era una tontería. Esto se dijo Pretty Boy. No era inocente. Había matado a una muchacha del modo que los periódicos insinuaban. Y Pretty Boy sabía que no tendría probabilidades de salvarse… ni una sola, por culpa de aquella maldita fotografía y del testimonio de los empleados del hotel que le vieron en unión de la muchacha unos minutos antes de cometer

el crimen.

En el caso de que los policías lo detuvieran, su ultimo paseo sería el que diese desde una celda de Dest Row hasta una estancia en que habría una silla…

La multitud comenzaba a inflamarse, a contagiarse aquel odio que era la más primitiva de las pasiones.

—¡Demonios! —decía un hombre—. ¡Que no vea yo a un policía con ese hombre! Ese canalla no debe vivir. Y no vivirá, no vivirá si yo puedo hacer algo por evitarlo.

Entonces, otro hombre exclamó burlonamente:

—¡Vaya un modo de hablar! ¿Sabe usted lo que sucederá? Ese hombre será detenido por los policías que lo conducirán a la presencia de un juez. Y un abogado sin conciencia alegará que es inocente, pero que está loco. Y lo encerrarán en un manicomio hasta que todos nos hayamos olvidado de la cuestión.

—¡Sí, sí! —Otra voz que llegó flotando desde la obscuridad fue la que articuló estas palabras—. ¿No es eso mismo lo que siempre sucede? Esos hombres que pueden pagar hoteles caros están en condiciones de comprar todo lo que se les antoje. Resultará que Pretty Boy es algún personaje importante… tan importante, que nadie se atreverá a tocarlo. La justicia está como la policía de Freshwater: podrida. Por eso ¡no hará ni! ¡Falta la justicia para nada si tengo la suerte de encontrar a ese salvaje!

Aun entonces, cuando los hombres que lo rodeaban aprobaban la idea del *linchamiento*, Pretty Boy no llegó a comprenderla. Estaba pensando en la manera de salir de aquel aprieto, sin escuchar por completo lo que se decía.

En primer lugar, estaba tan sediento, que no podría resistir mucho tiempo más sin beber algo. Y estaba hambriento, también, pero no se daba cuenta de ello a causa de aquel fiero tormento que le martirizaba la boca y la garganta. Aquella larga espera en la playa no había sido una cosa teñida de placer.

Se detuvo repentinamente y clavó la mirada en una máquina. Era una máquina automática que estaba fijada a las paredes de una cafetería. Pretty Boy dejó que el grupo se le adelantase. Suponía que podría obtener un refresco.

En el caso de que pudiera entrar sin ser visto, no habría peligro. Podría instalarse de cara a la pared, sentarse en alguno de los

taburetes que allí había. Podría introducir las monedas en la ranura y obtener tantos refrescos y tantos bocadillos como quisiera. Quería muchos. Y los quería con tanta intensidad, que decidió correr el riesgo.

Y entró.

Nadie gritó, nadie dió una voz de alarma cuando la cruzó la estancia y llegó hasta un taburete. Allí se consideraba seguro, de cara al rincón. Detrás de él, estaba una pareja. Y la pareja contribuía a ocultarlo.

Introdujo las monedas, asió el refresco como si en él se encerrase su vida, la abrió, arrojó el tapón de hojalata bajo el saliente, bebió… Era milagroso su estado después de haberlo hecho.

Cuando hubo terminado de beber, permaneció sentado un momento más para disfrutar aquella impresión de frescura que producía la fría bebida. Algunas otras personas hablaban en la habitación con voz sonora. Hablaban de él, es claro.

Obtuvo otro refresco, le quitó el tapón y comenzó a beber. Detrás de él, la pareja estaba hablando en voz baja. Sin embargo, Pretty Boy pudo oír sus palabras sobre el ruido de la cafetería y el estrépito callejero.

El hombre parecía hallarse irritado. Y lo demostró con tres palabras muy corrientes:

—¿Por qué no?

Sonó la voz de la mujer.

—Te lo he dicho… No estoy segura. Tengo hijos y… —La voz se quebró un poco—. Y Joe no es tan malo —tenía el acento áspero, agresivo de una campesina. Estaba próxima al llanto—. ¡Diablos! ¿Por qué te encontré? ¿Por qué no puedes dejarme en paz? Si te marchases lejos de aquí, no pensaría en ti con tanta frecuencia. Entonces, sería feliz…

Pretty Boy encontró interesante aquella conversación, puesto que alejaba su atención de lo que los demás decían sobre él. Y después de haber tomado aquellos refrescos, sólo deseaba oír ruidos sonoros que lo distrajesen, que lo aplacasen. Y lo que decían las demás personas que estaban en el establecimiento no era aplacador.

La voz apremiante del hombre exigía algo de manera imperativa, algo que se le negaba.

—Joe es demasiado viejo para ti. Y no te da el trato que

mereces. Yo… lo que quiero es llevarte conmigo y proporcionarte distracciones, felicidad. ¡Y te quedas tan tranquila y pareces dispuesta a llorar!

Pretty Boy terminó la bebida y obtuvo un tercer refresco y un paquetito de comida. Comió con rapidez, con hambre, sin detenerse hasta que hubo terminado el contenido del paquete. Luego, obtuvo otro y comenzó a devorarlo.

Unas voces ásperas llegaron hasta él entonces. Eran las voces de unos hombres que habían sacado de la máquina botellas de refrescos y se detenían para beberlos. Y durante todo el tiempo, no cesaron de hablar de Pretty Boy. Pretty Boy estaba comiendo con rapidez en su rincón y no se decidió a volverse, pero por el modo de que hablaban aquellos hombres, supuso que eran Vigilantes.

Y uno de ellos dijo que la búsqueda de casa en casa había comenzado ya.

Pretty Boy continuó comiendo, pero su imaginación trabajaba con actividad. Intentaba hallar un medio de salvación… y no lo hallaba. El lazo se apretaba a su alrededor. Parecía no haber posibilidad de escape.

Los hombres salieron muy pronto a la calle. Detrás de él, la pareja reanudó la conversación. El hombre estaba murmurando y gruñendo.

—Deberías decidirte. No he venido hasta Freshwater para no volver a verte más. Tengo una buena casa, un buen empleo. Quiero llevarte conmigo. Será mejor para ti que el continuar viviendo donde nunca ves a nadie, como no sea a los chicos y a Joe, día tras día…

Y ella no se decidía a tomar la determinación. Y por esta causa, él añadió enojadamente:

—¡Demonios, Thelma! ¡Cualquiera diría que es ese hombre, ese Pretty Boy quien intenta persuadirte a que te vayas con él!

Pretty Boy escuchó. La respuesta de la mujer fue evasiva. Acaso quisiera disponer de más tiempo para tomar una decisión.

—¿Él? —preguntó Thelma—. Una pobre muchacha se fué con él, ¿no es cierto?

—¡Una mujerzuela! —exclamó él, con desdén.

—¡Una pobre muchacha! Él debió de estar loco cuando hizo lo que hizo con ella.

Pretty Boy se encontró repentinamente oprimiendo con fuerza la botella del refresco, Quería que la conversación prosiguiese, escuchar lo que ambos decían, lo mismo qué su imaginación había comenzado a decirle.

—Si está loco —dijo el hombre—, no tiene motivos para preocuparse… mucho.

—Debe de estar. Verás cómo se llega a la conclusión de que no habría hecho lo que hizo si estuviera cuerdo. Y a los locos no los electrocutan…

Aquélla era la idea que había comenzado a florecer en la desesperada imaginación de Pretty Boy: *A los locos no los electrocutan.*

Luego, la mujer añadió algo totalmente inesperado.

—Bien. Pronto sabremos si está loco. Si encuentran otra mujer asesinada del mismo modo, no habrá dudas de ninguna clase…

La conmoción que produjo esta afirmación hizo que Pretty Boy se volviese y mirase a la mujer. Pretty Boy abrió la boca, mas nada dijo. Y luego, se recobró y salió a la calle, que estaba inundada de gente.

Cuando se hubo marchado, el hombre, dijo a la mujer:

—¿Qué tiene ese Pretty Boy que ver contigo y conmigo y con Joe?

Pero ella estaba mirando el camino que había seguido Pretty Boy. Y en su rostro se reflejaba la incredulidad. Y también el horror.

—¡*Él*! —susurró—. ¿No lo has visto?

El hombre se estremeció. La mujer estaba casi llorando, por la razón que fuese. Luego, cogió el periódico que él llevaba en el bolsillo y miró la fotografía de la primera página. Y el modo de que lo hizo pareció indicar que no quería adquirir seguridad de que el retrato que veía fuese el del cliente de la cafetería que tan pocos momentos antes y con tanta prisa había salido a la calle.

Y comenzó a producirse en el fondo de su garganta un sonido que no era grato de escuchar. El hombre vió que otras personas se volvían para mirarlos y se alarmó, pues aquélla era una visita que hacía furtivamente a Freshwater, y no es conveniente atraer la atención en tales circunstancias.

—¡Por amor de Dios, Thelma! —dijo—. ¿Qué te sucede?

Pero ella había descendido del taburete y estaba llorando. Y

comenzaba a gritar histéricamente:

—¡Era él, era él ese que estaba sentado aquí! ¡Él! ¡Pretty Boy! Pretty Boy estaba tomando refrescos… ¡y acaba de salir a la calle!

Muy pronto se vieron rodeados de personas que habían abandonado sus refrescos, sus platos de comidas frías. Todos estaban hablando, intentando sobreponerse con la voz al ruido de los demás. Y las oleadas de sonido llenaban la pequeña cafetería. Y las personas que pasaban por la calle supusieron que se había producido una reyerta en el interior. Y todas se agolparon a la entrada y la noticia corrió como el fuego a lo largo de la calle.

—¡Han visto a Pretty Boy! ¡Estaba aquí hace menos de un minuto!

Los hombres se volvían en distintas direcciones para buscar a Pretty Boy a lo largo de aquella calle que estaba tan bien alumbrada, pero eran demasiadas las personas que corrían e iban de un lado para otro sin saber cuál era la causa de la conmoción. Y resultó fácil para Pretty Boy escurrirse de allí sin ser descubierto.

La mujer que se hallaba en la *cafetería* estaba frenética entonces. El hombre que la acompañaba, decía:

—¡Por amor de Dios, Thelma! ¿Quieres que se entere Joe de que has estado en la población? ¿No puedes callarte?

Pero ella estaba sollozando.

—¡No me importa Joe! ¡Eso no importa ahora! He visto la cara de Pretty Boy. Había estado escuchando lo que decíamos. Le di una idea… ¡Dios mío! ¡Le he dado una idea! ¡Sí, sí!

Luchaba por salir al exterior, por ir en busca de un policía. El hombre la observaba con ojos llenos de temor, y luego se abrió paso entre la multitud y se alejó de la vida de Thelma.

Ella lloraba y gritaba. Y la multitud sorbía sus palabras.

—¡Pretty Boy matará esta noche a otra muchacha! —gritaba Thelma—. ¡Lo vi en su rostro! Va a hacer lo mismo que la otra vez para que todos creamos que está loco y no sea posible sentarlo en la silla eléctrica. ¡Va a desgarrar el cuerpo de otra mujer!

Un guardia llegó en aquel momento. La calle parecía haberse llenado de guardias.

Y dos manzanas más arriba, un hombre recordaba la cita que había concertado de modo superficial con una joven para las nueve de la noche. Faltaban dos minutos para la hora. Y de manera

inquieta, casi sin cuidarse de su seguridad, el hombre corría a lo largo de las atestadas aceras y hacía un esfuerzo para llegar a la hora convenida.

CAPÍTULO XII

Lanny recibió una inesperada llamada telefónica cuando se hallaba en su despacho del cuartelillo y observaba el paso de los hombres que se dirigían en busca de automóviles para unirse al Comité de Vigilancia. Había esperado que se inscribiesen algunos centenares, pero lo hicieron varios millares. Todos los hombres eran aceptados. Cuando habían sido identificados, se les incorporaba a algún grupo bajo la dirección de un policía. Todas las casas, las tiendas, los hoteles, los garajes… todos los lugares eran inspeccionados. Y un vigilante quedaba encargado de evitar que en la casa entrase nadie que no estuviera autorizado.

Lanny estaba pensando: «La situación no podrá durar mucho tiempo. Con todos esos Vigilantes, habremos registrado todo Freshwater antes de la medianoche. Pretty Boy se podría entregar en este mismo momento».

Y entonces fué cuando se produjo la llamada.

Una voz familiar sonó. Lanny no esperaba oírla. Era la del Jefe Myrtle.

El Jefe dijo:

—¿Bonnie?

—Todavía no sabemos nada —respondió Lanny. Y oyó que el Jefe suspiraba.

Luego, el Jefe comenzó a decir varias cosas con lentitud. Y en los primeros momentos Lanny no acertó a dar crédito a sus oídos.

—Me marcho, capitán. Abandono la partida —¡el Jefe Myrtle abandonando la partida sin una batalla final!—. Usted me oyó decir a mis hombres que preparasen las maletas. Me marcho de Freshwater en este mismo instante.

Lanny dijo con dulzura:

—¿Por qué? ¿Qué se propone usted hacer? Hasta hace pocos minutos, ha sido usted el hombre más poderoso de todo Freshwater. ¿Por qué se ha enfriado usted tan repentinamente, Jefe?

Una pausa. Luego, un gruñido:

—¡Al diablo todo ello! No me gustan esos hombres del
F. B. I.
El jefe me ha comunicado lo que le dijeron acerca de un granuja que manejaba al jefe de policía. Si los del
F. B. I.
saben tanto, es señal de que ya han comenzado a actuar. Creo que les llevo una ventaja… No me hago ilusiones respecto a los policías federales.

Lanny dijo, todavía de manera blanda:

—¿Bromea usted, Jefe? Usted dió aquella orden de marchar de Freshwater antes de hablar con el jefe.

A través del teléfono llegó un suspiro de Myrtle.

—Bien. Siga pensado que bromeo. Pero me voy… ¡ahora mismo!

—¿No será —preguntó Lanny—: que quiere usted evitar disgustos a Bonnie? Usted sabe que es probable que ella averigüe lo muy granuja que es usted. Y le destrozaría el corazón.

El Jefe le interrumpió.

—Hay algo de cierto en eso, capitán. Durante últimas horas, he comprobado algunas cosas. Una ellas es que las hijas crecen y quieren vivir sus vidas propias. Y yo quiero a mi hija —necesitó hacer un violento esfuerzo para pronunciar estas palabras—. Y creo que Bonnie no tendrá jamás ocasión de hallar para esposo un hombre decente mientras yo me halle a su lado… Me voy… porque no quiero que mi hija tenga por esposo a un granuja.

—¿No le seduce el ser un hombre importante?

—No me seduce cuando veo que el
F. B. I.
me sigue los pasos. Cuando se es perseguido por el
F. B. I.,
parece oírse de continuo el ruido de las puertas de hierro de esa cárcel grande que está cerca del río. Creo que ya es hora de recoger los anzuelos y marcharme a otro lugar tranquilamente. Ya he vivido mi vida, y creo que ahora estorbo el paso a la felicidad de mi hija.

Lanny se agitó con intranquilidad. No le gustaban los

sentimentalismos, y estaba oyendo muchísimos. Y replicó:

—Se lo advierto, Jefe. Tan pronto como haya usted vuelto la espalda, iré en busca de Bonnie y me casaré con ella. Es la mujer apropiada para mí. ¿Qué tiene usted que decirme respecto a esta cuestión?

El Jefe no respondió hasta después de haber transcurrido cierto tiempo. Después, dijo:

—No sé qué decirle, capitán. A ningún padre le agrada ver que su hija se dirige hacia otro hombre. Pero… sólo odio a usted porque es policía. Es posible que Bonnie encuentre en usted un hombre honrado y bueno.

Lanny se encontró diciendo:

—Gracias, Jefe.

Estaba sorprendido.

Y el Jefe le dijo que tenía que marcharse. Durante cierto tiempo, no se alejaría mucho de Freshwater con el fin de poder cuidarse de la seguridad de Bonnie. Pero creía que no sería mucho lo que podría hacer mientras aquellos hombres del
F. B. I.
se hallasen en la ciudad.

—¿Me hará el favor de decir todo a Bonnie, capitán? Dígala que si dispongo de libertad de movimientos, volveré a verla en alguna ocasión… quizá cuando usted no esté presente.

Había un acento gracioso en la voz del Jefe Myrtle.

Lanny dijo:

—Dígame una cosa, Jefe. Supongo que Bonnie debe de tener una cuenta corriente propia en algún Banco. ¿Sabe usted en cuál?

El Jefe se sorprendió.

—En no sé qué Banco de Green Hollow, me parece recordar… Debe de ser el East Coast Bank. ¿Por qué? ¿Piensa usted casarse con ella por su dinero?

Lanny respondió:

—No. Lo he preguntado por otra razón. Acaso lo sepa usted más adelante.

Y en su voz hubo temor. Aquella pequeña idea se albergaba en el fondo de su imaginación desde hacía una hora, sobré poco más o menos. Aquélla podría ser la explicación de la misteriosa desaparición de Bonnie. Acaso estuviera en el interior de la caja

fuerte… ¡Bonnie Myrtle! Lanny descendió en busca de su coche y se dirigió furiosamente a donde los hombres de la marina todavía estaban trabajando.

Si el Jefe Myrtle hubiera sabido lo que reposaba en la imaginación de Lanny, habría decidido correr el riesgo de permanecer en Freshwater, a pesar de la presencia de los representantes del
F. B. I.
Mas, puesto que no lo sabía, se puso en marcha sin apresuramientos y siguió la carretera del Oeste junto a sus orangutanes. Marchaba hacia la ocultación, pero no tenía necesidad de alarmarse de modo excesivo.

* * *

Maxie Christman iba al lado de Dimenza cuando corrían siguiendo la carretera del Oeste. Por espacio de las tres primeras millas, habían seguido la carretera principal. Luego, volvieron a la izquierda y continuaron por un camino accidentado que llevaba a una carretera polvorienta y sucia hasta llegar al distante Coast Bypass. Ya deberían de hallarse más allá del terreno guardado por la policía y tendrían el camino despejado hasta Nueva York.

La nostalgia se adueñaba de ellos al pensar en Nueva York. No estaban habituados a las ciudades pequeñas, como Freshwater, que no tenían rascacielos altivos ni calles de varias millas de longitud. En ellas se creían siempre descubiertos, como si estuvieran desnudos.

No se hallaban lejos de donde habían dado vuelta para alejarse de la carretera principal cuando Maxie Christman emitió un juramento y se volvió en su asiento. Marty Dimenza estaba pisando ya el freno.

—¡Obstáculos! —Gruñó de modo rechinante Maxie en tanto que desenfundaba la pistola—. ¡Maldición! Es una trampa —gritó.

Alguien, delante de ellos, estaba agitando una linterna como indicación para que se detuvieran. El puesto de policía de la carretera estaba integrado por dos largos «Sedans» que se hallaban detenidos diagonalmente. Para pasar entre ellos, se hacía preciso volver la dirección hacia un lado, enderezarla luego. Quien pudiera

hacerlo a una velocidad de cinco millas por hora podría jactarse de ser un gran conductor. Maxie sabía que Dimenza no lo era. Y, por otra parte, estaba asustado.

Marty, junto a Dimenza se había excitado. Le apoyó en los riñones el cañón de la pistola, y gritó:

—¡Maldito! ¡Nos has metido en la trampa! Has cobrado diez «de los grandes» por resolver las dificultades. ¿Qué diablos de solución es esto?

Eddie Eitel no perdió la serenidad.

—¡Da marcha atrás y vuelve luego el coche, Dim! ¡Por todos los diablos, haz algo!

Dimenza era hombre de lentas reacciones, pero detuvo el vehículo tan repentinamente, que la parte delantera estuvo casi a punto de clavarse en tierra. Luego, comenzó a dar marcha atrás.

Un policía se acercaba gritando y pistola en mano. Tras él, se hallaban varios Vigilantes provistos de escopetas. Lanny había situado astutamente a varios policías en las cercanías de la población con el fin de que pudieran vigilar las carreteras secundarias. Y los atracadores del Banco habían caído de manera ciega en la trampa.

Eddy abrió el fuego desde el asiento posterior al disparar a través del parabrisas, Christman y Dimenza se agacharon cuando los cristales rotos cayeron a su alrededor. El policía no continuó corriendo hacia delante, sino que se detuvo y volvió atrás para fundirse con la obscuridad. Los Vigilantes, en su mayor parte hombres de edad, revelaron repentinamente unos maravillosos dones de rápidos corredores.

Los atracadores corrían hacia atrás a gran velocidad, cuando algo que debía de ser una pistola gigantesca, disparó desde la parte posterior e hizo que una de las cámaras reventase. El automóvil se desvió con brusquedad y salió de la carretera. En aquel momento, cayeron sobre ellos las luces de un «Sedan» que surgió de las sombras a gran velocidad.

Eddy abrió la puerta, saltó a tierra y gritó:

—¡Huyamos! ¡Hemos caído en una trampa!

Y disparó contra los faros, cuya luz caía plenamente sobre ellos. Y unos cristales se rompieron. Luego, le contestó una descarga de pistolas.

Algo le hirió en el hombro, y perdió la pistola entre la obscuridad mientras corría para librarse de la luz de los dos faros. Oyó que sus compañeros corrían detrás de él.

Luego, los Vigilantes abrieron fuego con sus escopetas. El estrépito parecía indicar que se había iniciado una guerra. No había tanta obscuridad como para que no pudiera verse detrás del resplandor de los faros. Y Eddy corrió hacia una confusa masa de vegetación que podría ser el seto protector de algún jardín particular.

Maxie Christman, sin dejar de jurar de modo iracundo, vaciaba el almacén de su arma contra el «Sedan». Un rojo fuego lo contestó, y el plomo silbó por encima de él y a su lado. Corrió para alejarse de Eddy. Boy Fehse huía también. Alan Ladd se había visto acometido por un temor pánico y corría y dejaba a los otros atracadores que se defendiesen como pudieran.

Gino Lucci, gordo y carnoso, no estaba seguro de la dirección que seguía. Disparó un par de veces contra el automóvil, y luego se volvió para hacer disparos contra los agazapados Vigilantes. Éstos se le adelantaron. Dos o tres escopetazos sonaron al mismo tiempo. Probablemente, le alcanzaron en el rostro todas las perdigonadas. Fué afortunado para él que se hallase en aquel momento a una distancia de treinta o cuarenta yardas de los que las dispararon.

De todos modos, se llevó las manos a la cara y comenzó a gritar. Luego, empezó a andar vacilantemente de un lado para otro en tanto que las luces blancas del gran «Sedan» que se hallaba a sus espaldas lo iluminaban con su claridad. Nadie se fijó en él, nadie le prestó atención. Nadie se cuidó de él al verlo huir con desorientación. De cualquier modo, gritaba con tanta fuerza, que todos supieron que aun conservaba y seguiría conservando la fortaleza, suficiente para cumplir en prisión la pena que se le impusiese.

Al fin, tropezó con el «Sedan», que estaba desocupado, no siendo por la presencia del hombre que se hallaba sentado detrás del volante. Gino estiró un brazo y tocó un grueso abrigo. Y entonces pronunció muchas palabras italianas y dijo:

—¡Por amor de Dios! ¿Por qué no haces algo? ¡Me han vaciado los ojos! ¿No lo ves?

Pero el conductor no respondió. Estaba muerto. Aquella primera

bala de Eddy Eitel le había perforado la cabeza.

Y en una zanja, un hombre de bigote y continente militares, se arrastraba con una pierna quebrada y murmuraba:

—¡Jesucristo! ¡Nos hemos metido en la boca del lobo! ¡Los policías federales llegaron aquí antes que nosotros!

* * *

Eddy se apoyó en una verja. Alguien se arrastraba por una zanja, debajo de él, alguien que se movía con desorientación entre las matas. Eddy había perdido mucha sangre y no podría moverse hasta después de haber descansado. Atrás, en la carretera, continuaba el tiroteo entre los hombres maduros que llevaban escopetas de caza y una pareja de los orangutanes que ocuparon el «Sedan». Era algo que Eddy no podía comprender, pero tampoco estaba en condiciones de pensarlo.

Estaba observando al hombre que se arrastraba a sus pies. La luna salió en aquel instante, y Eddy pudo ver la calva cabeza y los ojos agudos de Marty Dimenza. Con aquellas mejillas planas y grandes, parecía más una rata que nunca.

Bright llegó a todo correr a los arbustos, entonces. Estaba sonriendo con aquella sonrisa inexpresiva y vacua que le descubría por completo los dientes. Y sus ojos miraban al mismo tiempo a todas partes con excitación. Se contuvo al ver a Eddy apoyado en la cerca, pero nada dijo.

Marty Dimenza debía de haber oído el ruido que se producía sobre él, pero estaba dominado por el temor y continuó arrastrándose por la zanja. Cuando se halló debajo de Eddy, el jefe de los atracadores levantó un píe, lo dejó caer y le pisó el cuello.

Dimenza experimentó dolor y comenzó a defenderse.

—Estate quieto… si no quieres que te abra un agujero en la cabeza —le dijo Eddy.

El dolor que le producía aquella bota que le presionaba detrás de la oreja continuó atormentando a Marty Dimenza. Y la bota continuó hundiéndole la cabeza en la blandura de la tierra húmeda, mas Marty dejó instantáneamente de defenderse.

Eddy no tenía pistola, pero Bright conservaba la suya. Eddy podía ver en ella el brillo de la luz de la luna. E hizo una seña a

Bright para que se aproximase.

Y al mismo tiempo, estaba diciendo con voz ronca y hostil a Dimenza:

—Tú ibas a arreglar la cuestión, ¿eh? Cogiste los diez «grandes» y nos metiste en una trampa, ¿eh? Eres una rata grande, Marty, y yo sé lo que debe hacerse a las ratas.

Estaba haciendo nuevas señas a Bright, mas Bright no las comprendió en los primeros momentos.

Dimenza fué presa del temor y su voz ahogada subió hasta Eddy.

—¡Por todos los diablos, Eddy! ¡No cometas ninguna locura! Tú me conoces y sabes que no soy capaz de hacer lo que dices. ¡Te lo juro! Creí que el camino estaba despejado.

Eddy respondió brutalmente:

—Estoy seguro de que creías que estaba despejado. —¿Por qué demonios no comprendía Bright lo que se le indicaba?—. Nos condujiste rectamente a un puesto de vigilancia. Y detrás de nosotros iba un automóvil cargado de hombres del
F. B. I.
que nos siguió desde la ciudad. ¿Cómo podrían habernos descubierto si no hubieran recibido una delación? ¿Y quién pudo delatarnos? Sólo tú, Dim, sólo tú.

Bright comenzaba a comprender. Y llegó con lentitud y se situó al lado de Eddy. Tenía el rostro más inexpresivo que habitualmente bajo la blanca luz de la luna Eddy se apoyó de espaldas en el muro de la zanja con todo su peso sobre el pie que mantenía hundido el rostro de Marty Dimenza. No disponía de la fuerza necesaria para continuar haciéndolo mucho tiempo, pero quería sostener la martirizadora presión un minuto más. E indicó silenciosamente a Bright lo que quería que hiciese.

Dimenza se aterrorizó, aun cuando no había visto a Bright.

—No he hecho nada malo, Eddy, no se lo he dicho nadie.

Grandote, huesudo, con la cabeza vacía, Bright se estaba arrodillando junto a él.

—No deberías sospechar de mí, Eddy. No sospecharías si supieras cuanto trabajo me costó arreglar la cuestión. Me han hecho traición.

La voz velada ascendía entre espasmos. Aquel píe producía dolor. Dimenza hubo de moverse para librarse de la presión. Eddy,

demasiado débil para que pudiera conservar el equilibrio, hizo unos gestos frenéticos con la mano útil.

Bright apoyó la pistola en la cabeza de Dimenza, levantó la suya, sonrió estúpidamente y oprimió el gatillo.

Eddy percibió que un espasmo recorría el cuerpo de Dimenza, levantó el pie de aquel grueso cuello y se deslizó hasta caer en la zanja. Y allí se habría quedado si Bright no lo hubiera levantado y comenzado a arrastrarlo por entre los árboles que se erguían más allá de la cerca.

Bright estaba diciendo:

—Creo que ha sido bastante para Dim, ¿verdad? ¡Cuánto me gusta matar gente! ¿Hay alguien más a quien quieras matar, Eddy? —Y añadió ansiosamente—: ¿Me dejas que mate alguna persona más? ¿Uno o dos guardias? ¡Tengo que matar a alguien más! ¡Te digo que tengo una pistola y que todavía puedo matar a alguien más!

Y dejó que Eddy se deslizase hasta caer a tierra. Estaba gritando de manera ruidosa y sus voces llegaban hasta la carretera. Unos Vigilantes sé acercaron a todo correr. Eddy estaba caído en la fría tierra y experimentaba la impresión de que la vida se le escapaba por la arteria desgarrada. Estaba soñoliento, cansado. Lo único que podía pensar era: «Y eso, ¿qué…? ¿Qué importa? De todos modos, habré muerto dentro de media hora». Y a Eddy Eitel no le parecía en aquellos momentos que la muerte fuese una cosa muy mala.

Bright comenzó a disparar. Alguien, probablemente el policía, respondió con el fuego de un revólver. Y después, los hombres que llevaban escopetas de caza. La escena no duró mucho tiempo. Bright permaneció en pie, con la cara inexpresiva y gesticulante, hasta que tuvo tanto plomo en el cuerpo, que ya no pudo soportar su peso. Y entonces, las piernas se le doblaron y disparó por última vez.

Y este fué el fin de Bright, pistolero y atracador de Bancos.

CAPÍTULO XIII

Pretty Boy descendía por la carretera del puerto cuando su reloj marcaba las nueve y cinco minutos. Ya podía ver la alta torre del reloj que se elevaba al final del paseo que tenía forma de media luna. No estaba a más de dos minutos de distancia. Pero tardó más tiempo, mucho más tiempo en recorrerla. Las distancias son muy engañosas. Y eran casi las nueve y cuarto cuando llegaba a la gran tienda de Tissdan, que estaba frente a la torre.

Iba casi corriendo. Y corriendo cubrió las últimas doscientas yardas. Con ello atrajo sobre sí la atención, pero no se inquietó. Probablemente, salió con bien de aquella aventura a causa de su atrevimiento, puesto que iba tan deprisa, que la gente no tenía tiempo para verle la cara.

Vió que la muchacha estaba al otro lado de la bien iluminada calzada. Se hallaba allá, en píe, esperando. Y por el modo de que miraba a su alrededor podía comprenderse que estaba disgustada por la ausencia de él.

Pretty Boy comenzó a cruzar el arroyo, pero en aquel momento se encendieron las luces que señalaban el paso de vehículos, y hubo de retroceder. Cuando los automóviles hubieron pasado, Pretty Boy cruzó corriendo el arroyo con una sonrisa y una expresión de disculpa en el hermoso rostro.

Y la vio. Ella había renunciado a la espera y estaba subiendo a un autobús suburbano, desencantada y desilusionada. Aquella noche, lloraría sobre la almohada porque un hombre tan guapo no la había conducido por la senda del jardín del amor.

El rostro de Pretty Boy se contrajo con indignación al ver que el autobús emprendía la marcha. ¡Aquella muchacha, que habría debido morir, podría haberle salvado la vida! Esto pensó Pretty Boy.

Y estaba furiosamente indignado contra la joven y creyó que no se había portado de manera decente con él.

Y caminó ciegamente a lo largo de la calzada. En su indignación, ni siquiera se cuidó de saber a dónde iba en los primeros momentos. Y luego, tropezó con un hombrecillo al que casi aplastó. Y el hombre se enfadó y le insultó y atrajo la atención. Y al observarlo, Pretty Boy se dió cuenta de la situación y reanudó la marcha con mayor cautela.

No sabía a dónde iba. No le importaba. Lo único que sabía era que necesitaba a una muchacha con el fin de salvarse la vida. Y no eran muchas las que aquella noche recorrían las calles sin compañía…

Y se detuvo. Se hallaba ante una tienda de la que salía un intenso olor a antisépticos. Miró a su interior.

Sola en la tienda se hallaba la muchacha de la bata blanca que aquella misma tarde le había puesto una pomada en el cuello.

Pretty Boy entró. La tienda estaba bien alumbrada. El hombre supo que corría un riesgo grande. Pero su confianza no decayó. Las dependientas de las tiendas no disponen de tiempo para mirar las fotografías de los periódicos y seguir los últimos acontecimientos como los restantes ciudadanos. Y, por otra parte, aquella joven no podría espetar que Pretty Boy caminase tan abiertamente hacia ella.

Ella lo miró, y una sonrisa de reconocimiento iluminó su rostro. Acaso hubiera detrás de aquella sonrisa una expresión de intriga, además. Esa expresión que se adopta cuando se cree que debe reconocerse a la persona a quien se tiene delante.

Pero la joven continuó sonriendo. Y esto fué suficiente para él. Pretty Boy volvió a ser en el acto el hombre placentero y tranquilo que era.

—He pensado que sería conveniente cuidarme de estas molestias —dijo, sonriendo—. ¿Querrá usted hacerme el favor…?

Ella abrió y cerró los párpados repetidamente. Siempre que Pretty Boy sonreía, conseguía aquel mismo resultado. Ella le retiró el esparadrapo con aquellos dedos fríos… Pretty Boy pensó sin conmoverse que estarían mucho más fríos al cabo de una o dos horas.

Luego, un nuevo esparadrapo quedó colocado en lugar del antiguo. Cuando la operación hubo concluido y estuvo pagada,

Pretty Boy se entretuvo como si hallase agradable aquella compañía. Y la muchacha se entretuvo, también, como si aquella compañía le fuese agradable.

Y por esta causa, Pretty Boy dijo, con dulzura:

—Supongo que no tardará usted mucho tiempo en dar fin a su trabajo. ¿No le agradaría que cenásemos juntos en algún hotel?

La joven respondió con gazmoñería:

—¡Oh! Me gustaría mucho.

El corazón de Pretty Boy se inundó de alegría.

—Muy bien. Dígame a qué hora he de venir a buscarla.

Pero la mujer estaba mirando hacia un tabique acristalado que partía la tienda. Y volvió a hablar con la misma gazmoñería que anteriormente.

—Será preferible que lo pregunte a… mi esposo, que está ahí.

Pretty Boy experimentó un ardiente deseo de acometerla a golpes. Retrocedió y se sorprendió al observar el cambio que se había operado en aquel hermoso rostro. Se volvió repentinamente, y dejó a la sobresaltada, pálida y atemorizada joven la decisión de decirlo o no decirlo a su esposo…

Fuera, en la acera, que no estaba tan brillantemente alumbrada como la tienda cuando las luces exteriores de ésta fueron apagadas, Pretty Boy se detuvo al oír de nuevo la conocida voz que brotaba del amplificador de sonido.

—Un aviso de la policía. ¡Atención! Pretty Boy ha sido visto otra vez en Freshwater. Se advierte a las mujeres que no se dejen acompañar por desconocidos. Ese hombre es peligroso y se supone que tiene el proyecto de matar esta noche a otra mujer. Se advierte a las mujeres…

Pretty Boy miró el automóvil espantadamente. Todo ello le parecía injusto para con él. Se sintió ofendido. Poniendo en guardia a las mujeres, le creaban dificultades. ¿Qué probabilidades le restaban de alegar en su descargo la causa eximente de la locura? El furor se apoderó de él. Estaba haciendo gestos de desprecio y de amenaza mientras se alejaba del automóvil. Y entonces, oyó un mensaje más que transmitía el altavoz.

—¡Atención a todos los motoristas! Se os pide que circuléis por las calles con las luces de vuestros vehículos encendidas. Necesitamos que ilumineis con vuestros faros todos los rincones

obscuros de Freshwater. Pretty Boy necesita una víctima… y también necesita la obscuridad. ¡No le permitáis que tenga nada de eso!

En el acto, una luz brillante lanzó su haz de rayos contra el rostro de Pretty Boy. Un ciudadano había encendido los faros de su automóvil, que se hallaba detenido en la calle. Pretty Boy tomó una dirección lateral y se introdujo en una callejuela que estaba pobremente iluminada porque pertenecía a la sección de los almacenes de la ciudad. No había recorrido aun cincuenta yardas cuando su cuerpo arrojó ante él una larga sombra. Un automóvil había aparecido en el extremo de la callejuela.

Un poco más adelante, Pretty Boy se volvió hacia la derecha… y cayó en la zona de luz de unos nuevos faros. Volvió atrás. Prefería las luces que no brillaban directamente sobre su rostro.

Donde terminaban los almacenes, había una zona de terreno desolada, ancha. Pretty Boy estaba rodeándola cuando vió unas luces que se dirigían hacia el cielo. Las luces descendieron e iluminaron la zona desolada. Unos segundos más tarde, otro automóvil se colocaba en la preconcebida dirección. Cuando Pretty Boy llegó al otro extremo del ancho solar, había a su alrededor un círculo de automóviles son los faros encendidos. Y la luz que había en el lugar era tan intensa, que el hecho de cruzarlo habría equivalido a presentarse en un escenario.

Pretty Boy se dirigió a los suburbios, donde no había muchas personas por las calles. A la puerta de muchas casas se encontraban unos grupos que conversaban animadamente. Pretty Boy supuso que en aquellos grupos habría policías y Vigilantes, pero continuó caminando atrevidamente y nadie sospechó de él.

Subió una pendiente que estaba rodeada de arbustos. Se encontraba desesperado. Al mirar atrás, veía que Freshwater resplandecía con el halo de luz que se reflejaba de los millares de faros que estaban encendidos. Y la claridad parecía acercarse más a él a cada momento que transcurría, como si lo persiguiera.

Sabía que aquello ya no podría durar mucho tiempo. Las luces no tardarían en forzarle a dirigirse a donde se hallaban los piquetes de Vigilantes y policías, el cordón de vigilancia, por donde no podría pasar sin que le fuese examinado el rostro con detención.

El tiempo le volvía la espalda, estaba en contra suya. La

desesperación le atenazaba como una fiebre y lo obligaba a correr alocadamente…

Y de pronto, supo que todo había terminado para él. Lo supo cuando las luces de aquel automóvil cayeron con plenitud sobre su rostro.

Estaba dando vuelta a una esquina. Una muchacha cruzaba en dirección contraria, hacia donde él se hallaba. Sus caminos debían encontrarse. Era una joven esbelta, delgada, tan llamativa como una *estrella de cine* con sus pinturas y sus labios encendidos y sus claras ropas.

Y cuando vió aquella cara, Pretty Boy la reconoció. Era la de la vendedora de tabacos de la estación, la que le había vendido un paquete de cigarrillos.

Había otras personas en las cercanías. No muchas, pero la calle no estaba desierta. Y esto fue tranquilizador. La muchacha habría corrido si se hubiera hallado a solas en la calle con un desconocido que la hablase la noche en que se sabía que Pretty Boy estaba en la ciudad.

Pero Pretty Boy acertó desde el primer momento a conducir la conversación. Tenía habilidad para conseguirlo.

Y dijo alegremente y mucho antes de hallarse muy cerca de ella.

—¡Eh, oiga! ¿Ha vendido ya todos los *Luckys*?

Fué una frase oportuna, una frase que pareció indicar a la muchacha que el hombre que se hallaba ante ella era conocido suyo. Y nadie se asusta de las personas que nos conocen bien.

Ella se tranquilizó. No podía ver la cara de él, pero había visto ya lo suficiente para sentirse confiada y satisfecha. Pretty Boy tenía un perfil bonito.

Ella descubrió los dientes al dibujar una sonrisa que tenía, la marca de Hollywood. Llevaba muy pintados los labios. Y él no se aproximó a ella mientras ambos caminaban por la acera. Una yarda de separación podía ser considerada como una distancia tranquilizadora para una joven que iba sola.

Pretty Boy se preguntaba si la joven habría oído las advertencias que divulgaba el automóvil de la policía, si no habría tenido noticia de las recomendaciones que se hacían a las mujeres para que no se dejasen acompañar por desconocidos.

—¿Vive usted cerca de aquí? —preguntó él.

—Sí —respondió ella al mismo tiempo que sonreía de modo exagerado—. Un par de manzanas más arriba.

Era una mujer de la clase de las que son capaces de mascar goma si se les ofrece.

—¡Bien! —dijo él, fingiendo asombro—. ¡Nunca sabemos nada! No he dejado de ir todos los días a comprar a usted, desde hace una semana o dos, un paquete de *Lucky*, ni he cesado de preguntarme dónde viviría usted. Y ahora descubro que vive cerca de mi casa, casi en la puerta de al lado —todo aquello era muy tranquilizador, según pudo ver Pretty Boy. Y halagador—. Usted se acuerda de mí, ¿no es cierto? —añadió—. Soy el parroquiano que siempre pide *Lucky*.

—Sí —repuso ella—. Sé siempre que le veo acercarse al mostrador que pedirá *Lucky*.

Pretty cesó entonces de estar preocupado. De todos modos, no forzó los acontecimientos. De repente, ella se detuvo ante una casa y señaló una ventana iluminada.

—Ahí vivo —dijo—. Ahí está mamá, supongo. Debe de estar preparando la cena.

Pero no entró.

Pretty volvió la mirada hacia el horizonte, en el que había una aureola de luz. Aquellos malditos automóviles alumbraban todos los sitios, y se acercaban con rapidez, porque al difundirse la noticia, los dueños de automóviles encerrados los sacaban a las calles para contribuir a la persecución. Al otro lado, frente a la casa, había una zona muy poco iluminada… todavía.

Y dijo:

—Andan buscando a ese hombre, a Pretty Boy. La caza continúa. ¡Estoy seguro de que lo atraparán! ¡Cuánto me gustaría estar presente cuando lo detengan! —Y bajó la voz hasta convertirla casi en un aullido salvaje—. Iba a la ciudad para ver la marcha de los acontecimientos cuando me encontré con usted.

Ella no picó el cebo.

Y él se volvió para alejarse. Y luego, dudó.

—¿Viene usted?

Y ella vaciló, a su vez, mientras miraba la ventana del piso alto.

—¿No quiere ver a Pretty Boy cuando lo cojan?

Pretty Boy observó que la joven se entregaba a su petición. Pero

aun continuaba mirando aquella luz, como si la atrajese.

Pretty Boy, dijo:

—Me voy. ¡No querría perderme el espectáculo por nada de este mundo!

Y hasta salió al arroyo para dar más fuerza a la farsa que representaba. Y un instante después, comenzaba a sudar. ¡Aquellas malditas luces de los automóviles no estaban muy lejanas! No tardarían mucho tiempo en brillar sobre él, cualquiera que fuese la orientación que tomase.

Ella se acercó un poco más a él.

—¡Bah! No se acuerde de la cena con mamá.

Y lo dijo de modo familiar.

—Oiga, venga conmigo. Y cenaremos en algún restaurante cuando hayamos visto poner las esposas a Pretty Boy. ¿Sí?

La joven asintió. Había tomado una repentina resolución. Y se adelantó hacía Pretty Boy. Cuando ambos daban vuelta para entrar en la calle que estaba poco alumbrada, un par de faros resplandecientes se volvió en dirección al sitio en que ambos se hallaron un momento antes. El cerco se cerraba con rapidez.

Unas pisadas ligeras sonaron a lo largo de la acera. El hombre y la mujer se detuvieron. La luz brillaba en aquella habitación que daba a la callejuela tan pobremente iluminada. Una mujer colocaba sobre la mesa los cubiertos para la comida.

Al cabo de poco tiempo, alguien continuó caminando… casi saltando… a lo largo de la callejuela en que la luz era tan escasa.

Y la fiebre comenzó a abandonar a Pretty Boy en aquel instante. Aquella excitación exultante, silvestre, que una vez hubo en su vida, llegó otra vez a su cúspide y halló satisfacción nuevamente.

Capítulo XIV

Lanny se detuvo ante la maciza caja de hierro y habló con el cansado oficial de marina. Dijo:

—Se ha echado de menos a una joven. Tiene su cuenta corriente aquí. Tengo el presentimiento… el mal presentimiento… de que la hallaremos en el interior de la caja.

El oficial de marina se quitó el cigarrillo de la boca y se volvió para formular una pregunta:

—¿Conoce usted a esa joven?

—Sí —respondió Lanny mientras miraba la pesada puerta y el triste y pequeño orificio que había sido abierto al cabo de tantas horas de doloroso trabajo—. Sí —repitió—. Es mi mejor amiga.

El oficial miró sostenidamente su cigarrillo e intentó pensar algo consolador.

—He visto casos parecidos en otras ocasiones —dijo—. Un submarino que se hundió en Dagarra Reef. Se asombraría usted si supiera cuánto vivieron los que estaban encerrados, con una atmósfera que tenía más dióxido sulfúrico, que oxígeno. Todavía hay esperanzas de que estén vivas las personas que se hallan encerradas aquí.

Lanny dijo:

—Es posible. Es posible que tenga usted razón. Pero ¿cómo estarán cuando llegue el momento en que podamos introducir un delgado tubo para proporcionarles aire?

El oficial de marina quedó silencioso. No pudo pensar nada más que decir. Por esta causa, se volvió, cogió de nuevo el soplete, encendió el cigarrillo con él y comenzó a quemar el metal.

Lanny permaneció allí hasta el momento en que ya no pudo soportar más la ansiedad. Y luego, regresó al cuartelillo con el fin

de que pudiera ser hallado allá en caso de necesidad.

Y allí se hallaba cuando llegó un mensaje en el que se le comunicaba que habían llegado dos automóviles a un punto de la carretera, donde se habían detenido y se estaba librando una batalla. Ya se había puesto en camino en otro automóvil, cuando recibió el mensaje que decía que todo había concluido.

Llegó al punto designado, examinó los cadáveres que se alineaban sobre el cemento del suelo, hizo algunas preguntas y regresó a la población. El policía que se hallaba prestando guardia en la carretera le dijo que creía que dos de los malhechores habían logrado huir. Lanny dijo que no tardarían mucho tiempo en ser detenidos. Y miró el blanco resplandor que se elevaba sobre la ciudad. Se hallaba en el cuartelillo esperando las últimas noticias, cuando llegó un automóvil que conducía al herido Maxie Christman y a otro hombre de rostro cubierto de palidez y terriblemente amedrentado, que era Alan Ladd. Boy Fehse estaba despertando de un sueño que se había convertido en una pesadilla.

Luego, llegó otro mensaje qué originó una gran confusión en todo el edificio. La conmoción que se produjo fué tan grande, que todos los estrépitos anteriores semejaron solamente ligeros murmullos.

Todos los hombres fueron corriendo de habitación en habitación gritando el mensaje, repitiéndolo unos para otros. Después, se reunieron y hablaron de modo atropellado. Y a continuación comenzaron a correr de nuevo sin fin ni objeto, deseosos de hacer, algo.

Una llamada por radio había llegado desde un automóvil de patrulla.

Pretty Boy había descargado un nuevo golpe.

Un automóvil qué colaboraba en la persecución se había introducido en una callejuela. El conductor se apeó y encontró un cadáver que se hallaba en el quicio de una puerta. E inmediatamente había corrido a llamar a la policía.

Llegaron nuevos mensajes que reconstruyeron el cuadro. Era el cadáver de una muchacha. Todavía no estaba frío. La joven no habría muerto muchos minutos antes.

Pues había sido asesinada. No podía dudarse. Había muerto asfixiándose, con una angustia que no pudo publicar a causa de la

mordaza que le apretaba la boca.

Cuando hubo obtenido los detalles, Lanny dijo:

—Esa muerte es obra de Pretty Boy. De ese mismo modo murió la muchacha de Nueva York.

El sargento Aubie Gillis estaba presente, siempre alrededor de Lanny. Se había hecho amigo de él en las últimas horas, casi desde el mismo momento en que recibió los rumores de que el jefe se deslizaba por una pendiente peligrosa. «No le habrá de servir para mucho», pensó Lanny.

Gillis dijo:

—Ese hombre debe de estar loco. Sólo un loco haría una cosa semejante. ¡Diablos! Cuanto más malos son esos hombres, tantas más probabilidades tienen de conservar el pescuezo.

—Acaso haya sucedido lo que suponíamos —dijo Lanny—. Acaso sea ésa la razón de la muerte de esta pobre muchacha. Ha muerto porque Pretty Boy necesitaba sentar las bases de una causa eximente de responsabilidad. Es probable que Pretty Boy estuviera en Europa hace algunos años, cuando otro hombre intento hacer lo mismo.

—¿Qué sucedió? ¿Lo achicharraron en la silla eléctrica?

—No lo achicharraron —respondió Lanny con ácido humor—. Le estiraron el pescuezo hasta que tuvo una longitud de una yarda. Así proceden allá. Pero Pretty Boy… No, no conseguirá imponer su farsa de locura. Puede usted tener la seguridad de que lo enviarán al «freidero».

Y bajó las escaleras. Se puso en camino hacia el lugar en que habían hallado el cadáver de la joven. La descripción que se había hecho podría servir para designar casi a todas las muchachas de la población… a casi todas las rubias, es claro. Y Bonnie era rubia…

Cuando se hallaba a punto de salir de su despacho, llegó alguien que iba abriéndose paso entre los grupos que se apelotonaban, en el exterior. No llevaba chaqueta, y era un hombre guapo, limpio. Estaba sonriendo con una sonrisa tranquila, grata, alegre. Y así continuó mientras hablaba con el sargento.

Y dijo:

—Soy Pretty Boy.

El sargento dijo:

—¡Claro, claro!

Y continuó escribiendo.

Lanny lo oyó, se volvió y lo miró rectamente al rostro. Y sacó de la funda la pistola, mas no apuntó a Pretty Boy, sino a la puerta, detrás de la cual se congregaba una multitud hosca y numerosa.

Y dijo, de manera ronca:

—Sargento, salga de ahí. Lleve a este hombre a una celda donde pueda estar seguro. ¡Demonios! Si esa muchedumbre que está ahí supiera quién es, tendríamos un cadáver entre las manos… en el caso de que pudiéramos reconstruirlo con sus pedazos.

El sargento lo miró por encima de los cristales de las gafas, se levantó e hizo lo que se le ordenaba. Lo hizo con tanta rapidez que, aun cuando se hallaban a la vista de tanta gente, nadie se dió cuenta de lo que sucedía.

Llevaron a Pretty Boy a una celda. Y Pretty Boy, al escuchar el aullido de la multitud, que se elevó cuando se extendió la noticia de su detención, se tranquilizó y pensó que era muy ingeniosa. Aquellos seres podrían rugir, hasta desgañitarse. Donde se hallaba, no podrían poner las manos sobre él…

No podían. Pero el Tío Sam podía. Y lo hizo…

* * *

Lanny ordenó la retirada de los Vigilantes y envió a sus cansados ayudantes a descansar a sus casas. Luego, fué a ver a la última víctima de Pretty Boy. Y después, se dirigió a Green Hollow.

Fué un gran consuelo la seguridad de que el cadáver que se había hallado no era el de Bonnie Myrtle. Pero esto no disipó su temor, el temor que le oprimía el corazón en tanto que se aproximaba al Banco. Que Bonnie pudiera estar muriendo de un modo casi igualmente doloroso en aquellos mismos momentos.

Permaneció sentado por espacio de media hora sin apartar la mirada ni un solo instante de los trabajadores que quemaban la puerta de la caja fuerte. En varias ocasiones —cuando se apagaban las brillantes luces de los reflectores que encendieron los operadores cinematográficos—, creyó ver que la puerta se abría. Y al ponerse en pie y acercarse para decir algo, comprobaba que la puerta estaba tan cerrada como antes. El oficial de marina que estaba más próximo a él se dió cuenta de esto y le dijo:

—A mí también me acomete la misma alucinación. Pero creo que aun deberemos esperar unas seis horas más hasta el momento en que podamos pasar un tubo al interior de la caja. No lo conseguiremos muy pronto. Cuando lo hagamos, faltarán muy nocas horas para que llegue el instante en que este maldito chisme se abra por sí mismo.

—Sí, lo mismo creo —dijo Lanny—. Y la creencia no me tranquiliza.

Scheer se había acercado a ellos. Su labor estaba perfectamente planeada. Y dijo, compasivamente:

—Es posible que su amiguita no esté en esa caja, capitán.

—¿Sí? —replicó Lanny—. Entonces, ¿dónde diablos está?

Después de esto, permaneció sentado por espacio de diez minutos y hundido en el silencio. La puerta produjo unos ruidos extraños.

Y al cabo de cierto tiempo, los ruidos que produjo fueron más extraños y más intensos.

Ninguno de los hombres dijo nada, porque todos supieron que todos experimentaban la misma impresión al mismo tiempo. La puerta parecía haber comenzado a abrirse con extremada lentitud. Todos ellos habían visto lo mismo antes. Pero aquella vez parecía abrirse más que las anteriores. Y esto era disparatado, puesto que la puerta no podría abrirse antes de la hora fijada anteriormente, al cerrarla, a las ocho de la mañana, para lo cual faltaban todavía diez horas.

Y la puerta parecía continuar girando de modo tan irresistible, que hasta rechazó a los marinos que sostenían los sopletes y los empujó hacia atrás.

—¡Dios mío! —exclamó Scheer—. ¿Qué ha sucedido?

Y lo dijo porque estaban mirando al interior de la caja. Detrás de ellos, sonaban insistentemente los obturadores de las cámaras fotográficas y de las cinematográficas. Y los noticieros de la radio gritaban para sobreponerse a las voces de sus competidores con el fin de imponer su voz y divulgar sus impresiones e informar a todo el continente americano. Y en el interior de la caja se veía un montón de cuerpos humanos sobre los cuales se hallaba el de un hombre de espaldas curvadas. Lanny vió que este hombre era Czanik, el checo que dirigía el Banco.

Y vieron que estaba vivo.

Todos se aproximaron con celeridad y comenzaron a extraer cuerpos. Lanny se hallaba allí y registraba entre el montón de seres. Cuando se enderezó, a pesar de la angustia que lo atenazaba, había un consuelo en su corazón. Todos los que estaban en el interior de la caja eran hombres. Por lo menos, Bonnie Myrtle no había sido encerrada en aquel ataúd colectivo para que muriera.

La ambulancia sanitaria, que esperaba en el exterior, se aproximó. Once hombres estaban en la caja. Dos de ellos habían muerto. Los restantes, no se hallaban lejos de estarlo. De modo milagroso, cuando el aire fresco de la noche entró en sus pulmones, los últimos se agitaron y gimieron. Como había dicho el oficial de marina, era mucho lo que la naturaleza humana puede resistir.

Czanik habló un poco. Uno de los camilleros lo tendió sobre una manta, y dijo:

—La Dama Suerte les ha dirigido una sonrisa esta noche al abrir la puerta antes de la hora debida.

Czanik se estremeció y respondió:

—¡Nada de Dama Suerte! Comprendí lo que iba a suceder, coloqué al portero delante de mí y comencé a dar vuelta a los discos marcadores. El portero tuvo el juicio necesario para no moverse, pero los atracadores nos obligaron a entrar en la caja antes de que hubiera podido dar vuelta a todos los marcadores.

—Un hombre ingenioso y lleno de recursos —dijo Lanny, al mismo tiempo que se separaba de allí en unión de Scheer.

En la acera, viendo las ambulancias, dudaron un poco.

—Con esto termina la noche de trabajo para mí —dijo Scheer—. ¿Y para usted…?

Lanny estaba pensando en Bonnie.

—Iré a mi casa para ducharme y ponerme una camisa limpia —dijo—. No dormiré hasta que sepa lo que haya sucedido a Bonnie Myrtle.

Lo mismo que antes, la tranquilidad no prevaleció mucho tiempo en su ánimo. Unas nuevas dudas atormentadoras la substituyeron. Lanny pensaba: «Es posible que Pretty Boy esté loco. Es posible que haya matado a alguien más antes de entregarse. Es posible que Bonnie esté muerta en algún lugar que no conocemos».

Se movió con rapidez para deshacerse de estos pensamientos

atormentadores, subió a su automóvil y se dirigió a toda marcha a su casa. Abandonó el automóvil a la puerta y entró en el ascensor. Y luego, entró en su piso.

Bonnie se hallaba allí dispuesta para salir. Lanny la oyó hablar como si lo hiciera desde una distancia muy larga, y se dejó caer en una silla y no la escuchó, sino se limitó a mirarla y permitir que la alegría lo inundase. Y la acogió entre los brazos y recibió el largo beso que ella le dió…

No importaba que Bonnie se entregase a arrebatos de indignación y malhumor y le dirigiese reproches dolorosos. Lo único que importaba era que Bonnie, por quien toda la ciudad había sido revuelta, estaba ante él, viva y buena, en su casa… donde todo parecía indicar que había permanecido durante el largo tiempo de su desaparición.

Lanny la detuvo cuando Bonnie se disponía a salir de modo brusco. Si verdaderamente quisiera huir de él, podría haberlo hecho antes, puesto que había dispuesto de mucho tiempo para ello.

Lanny dijo:

—Dime, ¿cómo pudiste entrar aquí?

—¿Cómo? —En aquel rostro lindo, rosado y aterciopelado, se produjo una mueca de desdén—. Pedí al portero que me permitiese entrar. Cuando pareció dudar, le dirigí una sonrisa.

—Sí, sí. Lo comprendo.

Lanny estaba recordando algo. Alguien le había dicho que le llamaban para que se presentase en su casa. Fué Murdoch quien lo dijo, cierto, junto al muelle… Pero en aquel momento, Lanny no se dió cuenta con precisión. Había mezclado aquella indicación con la orden del jefe: que se retirase a su casa y abandonase el cargo…

Y dijo:

—No hay tontos más grandes que los tontos viejos.

Lo dijo al pensar en el portero, que era hombre de mediana edad.

Bonnie percibió que él tiraba de ella para obligarla a volver a la habitación.

—Nunca viniste aquí antes de ahora, Bonnie. ¿Por qué has venido?

Lanny se preguntaba de qué modo podría comunicarle la novedad.

Ella tomó un pañuelo del bolso, lo que indicaba que esperaba derramar lágrimas. Lanny pensó que muy pronto, serían muchas las lágrimas que habría de verter, y no hizo nada por evitar la salida de las primeras. Ella golpeó el suelo con el pie, que era lo más adecuado para el estado de ánimo en que se hallaba, y dijo:

—¡Te odio, oh, te odio!

Y esto también era propio de la ocasión.

—Cierto —dijo Lanny, mientras la rodeaba la cintura con un brazo—. Lo sé bien. ¡Has estado sentada aquí durante toda la tarde, esperándome, esperándome… segura de que habría de venir pronto a mi casa… y no he venido hasta ahora!

Ella pareció derretirse apoyada en el pecho de él y sollozó.

—¡Oh, Lanny, salvaje! Esperé y esperé… Y tanto más esperaba cuanto más me decidía a permanecer aquí hasta que… hasta que muriese de hambre… si era preciso… No sé qué dirá papaíto cuando vuelva a mi casa… Pero acaso no me haya echado de menos.

Lanny permaneció silencioso. Estaba dando forma a la primera frase que debería pronunciar respecto a aquella cuestión.

Ella lloró.

—Lanny, querido. ¡No sabes cuánto he sufrido la semana pasada! No me viste, no quisiste hablarme… Tuve que venir a buscarte, Lanny. Dime, ¿por qué huyes siempre de mí? ¿Te inspiro repulsión?

Lanny suspiró.

—Sabes… siempre has sabido que no. Eres la muchacha a quien más quiero. Querida, no es preciso que vayas a tu casa esta noche. Quédate aquí. Yo buscaré otra habitación para mí.

Ella levantó la cabeza. Lo sabía. Había sucedido algo adverso.

—¿Qué sucede, Lanny? No quieres que vaya a mi casa…

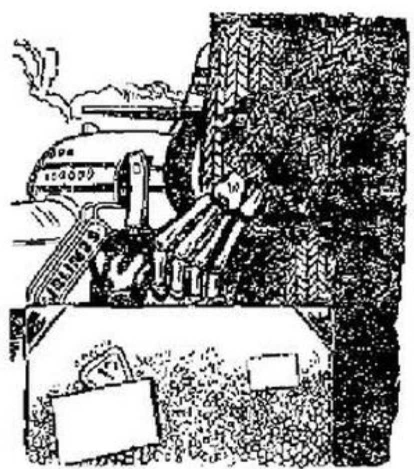
Lanny volvió a suspirar y dijo:

—Esto quiere decir que cualquier día, el que te parezca más conveniente, podrás convertirte en la señora Lanny Just.

Y luego, con la mayor dulzura posible, le refirió algo de lo acontecido.

Y aun con mayor dulzura, añadió que un hombre al que hallaron muerto tras el volante de conducción de un grande «Sedan», era el Jefe Myrtle…

FIN



Ultimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 313 - Trini de Figueroa.
▣ SU MAJESTAD EL DESTINO
Núm. 314 - Lia Ramos.
▣ LA VERDAD IGNORADA
Núm. 315 - F. Aguilar de Rücker.
○ SIN MERECER SU AMOR
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 153 - María Adela Durango.
▣ EXTRAÑA HERENCIA
Núm. 154 - Agueda de Vianney.
▣ EL SECRETO DE LORD WAINTTON
Núm. 155 - Isabel Salueña.
○ FRAUDE AMOROSO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 254 - M. de Silva.
▣ SOLDADOS SIN BANDERAS
Núm. 255 - Fidel Prado.
▣ EL JURAMENTO DE MALLORY
Núm. 256 - Rogers Kirby.
○ LA MENTIRA DE HARRY JENNSEN
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 118 - Francis Rod.
▣ RODANDO AL PELIGRO
Núm. 119 - A. Ralcost.
▣ TERROR EN MALACA
Núm. 120 - Mark Halloran.
○ MORIR ES MUY FÁCIL
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 209 - Laura Tur.
▣ ERAN TRES LOS NOVIOS
Núm. 210 - Corín Tellado.
▣ ERES MI ESPOSA
Núm. 211 - Sergio Duval.
○ EL GAVILÁN
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 39 - María del Carmen Rey.
▣ LS CULPAS DEL PASADO
Núm. 40 - María del Pilar Carré.
▣ CRUEL VENGANZA
Núm. 41 - María Adela Durango.
○ LA MUJER SIN ROSTRO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 1 - Ricky Drayton.
▣ LLAMAD AL F. B. I.
Núm. 2 - Mark Halloran.
○ LOS MUERTOS VIAJAN
Núm. 3 - Ricky Drayton.
○ ALARMA EN NUEVA ORLEANS
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

Núm. 47 - Clem Yore.
▣ RUTAS DE SANGRE
Núm. 48 - Frank Grüber.
▣ FORAJIDO
Núm. 49 - Brett Austin.
○ FUEGO EN EL RANCHO
APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 PTAS.

▣ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.